

En
NUUESTRO
próximo
DESTINO

Una novela



CAROLINA
MUÑOZ FUENTES

Carolina Muñoz Fuentes

Para otros materiales, visítanos en: EditorialGuipil.com

© 2019 por Carolina Muñoz Fuentes Todos los derechos reservados

Publicado por **Editorial Güipil** Miami, FL - Roanoke, VA Estados Unidos de América

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares o episodios son producto de la imaginación de la autora y se usan ficticiamente. Todos los personajes son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Ninguna porción ni parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, de fotocopiado, grabación, etc.) sin el permiso previo de los editores, excepto para breves citas y reseñas.

Editorial Güipil. Primera edición. 2019 www.EditorialGuipil.com

Editora en jefe: Rebeca Segebre Diseño y concepto: Victor Aparicio / Vive360Media.com Jennifer Alexandra Small

ISBN-13: 978-1-7335328-3-9 ISBN-10: 1-7335328-3-8 Categoría: Ficción / Romance

A mis hijos: Nicolás, Javiera, Benjamín y Sofía; esperaré ansiosa compartir con ustedes el primer día en que sus ojitos brillen por amor.

En reconocimiento a Laura. Gracias, Carlos, por acompañarme en esta aventura.

Prólogo

Después del accidente nunca me dieron la seguridad de que volvería a recordar partes de mi vida, aunque siempre existía la probabilidad de que mi mente en algún momento se abriera y me mostrara fugazmente mis recuerdos; así como sucede cuando se pasan rápido las páginas de un álbum con fotografías desde el final hacia el inicio.

Con esta esperanza, desde el primer momento –en medio del vacío y de la confusión–, comencé una búsqueda insaciable dentro de mí. Hasta que llegó el día en que sucedió. Las imágenes de mi vida me llenaron por completo.

Pero entonces nada fue como lo había esperado. Nada parecía encajar y todo se volvió aún más difícil...

PARTE 1

Eres un extraño...

La pecera

Cuando abrí los ojos, la penumbra llenaba por completo la habitación y él estaba a mi lado. Al principio, solo era una sombra, al igual que todo lo que mis ojos veían o todo lo que pensaba mi mente en ese momento. En mis primeros segundos de lucidez traté de saber qué hacía yo ahí, pero no funcionó; después, intenté encontrar algo en mis recuerdos que explicara la situación, pero no había nada.

¡No podía recordar nada! Una angustia absoluta y dolorosa recorría mi cuerpo. Mi despertar fue como cuando uno cae en un profundo sueño y abruptamente abre los ojos, pensando que ha pasado mucho tiempo, olvidando dónde se está o qué se hacía antes de dormir. La relación tiempo y espacio parece alterarse, pero eso normalmente solo dura unos segundos, porque cuando se está a punto de perder la calma, uno despierta y toma conciencia de todo.

Lo que sentí en ese primer momento fue algo así, angustiante. No sabía qué pasaba, pero a diferencia de un despertar normal nunca tuve la tranquilidad de saberlo, no existió ese momento de calma. Yo no tenía idea en qué lugar me encontraba ni qué era lo que estaba haciendo ahí.

Me sentía abrumada, al borde de la desesperación. Así, en medio de esa sensación, todo comenzó a hacerse más evidente frente a mis ojos: las sombras a mi alrededor poco a poco comenzaron a ser más nítidas y los colores a matizar la luz. Mi cama, con sábanas blancas, tenía barandas metálicas; por una ventana, a mi costado, cubierta con cortinas muy delgadas y largas, entraba tímidamente la luz que se mezclaba con el color rosa de la pared; una mesa, a mis pies, sostenía un florero con tulipanes blancos, los que hicieron que sintiera cierta calidez dentro de tan hostil situación. En mi otro costado, una muralla de vidrio reflejaba mi silueta como si fuera un espejo. Con dificultad, pude ver mi rostro, estaba pálida y ojerosa, casi irreconocible para mí misma, como si en verdad no hubiese estado dormida sino perdida en algún lugar. Mi pelo castaño largo y suelto parecía recién cepillado, pero yo no tenía noción de cuándo podría haber pasado eso.

Estaba vestida con una bata blanca con letras desteñidas, esparcidas al azar. Al mover mi mano sentí el dolor punzante de una aguja que pasaba por mi piel cubierta de telas, seguramente para evitar que alguno de mis

movimientos la arrancara de su lugar, estaba conectada al suero que se sostenía en alto sobre el monitor a mi lado. Era evidente que estaba en una pieza de hospital, no había dudas de eso.

El hombre junto a mi cama, en un primer momento, me atemorizó: no sabía quién era, ni su aspecto, ni su mirada eran familiares para mí. No parecía ser el doctor, ya que no llevaba puesto delantal. Me sentí intimidada con su presencia. Él, como percibiendo mi desesperación, me miraba con ternura y perplejidad, lo que causó que a los pocos segundos de clavar mi mirada en sus ojos, me hiciera encontrar algo de calma. ¡Sí!, desde el primer momento sentí algo que no sabía cómo explicar, ya que al continuar observándolo y después de ese primer instante, nada en él me parecía conocido.

Apenas vio que comenzaba a incorporarme, corrió al borde de la cama y pálido, como si un fantasma estuviera frente a él, tomó abruptamente el timbre que colgaba desde la pared y se apoyó sobre la baranda. Presionó un botón rojo en forma de cuadrado con la silueta de lo que pretendía ser una enfermera. Al mismo tiempo, fijando sus ojos temerosos en mí, dijo con una voz dulce pero entrecortada:

—Teresa, ¿estás bien? Han pasado algunas horas desde la última vez que despertaste... No había él terminado de decir eso, cuando llegó a mi lado una enfermera. —Hola, Teresa, tienes que estar tranquila. De seguro que despertar no ha sido fácil. Estás en el hospital, en el servicio de intermedio, tuviste un accidente hace tres días, ¿recuerdas algo?

Media aturdida, el sonido de las palabras provocó un eco con cada vibración y mi nombre retumbó profundamente en mi cabeza, mientras continuaba llenándome una horrible sensación de angustia. Sí, ese era mi nombre, pero era solo mi nombre... no podía recordar qué más continuaba.

Un fuerte dolor de cabeza acompañaba todos mis pensamientos y unas cuántas lágrimas comenzaron a salir sin permiso de mis ojos; entonces dije:

—¡Tres días! ¿Qué ha pasado en estos tres días? No sé qué hago en este lugar, no recuerdo el accidente, no recuerdo haber llegado aquí.

—Hace unos días te diste un fuerte golpe en la cabeza. Quédate tranquila, todo estará bien —enfaticó ella.

—Me duele bastante la cabeza —asentí—. Mi nombre es Teresa, pero... —Una sensación cada vez más angustiante llenó mi corazón y casi gritando dije—. ¡Creo que no recuerdo nada! ¡Nada más!

La enfermera se apresuró a tomarme la mano con cariño y familiaridad. Me pidió que me calmara, mientras me miraba a los ojos de una forma

especial, dándome la sensación de que esperaba que yo la reconociera; luego, con tono de resignación me dijo que la doctora vendría inmediatamente.

En eso, entró a la habitación rápidamente otra mujer. Mis ojos parecían ya reaccionar perfectamente y comencé a ver los detalles del lugar: tenía, en realidad, murallas de vidrio, lo que me dio la extraña sensación de estar en una pecera gigante donde por afuera todos me observaban. ¿Qué habría hecho en este lugar todas esas horas que no recordaba, con gente mirándome a través de ese vidrio y sin saber en qué lugar se encontraba mi subconsciente mientras dormía en esta cama? De repente, un temor inmenso sobre el vacío que sentía me invadió. ¿Qué había hecho yo en toda mi vida, que tampoco recordaba?

En ese momento, no pude evitar que a mi mente viniera la comparación de mi situación con la de un pez que está dentro de una pecera: ellos nadan, comen, viven y mueren mientras son observados, pero no lo saben. Se sienten seguros, pero en realidad afuera de sus murallas múltiples cosas podrían hacerles daño; de hecho, ni siquiera podrían sobrevivir. Sin saber eso, ellos se sienten protegidos y libres, aunque no lo están. Igual que yo, pues en ese momento no sabía qué había afuera, pero seguramente en el estado en que me encontraba todo sería hostil, por lo que era mucho mejor pensar que era solo mi reflejo lo que existía en ese vidrio y que allí estaba protegida, olvidando que cada segundo alguien me observaba.

Repentinamente, sentí la alarma del monitor al cual estaba conectada. En un primer momento, me asustó el ruido. Todos mis sentidos estaban atentos a cada detalle, por lo que el mínimo cambio parecía volver todo más perturbador... El ritmo de mi corazón había aumentado dado el torbellino de sensaciones angustiantes que me envolvían y eso había sido el causante de que el monitor sonara.

—Hola, Teresa, ¿estás bien? —dijo la nueva mujer que había entrado a la habitación, quien parecía ser la doctora—. Qué bien que despertaste.

—Está confusa. Parece tener una amnesia importante; aún no nos reconoce —dijo rápidamente la enfermera en voz bajita.

Pero ¿qué era lo que tenía que reconocer? El lugar, algo extraño, de alguna forma me parecía conocido, pero no lo recordaba y a ellas tampoco, ¿serían mis amigas?

—Hola, Teresa. —Volvió a repetirme, como esperando que yo siguiera contestándole familiarmente—. ¿Me puedes decir tu nombre completo? —Hizo una pausa, acompañada de un silencio que me pareció extrañamente acogedor e irritable a la vez—. ¿Sabes qué día es? ¿En qué fecha estamos?

—¿Qué?— Me senté en la cama de forma rápida para responder las preguntas, pero nada más logró salir de mi boca.

Por la ventana entraba bastante luz y deduje que debíamos estar más menos a mitad del día. Las cortinas me impedían ver el paisaje claramente. Me esforcé, pero no pude recordar el día ni el mes, aunque tenía la impresión de que nos encontrábamos en abril.

—Estamos en abril del 2016. Hoy es el día quinto día del mes y llevas tres días aquí. ¿Me reconoces?

Serenamente esperó mi respuesta, al mismo tiempo que acariciaba mi brazo.

Negué con la cabeza.

—Bueno, tranquila, te examinaré y seguiré preguntándote algunas cosas. A ver...

Con tono familiar y amigable se dirigió al hombre que aún seguía en la habitación y quien miraba la escena con cara de horror.

—Mario, por favor ¿puedes salir un momento para poder examinarla? Enseguida te hago pasar nuevamente.

Él me miró por un minuto de forma intensa, con sus ojos almendrados de color claro; luego se pasó la mano por el pelo negro que caía sobre su cara y asintió. Mientras salía, fue notorio el esfuerzo para moverse, daba la impresión de que se quedaría ahí de pie, por horas si fuera necesario.

Volvió a mirarme, esta vez con tanta ternura que mi angustia disminuyó de forma automática. Yo no recordaba nada, pero de seguro que él era importante en mi vida. Finalmente, salió lentamente de la habitación y ese día no regresó.

Las horas siguientes fueron agotadoras, colmadas con miles de preguntas y nuevos exámenes médicos. La doctora, quien seguía a mi lado tranquilamente, me cuidaba con cariño pero no me decía nada más. En el delantal tenía bordado su nombre: Jimena. Cuando lo leí me pareció que le quedaba perfecto, aunque no sabía por qué. Durante el tiempo que estuvo conmigo, su dulzura hizo que mi angustia fuera más manejable, me sentí protegida por ella y hasta se me abrió el apetito, por lo que me permitieron comer una jalea de color rojo con sabor bastante insípido, pero que disfruté como si fuera un pedazo de un rico pastel.

Finalmente, entró a la habitación un nuevo médico, tenía un delantal con su identificación bordada en grandes letras azules, su aspecto era algo desordenado y caminaba pausadamente, como si sostuviera un gran peso sobre sus hombros; tenía su mirada cálida y con la actitud protectora de un padre.

Acarició mi pelo y luego se sentó sobre la cama, tomó aire y comenzó a decirme:

—Teresa, tuviste un accidente que te provocó un traumatismo encéfalo craneano cerrado, con una contusión cerebral bastante importante. Has estado sedada unos días y ahora presentas lo que médicamente se conoce como amnesia retrógrada.

Era extraño, pero al escucharlo hablar términos médicos todo me parecía un lenguaje habitual y comprensible.

Después de una pausa y sujetando firmemente mi mano, me miró a los ojos y continuó:

—Te llamas Teresa, tienes 24 años, eres residente de este hospital. Estás haciendo tu especialidad aquí y nos conoces a todos, ¿te parecemos familiares?

Impactada, no supe qué decir, era como si mi mente vacía de repente quisiera llenar espacios, pero aunque me esforzaba, no podía recordar nada ni a nadie. Una extraña sensación de seguridad me invadió al entender el motivo por cual comprendía todo lo médico que estaba pasando y del porqué esa especie de pieza pecera me era familiar.

Eso logró confortarme en cierto grado, pero la impresión era tan grande que aunque me esmerara, sentía que en ese momento las palabras se negarían a salir de mi boca, por lo que solo trataba de mantener mi respiración calmada.

Lo más tranquila posible, moví la cabeza respondiendo que no, mientras que con mi mirada atenta observaba todas las caras a mi alrededor, tratando de comprender qué sentimientos reflejaban al verme así. Tal vez con tan solo el brillo de sus ojos podría saber quiénes, de todos ellos, me estimaban de verdad.

Así fue como por algunos minutos —que en realidad me parecieron horas—, el doctor siguió entregándome información, haciendo pausas en cada frase, buscando que yo completara lo que seguía... Pero todas las cosas que decía parecían lejanas, como si solo fueran un cuento de mi vida que yo escuchaba intranquila pero atenta, tratando de grabar hasta el más mínimo detalle. Después que terminó, se despidió dulcemente mientras hacía pasar a mis padres. Al verlos, las lágrimas de los ojos de todos explotaron como si hubiesen estado sujetadas a presión. No tenía recuerdos con ellos, pero sabía quiénes eran, a ellos sí podría reconocerlos siempre.

Después de muchos abrazos, acurrucada sobre el regazo de mi madre, el cansancio me ganó y me dormí sin darme cuenta.

Tu libro... mi película

Enero 2017

Había vuelto a la normalidad de mis clases, no en vano ya habían pasado nueve meses desde el día que desperté sin tener recuerdos. El miedo a enfrentar el mundo que veía, en un principio hostil y desconocido, había casi desaparecido.

Mi ansiedad parecía haberse estabilizado: las terapias con mi psicóloga eran bastante productivas para lograr eso y mis nuevos recuerdos habían llenado gran parte del espacio perdido con las historias, las fotografías y las redes sociales de familiares y amigos. Mis conocimientos médicos no se habían perdido y, aunque al principio mi confianza estaba disminuida, apenas me sentí más segura volví a ser residente del hospital. Debido a lo sucedido, adecuaron una tutoría especial para retomar mis funciones en forma gradual.

Todo era como empezar de cero: lugar nuevo, gente nueva, recuerdos nuevos.

Los primeros meses fueron difíciles. Durante días revisé cada rincón de mi cuarto buscando hasta el mínimo detalle que me hiciera percibir sensaciones, más que solo recuerdos. Buscaba encontrar esos ocultos sentimientos que solo uno conoce sobre la gente y no solo lo que veía en fotos, redes sociales o compartía con las personas que me querían.

Una de las cosas que más me intrigaba era saber qué sentía mi corazón frente a múltiples situaciones. ¿Quiénes me había enseñado la vida que eran confiables y quiénes no? ¿Con quiénes tenía ese lazo de amistad verdadera? ¿A quién había amado? Haber perdido tantas respuestas como esas era doloroso; muchas veces sentía que eso me provocaba dolor físico... Definitivamente, era escalofriante perder el sentido de todo, desde lo complejo hasta lo más básico. Frente a todas esas encrucijadas, cada día que pasaba mi vida seguía con el afán de demostrarle al mundo que estaba bien, pero dentro de mí, algo estaba incompleto. Tenía la impresión de que alguien o algo faltaba y no lograr saber ni entender qué era, me instigaba a una búsqueda silenciosa e interminable.

Aparentemente, no tenía novio. Mis amigos estuvieron siempre cerca desde que pasó el accidente y los que no, quedaron descartados por sí solos de mi círculo íntimo.

Pero a pesar de toda la información que había recibido, aún no podía calzar todas las piezas, así que trataba de disimular frente a otros y a mí misma el miedo que eso me daba e iba creando nuevos recuerdos con sentimientos y sensaciones que redescubría lentamente.

Mario se había convertido en un gran apoyo, aunque su mundo era muy diferente al mío: el de él siempre tan volátil; el mío, siempre tan estructurado o, por lo menos, eso me parecía.

Me había explicado que éramos buenos amigos, pero nunca profundizaba más en el tema. Siempre había algo que sentía él ponía entre nosotros, algo que parecía una muralla invisible e infranqueable. A veces me parecía que él tenía miedo, que me tenía miedo, pero no podía explicarme ni siquiera a mí misma por qué me daba esa sensación y por eso no era capaz de preguntárselo.

Así, tratando de armar el rompecabezas de mi vida, los días pasaron extremadamente rápidos y en relativa calma. Hasta que un día, las cosas empezaron a cambiar.

Abrí rápidamente la puerta del departamento donde vivía sola desde antes del accidente y donde decidí quedarme también después. Mi madre me había acompañado los primeros meses, pero luego continué con mi vida lo más normal posible.

Ese día llegaba tras un largo turno en el hospital. Estaba cansada, prácticamente no había dormido nada hacía más de un día. En mi bolso cargaba desde ropa para cambiarme hasta pesados libros que lograban que perdiera el equilibrio.

Al entrar, cerré la puerta con un empujón suave, pero el agotamiento me impidió alcanzarla antes que se cerrara sola e hiciera un fuerte ruido. Esto me provocó cierta perturbación incomprensible; a pesar de eso, continué caminando unos pasos, dejando caer mi bolso en el sofá de cuero café que tenía cerca de la entrada.

Fue en ese momento cuando noté, por primera vez, un aroma intenso, que al pasar los segundos se transformó en un sabor parecido a tabaco y a café en mi boca. Sentí que mi corazón latía más rápido y que mis ojos esbozaban una sonrisa. De repente, el lugar que miraba comenzó a cambiar y las imágenes de un recuerdo arrebataron mis pensamientos, desestabilizando mi parte consciente.

Estaba de pie en lo que parecía ser una cocina, apoyada en el borde de uno de sus muebles, sosteniendo una taza de café en la mano; podía sentir el olor junto con el del tabaco. Mi mirada estaba dirigida hacia la puerta donde veía

la imagen de otra persona; él observaba hacia el lugar donde yo estaba y me sonreía, tenía un libro en la mano y tuve la sensación de que lo leía en voz alta para mí. De repente, todo se acabó, esfumándose de mi mente. ¿Qué había sido eso? No era un lugar conocido, todo parecía diferente... ¿Quién era él? ¿Por qué había sentido una conexión tan fuerte con esa persona? ¿Por qué había sentido ese sabor a tabaco, si lo odiaba profundamente? Casi inmediatamente esbocé una sonrisa debido a que en aquel recuerdo, o lo que haya sido, me había encantado tener ese sabor. Necesité unos minutos para incorporarme, pues esas imágenes habían perturbado todo mi ser. Mi respiración se había agitado y mi corazón latía más rápido. No podía entender ni explicar lo sucedido ya que había pasado fugazmente y con poca nitidez, por lo que decidí mantener la calma y esperar a que volvieran a surgir.

Y no me equivoqué. Borrosas escenas como esas comenzaron a inundar mis sueños y pensamientos. Y aunque sentía que eran vivencias mías, no concordaban con mi vida; cada uno de los detalles que aparecían, como muebles, colores, ropa y adornos, no aparentaban ser actuales. Es más, yo misma no parecía ser yo. Estaba verdaderamente confundida, así que decidí conversar con el neurólogo que me estaba tratando. Le expliqué que veía imágenes parecidas a recuerdos con fuertes sensaciones, pero que no correspondían a mi pasado. El doctor me dijo que mi cerebro podía estar creando representaciones falsas, como alucinaciones, que tal vez se debían a un período de acomodación frente a la pérdida de la memoria, pero que también existía la posibilidad de que todas esas imágenes estuvieran siendo causadas por algo más, lo que requeriría de otros estudios.

Seguramente mi mirada, incrédula frente a su comentario, le hizo aconsejarme descansar; quizá el estrés de volver a trabajar me estaba pasando la cuenta, pero fue claro en decir que en caso de que continuaran debía volver para realizarme más exámenes. Frente a él y con una clara actitud de rebeldía en mi rostro, lo pensé unos segundos. Dejar mi trabajo no estaba dentro de mis planes actuales, no quería retrasar mi beca de especialidad más de lo que ya se había atrasado. Seguramente era un cansancio transitorio que se curaría con una larga siesta y un fin de semana con mis padres, lejos del bullicio de la ciudad. Así que frente al doctor, le resté importancia a mi consulta y le dije que le mantendría al tanto de mi progreso para realizarme algún otro examen si él lo encontraba necesario. Pero en el fondo, su explicación no me había dejado muy conforme; me negaba a creer que alguna parte de mi cerebro estuviera alucinando. Lo que había visto, aunque difuso, parecía tan real como

un verdadero recuerdo.

Salí de su consulta con una sensación de falsa conformidad y descarté que esas imágenes se debieran a algún problema médico.

A pesar de mi convicción sobre lo que sentía con respecto a esos destellos, esa tarde no pude evitar sentirme inadaptada por lo difícil que era entender y asimilar todo lo que ocurría. Tenía momentos buenos, malos y otros demasiado malos, llenos de angustia, frustración y miedo que a veces me envolvían más de lo que podía controlar por mí misma; disimular estar bien era muy difícil, pero debía hacerlo con todas mis fuerzas. No quería preocupar a nadie, todos los que me querían habían sufrido ya demasiado con esto.

Decidí pedirle a Mario que nos juntáramos. Cuando me faltaba el aire, necesitaba verlo. Él hacía que mi angustia cediera y su voz era un golpe de energía en ciertas ocasiones y de paz en otras. En verdad aún no entendía muy bien nuestra amistad.

Como era habitual en él, respondió a mi mensaje de WhatsApp rápidamente. Luego nos juntamos en un café cerca de la playa. Era una linda tarde, el sol ya empezaba su retirada sobre el mar, la luz se volvía más tenue en el paisaje y el clima cálido parecía hacer disfrutar a las gaviotas que cazaban al atardecer. Cuando lo vi caminar hacia mí, sentí lo que siempre notaba desde el fondo de mí ser: esa complicidad absoluta que borra el tiempo entre dos personas. Era como si hubiese estado con él cinco minutos antes y la verdad era que no lo veía hace ya casi un mes.

Nos sentamos en la terraza de aquel acogedor y bello lugar, el cual estaba adornado con sillas de diferentes colores que daban alegría a las mesas de mantel blanco. Estaba frente a mí y al mirar sus ojos era como si pudiera entrar en ellos; me encantaba esa sensación, podía quedarme allí por siempre.

—¿Te he dicho que siento que te conozco desde siempre? —le pregunté.

Él sonrió y su respuesta no tardó:

—Siempre me has dicho eso. Pensé que nunca más lo volvería a escuchar después de tu accidente.

—¿Cómo!? ¿Antes también te decía eso? ¿Desde cuando sentía que te conocía, por qué lo decía?

—Decías que sentías que me conocías desde siempre, incluso desde antes... que teníamos una conexión tan grande, que podías sentir mis penas —dijo con un tono reservado y algo distante.

—¿En serio!, debes haber pensado que estaba loca —le dije sonriendo. Él abrió sus ojos y afirmó con la cabeza; eso nos hizo reír a ambos—. ¿Y qué

más te dije?

—Repetías eso entre risas cada vez que algo te sorprendía de mí y buscabas locas explicaciones a nuestra complicidad... Te causaba una curiosidad inmensa cómo mi libro favorito, *Por quién doblan las campanas* de Ernest Hemingway, y tu película favorita, *El pájaro azul*, fueran lanzadas en el mismo año: 1940. Encontrabas que la coincidencia era demasiada exacta con algo más que antiguo para nuestra época.

Después de esa confesión, ambos nos miramos fijamente por algunos segundos en silencio, como si buscáramos alguna respuesta en los ojos del otro. Pero mi impaciencia fue mayor y no pude evitar expresar mi asombro por mucho tiempo.

—¡Tenemos esa coincidencia! Es increíble. ¡¡Y sí!!, ahora que me dices eso, ésta es mi película favorita. No lo había pensado en todo este tiempo, pero ahora que lo mencionas, lo recuerdo perfectamente, aunque no puedo evocar nuestras conversaciones sobre el tema —dije algo desanimada.

En ese momento volví a tener la impresión de que había algo más en nuestra historia, pero que por alguna razón él aún no se atrevía a decirlo. Entonces lo miré coquetamente y le pregunté:

—Pero cuéntame, ¿qué tipo de relación teníamos nosotros? Nunca hablas mucho de eso. Sé que me quieres mucho, pero no lo hemos hablado a fondo. Claro está que no éramos novios ni nada parecido porque no creo que tú me hubieses dejado ir después que perdí la memoria. Nuestras familias no se conocen profundamente, por lo que siempre me ha parecido extraño que tú y yo nos conozcamos tanto. A pesar de mostrarse algo perturbado con mis cuestionamientos, sonrió pretendiendo ocultar qué era lo que en realidad le habían causado mis preguntas. Otra vez me miró fijamente, queriendo mantener su mirada en mis ojos, pero esta vez sería para él incluso más difícil lograrlo, mi mirada más intimidante y profunda que las otras veces hizo que enseguida terminara viendo a la mesa y sonriendo para sí mismo.

—Porque siempre hemos sido unos pavos —dijo tranquilamente.

—Mmmm... mentiroso. Creo que te asusto. Somos demasiado diferentes, eso asusta.

Cuando nos dimos cuenta de la hora, ya se había hecho tarde. El tiempo parecía detenerse y a la vez, volar. Él provocaba esas contradicciones en mí.

Esa noche, ya más tranquila en mi departamento y dejando atrás el torbellino de emociones que Mario causaba en mí, comencé a pensar en las imágenes que había visto los últimos días. Sin querer, se estaban convirtiendo

en mis recuerdos y el no entenderlas desestabilizaba la calma que había logrado hasta ese momento. En ellas nada era concordante con mi vida. Increíble e inexplicablemente sentía que era yo, pero al mismo tiempo, un yo diferente. ¿Y quién era la persona que me acompañaba en casi la mayoría de esas escenas? Aún no lograba ver más que una sombra borrosa y no conseguía reconocerlo, pero a pesar de eso tenía claro que habían fuertes sentimientos asociados hacia ese alguien.

Mientras caminaba sin rumbo entre mi dormitorio, el pasillo y la cocina, me inundó una curiosidad repentina por ir a mi escritorio y buscar un libro guardado en la repisa, que desde hacía semanas me llamaba la atención, pero que había dejado pasar. Parecía que había sido importante porque estaba en un lugar visible y dejado ahí como intencionalmente. Supongo que era un libro que me gustaba repasar. Hasta ese momento no había encontrado la entereza dentro de mí, ni la tranquilidad adecuada para verlo. Cada cosa que consideraba trascendental me significaba una gran concentración y esfuerzo; no siempre se me hacía fácil ver las cosas de mi pasado que no podía recordar. Me angustiaba aún el porqué cada una tenía un lugar, un color, un motivo, un “algo” que se había borrado de mi ser... Me resultaba difícil enfrentarme a esos recuerdos sin tener memoria de ellos.

Como si fuera algo extremadamente delicado, tomé el libro con suavidad y, mirando cada uno de sus detalles, lo abrí despacio, disfrutando el olor a papel antiguo que salía desde dentro, como si fuera el perfume de alguien que quisiera mucho. La sensación placentera que me provocó me hizo sentir que olerlo era algo que siempre me gustaba hacer. Me sorprendí al darme cuenta que la dedicatoria en la primera página mostraba que había sido un regalo para Navidad proveniente de Mario; la fecha de hace algunos años atrás, su letra y su nombre me congelaron por unos segundos.

Teresa:

Muchas veces no aceptamos lo que somos y ocultamos cosas que forman parte de nuestra vida. Yo lo he hecho a menudo, pero ¿quién no? Este libro trata de eso, de lo que somos y no mostramos, de lo que pensamos y no decimos; en fin, de esas cosas que nos pertenecen, son nuestro secreto y forman lo que somos.

Mientras leía, al tocar las páginas se resbaló desde dentro un pedazo de papel que parecía haber estado guardado, como protegiéndose de todo. Era una hoja, aparentemente de un cuaderno de croquis, plegada en cuatro. La desdoblé rápidamente: en su interior había dibujado difusamente un paisaje y

en la parte baja del lado izquierdo, escrito en un lápiz que parecía ser grafito, decía:

El lugar en el que algún día veremos todos nuestros amaneceres...

Le seguían puntos infinitos y un dibujo pequeño con las letras de nuestros nombres, pintadas y vueltas a marcar.

Me hizo sonreír y pensar que debió haber sido un juego.

Enseguida volví a fijar mi vista en el dibujo, atentamente miré las siluetas del paisaje, buscando reconocer el lugar.

No pasaron muchos segundos cuando una sensación de plenitud se apoderó de mí. Mi respiración y latidos parecían más fuertes y mi visión cada vez más clara, extrañamente, los colores y las formas empezaron a hacerse más y más definidos, como si el dibujo se volviera un recuerdo.

Fue entonces cuando lo vi a él con nitidez. Sin pedir permiso, la luz cubrió todo el paisaje y los colores salieron mágicamente del pincel que sostenía con su mano alzada; las montañas parecían impregnarse en mi retina. Una extraña seguridad envolvió el momento y nada me pareció ajeno...

Los recuerdos de esa época llenaron todos los rincones de mi mente, como si jamás los hubiese olvidado.

PARTE II

Te conozco desde antes, ¿lo sabes?

Dulces diecisiete

1940

Tenía diecisiete años en ese entonces. Aún era extraño en esa época que una mujer quisiera estudiar, pero a mí las letras me salían del alma. Podía escribir largo rato y no parar, mientras me escabullía por miles de parajes con mis personajes ficticios, quienes se habían convertido en mis confidentes y mejores amigos. Me encantaba leer, escribir novelas y poesías en secreto, aunque mis letras y versos aún eran infantiles, sabía que era literatura lo que estudiaría. Quería apasionadamente convertirme en escritora y algún día pertenecer a la Sociedad de Escritores de Chile. El tiempo volaba y ya estábamos en 1940.

No era una época fácil. Eran tiempos de cambios y de lucha, la mujer era vista ante los ojos masculinos (y también en bastantes femeninos) como el sexo débil, y luchaba por abrirse un camino en la sociedad. Desde ya hace algunos años, había un movimiento femenino peleando para obtener la inclusión en el mundo laboral y otras áreas. Ya se había logrado, por lo menos, que la mujer administrara sus bienes, como su salario, ya que hasta hace poco al casarnos quedábamos bajo potestad de nuestro marido. También la mujer estaba abriendo los ojos a la cultura y a la literatura, aunque solo era posible para las de mayores recursos económicos y una que otra más osada imaginaba entrar activamente en política, obteniendo ciertos logros los últimos años. Pero a pesar de estos avances, aún resultaba complicado que la mujer dejara su rol tradicional y social en el hogar. No podíamos votar en las elecciones presidenciales, aunque ya era un gran triunfo hacerlo en las municipales.

Sin embargo, habían situaciones escalofriantes; me parecía ridículo todavía escuchar cosas como que en un concilio del siglo VI se sometió a discusión si la mujer tenía alma y que, solo por dos votos a favor, había quedado resuelta esa duda, aceptándose que también la teníamos. ¿Cómo alguien podía sacar ese tema en un momento de conversación? En realidad, daban náuseas.

A pesar de que ya desde 1877 bajo la presidencia de Aníbal Pinto se había firmado el decreto Amunátegui, el cual hizo que la mujer tuviera el derecho de entrar a la universidad, eran pocas las que se atrevían; socialmente era un espacio para varones y las que lograban ingresar eran expuestas a una gran

presión psicológica y social.

Todo era mal visto, hasta hacía poco escribir o traducir un libro para una mujer era inadmisibile y hasta existía una sanción. Que en este tema haya habido algo de evolución me daba cierto respiro; no me veía para siempre escribiendo a escondidas.

Aunque no me definía completamente como feminista (ya que era un término que recién empezaba a tener forma y la sociedad luchaba contra esa idea), sentía que la mujer debía tener los mismos derechos del hombre. La idea rondaba dentro de mí con temor y con fuerza a la vez; quería atreverme a soñar, pero aunque necesitaba que se respetaran mis derechos, me encantaba ser machista en varios aspectos, sobre todo porque me gustaba ser tratada como una dama. Para mí, era necesario que un hombre me protegiera y no tenía problemas si él quería preocuparse de las finanzas del hogar; manejar mi propio dinero no era algo que me quitaba el sueño, a mí me movía aprender, sentía que lo que sabíamos sobre todas las cosas que nos rodeaban estaba muy atrasado con respecto a los varones. Bordar, coser, poner bien una mesa, el protocolo y preparar un buen té, ya quedaban en el subsuelo de mis aspiraciones.

Mi padre era un hombre bueno, pero distante. Se dedicaba al comercio y en el último tiempo había armado el imperio de cintas de tela entintadas negras y rojas, para máquinas de escribir. Vivíamos algo alejados de la ciudad, pero no era difícil llegar; el camino unía dos ciudades por lo que era bastante transitado. Nuestra casa era grande; mi habitación en el segundo piso tenía una ventana que hacía que la luna regara su luz a medianoche sobre mis libros, lo que era la inspiración para mis letras y mi alma.

Tenía una hermana cinco años menor que yo, llamada Julia, y un hermano tres años mayor llamado Hernán, quien era la mejor compañía para mí. Yo era bastante tímida, no congeniaba bien con toda la gente; a veces mi retraimiento me hacía pasar por alguien de pocos amigos debido a que no me atrevía a conversar espontáneamente con alguien que no fuera de mi entorno cercano y prefería caminar mirando el suelo, sin hacerme notar mucho. ¡Sí!, me gustaba pasar desapercibida, pero al mismo tiempo estaba atenta a todo, siempre era yo la que descubría los secretos de los demás; mirar las expresiones sutiles de sus caras e interpretarlas era muy fácil para mí. A pesar de ser así, cuando tenía que decir algo, no me importaba decirlo de frente, aunque a otros no les gustara escuchar la verdad.

Lamentablemente, la timidez y la sinceridad no son una buena mezcla

porque muchas veces sabía lo que tenía que hacer, pero me cohibía. No obstante, en los últimos años había mejorado y cada vez me dejaba llevar menos por jóvenes con carácter más fuerte que yo. Ser más culta que ellas me daba el fundamento para poder defender mis ideas y ése era otro punto a favor del porqué me encantaba leer.

En general, mi infancia y mi adolescencia habían sido bastante solitarias; habíamos vivido como nómades en diferentes partes debido al trabajo de mi padre y eso me había impedido generar lazos. Muchas veces sentía que no pertenecía a ningún sitio.

Mi abuela materna era mi inspiración, siempre tan dama y tan ilustrada. Su figura esbelta y su cabello gris, constantemente peinado de manera elegante, la distinguía entre las demás. Había regresado hacía un tiempo, tras vivir unos años en Francia, hasta donde había ido en busca de nuevos horizontes después de la muerte de mi abuelo, lo que provocaba que más de la mitad de las personas la viera con malos ojos y el resto ni siquiera la mirara. Me causaba gracia pensar eso, ya que era ella misma quien lo decía todo el tiempo, riéndose de los que hablaban tonteras en su contra. Antes que falleciera mi abuelo, ella había sido una de las activas asistentes al Club Social de Señoras, donde las mujeres acomodadas de la sociedad santiaguina se juntaban a leer, conversar, beber té fino, intercambiar secretos domésticos y organizar reuniones sociales. Este fue el lugar donde el alcance de la palabra «cultura» comenzó a tratar de llegar más allá de solo el libro de moda. Importantes mujeres intentaron ser escuchadas pero la participación en la sociedad era muy compleja y mi abuela en ese momento no se sentía con ganas de modificar eso. Pero eso cambió en ella desde que volvió de Francia. Ahora muchas de sus amigas pertenecían al movimiento proemancipación de la mujer y otras al Círculo de la Lectura; entidad que se estableció en Chile siguiendo a los Readings Clubs ya existentes en los Estados Unidos. Con todos estos contactos, mi abuela se movía enseñando literatura informalmente entre sus conocidas.

Fue ella quien me cepilló el pelo cuando yo era niña, quien me cantó canciones de cuna hasta cuando fui grande, quien hizo que no me sintiera sola. Fue la persona que me mostró qué era la literatura, quien me enseñó a soñar despierta y a poder encontrar mundos de fantasías que solo algunos ojos pueden ver. De seguro esa habilidad la tuvo desde pequeña, ya que se crió en el sur del país, en una isla llamada Chiloé, donde su papá fue intendente; ahí las leyendas de barcos fantasmas como El Caleuche, sirenas y algo similar a

una bestia llamado El Trauco, hicieron crecer, fortalecer su imaginación e incentivar su mente creativa. En muchas ocasiones me enseñó a sacar lo que hay dentro de mí y a expresarlo en el papel. Me enseñó a amar las letras, a cantar en voz alta cuando mi corazón latía más rápido y me culturizó más allá de lo que el colegio de monjas me enseñaba. Ella abrió mis ojos al mundo.

Yo aún estudiaba y aunque ya estábamos en el Siglo XX, ir al colegio era mayormente para lograr ser una buena dueña de casa, aprender labores de mano y buenos modales. También había que ser una buena católica, por lo que existía una activa formación religiosa; estudiar catecismo y la vida de los santos era de regla. Aunque claramente sentía que no tenía ningún problema con la religión, Dios siempre era mi compañía, mi soporte, mi protector y mi amigo. Era la forma de provocar temor hacia todo lo que fueran sentimientos, impartidos desde una mezcla rigurosa entre educación y religión, lo que me hacía sentir que la mujer no podía abrirse al mundo y esto me provocaba insatisfacción. ¿Cómo, si tenía recién diecisiete años, hasta mis pensamientos serían pecado si excedían ciertos estrictos límites de comportamiento? ¿Quién había puesto esos límites? Yo solo quería soñar, no era mi intención dañar a nadie con eso. Esto hacía que para mí el colegio fuera absolutamente aburrido. Sentía que todo lo que dentro de mí quería expresarse, era coartado con tanta disciplina.

Mi madre, a veces cariñosa, pero siempre lejana, presa de una rigidez interior que le impedía soñar e incursionar en la mujer que existía en su interior. Ella era prisionera de las reglas y del qué dirán. No se conocía a sí misma, solo seguía su rol en la sociedad, el cual marcaba sus papeles correctos de esposa y madre. Usaba (al igual que el colegio) el miedo, para que yo no quedara embarazada en algún momento de debilidad, repitiéndome mil veces que acercarse mucho a un hombre era pecado, atormentándome con historias de abandonos, sufrimiento y denigración social de mujeres enamoradas, de quien pensaban era el hombre correcto y no el que era socialmente adecuado. Hasta el amor que describía dentro del matrimonio me parecía distante, lleno de reglas y de temores. Me hacía pensar que la relación entre hombre y mujer era compleja, tormentosa y llena de pecado.

No podía entender que mi abuela fuera su mamá, creo que ella cambió después de la viudez, tal vez un mundo desconocido se abrió ante sus ojos y decidió evolucionar; lo que resultó a tiempo perfecto para mí y lamentablemente tarde para mi madre.

A menudo me sentaba en el salón principal de mi casa a charlar con mi

abuela. Me recostaba en su regazo mientras descansábamos sobre un anticuado sillón de felpa roja que tenía la forma de una coma, el cual era cómodo para ambas. Ahí, mientras conversábamos, acariciaba mi brazo con las yemas de sus dedos, produciéndome una sensación de escalofríos que me encantaba. Hablábamos de todo y cada día teníamos largas tertulias donde me contaba sus nuevas experiencias.

Actualmente ella participaba en variadas reuniones de mujeres que querían un lugar en la sociedad y que estaban felices con el señor Pedro Aguirre Cerda en la presidencia. Se juntaban una o dos veces por semana y conversaban sobre diferentes temas emergentes para el sexo femenino. Me encantaba escuchar historias de sus reuniones.

El año pasado había llegado a Chile el barco Winnipeg que trajo refugiados españoles que huían de la guerra. La hija de una de las señoras de sus reuniones se había enamorado de uno de ellos y ahora se iban a casar; todas sus amistades estaban alteradas con la noticia y no se escuchaba hablar de otra cosa que no fuera eso. Al parecer había sido amor a primera vista y hacían una pareja inigualable, pero... «¿qué era eso?», me preguntaba. ¿Qué significaba ser una pareja inigualable? No había conocido aún qué significaba el amor romántico. Me asustaba sentir esa reciprocidad de sentimientos en donde amas y eres amado sin importar sentirte vulnerable, o que alguien derribe tus murallas interiores para llegar a conocer tus miedos, tu fragilidad o tus deseos; pero a pesar de eso, la felicidad de la novia me provocaba cierta envidia. Yo estaba lejos de llegar a tener la opción de que eso me pasara algún día cercano y creo que lejano también.

Mi madre se ponía cada vez más temerosa de las relaciones con el sexo opuesto y vivía alejándose de los amigos de mi hermano a quienes, en general, yo veía como parientes.

Había tenido ciertos amores platónicos, pero ninguno nunca me vio con otros ojos —o tal vez mi madre nunca dejó que eso sucediera—, porque aparte de definirme yo misma como algo extraña (ya que me costaba encajar en mi propio grupo), no me consideraba fea: era delgada, mis ojos negros y mi pelo largo marrón claro resaltaban mi tez blanca. Aunque debo admitir que tenía un estilo de vestir algo más desprolijo que el que habitualmente usaban las damas de sociedad; mi pelo no duraba en los perfectos peinados recogidos, tampoco aguantaba caminar con zapatos de tacones, cada vez que podía soltaba mi cabello y corría descalza por toda la casa. Tal vez eso asustaba a algunos. O quizá les intimidaba que fuera inteligente y no me

conformara con quedarme encerrada bordando.

Ese año terminaba el colegio y tenía el ferviente deseo en mi corazón de estudiar. Sin embargo, entrar a la universidad no era fácil, así que me pasaba horas estudiando y leyendo.

Un día, mi abuela, quien conocía y entendía perfectamente mis ansias de aprender, me dijo que en la ciudad tenía una amiga llamada Matilde, quien junto a su marido tenían una casa enorme. Ellos eran muy estudiosos, letrados, cultos y les encantaba enseñar. No tenían hijos, por lo que su necesidad de que la casa estuviera llena de un espíritu jovial les había hecho organizar reuniones de conversación, estudio y poesía. Habían comenzado a invitar a amigos para formar grupos de estudios para jóvenes, los cuales eran prácticamente secretos, ya que iban hombres y mujeres y eso no estaba bien visto. No obstante, las charlas sobre diversos temas habían resultado muy entretenidas desde el principio.

Matilde era una gran lectora, por eso mi abuela pensaba que me haría muy bien conversar de literatura con ella. Apenas me dijo me encantó la idea, sentía la emoción por lo secreto del asunto y además porque el aprendizaje me movía el alma por completo. Así fue, como solo unos días después, comenzamos a ir a las reuniones dos veces por semana. Los primeros días fui acompañada por mi abuela, pero pronto comencé a ir sola. Aunque eso duró poco, Hernán, al enterarse, se incorporó a las conversaciones masculinas. Había diferentes grupos de estudios y todos se ayudaban. Yo, en general, no interactuaba mucho con otras personas ni miraba fuera de los libros, había hecho solo una amiga desde que frecuentaba ese lugar. Ella era Elena. De grandes ojos negros y cabello azabache siempre perfectamente arreglado, soñaba con entrar a estudiar medicina. Chile había sido pionero en ese tema, en 1887 se habían titulado de médico las primeras mujeres hispanoamericanas, y este hecho motivaba a Elena con todas sus fuerzas.

Mi abuela me cubría todos los días que iba a la casa de la señora Matilde. Me preocupaba un poco imaginarme qué harían en mi colegio si llegaban a enterarse de esas reuniones; si ya me veían extraño, con esto ni me verían. Aunque, pensándolo bien, eso no era tan mala idea.

Mis padres sabían que asistíamos a un grupo femenino de lectura. No preguntaban mucho ya que sentían cierta seguridad porque asistía con mi abuela. Además, mi hermano desde un comienzo nos llevaba y recogía en el auto de mi padre. Ése fue el motivo por el que no tardó en saber la verdad y, como era de esperarse, se hizo nuestro cómplice y al poco tiempo él ya

participaba en los temas de los grupos más grandes e importantes. A los tres nos encantaba ir.

Ese día estaba cansada, la noche anterior me había quedado leyendo hasta la madrugada y esa mañana en el colegio había tenido una competencia deportiva, lo que me parecía y dejaba fatal; el deporte ni las aventuras adrenalínicas eran para mí. El cansancio y el libro algo tedioso que comentábamos hicieron que a la mitad de la charla me levantara y fuera a la cocina para hacerme un café caliente y así despertar.

La cocina de la casa de la señora Matilde era muy amplia, pintada de colores amarillos claros y numerosos jarrones con lirios anaranjados que le daban un toque de frescura y luminosidad. Las ventanas con vidrios de cuadritos sostenidos por marcos de madera en bruto hacían juego con las dos puertas de roble nativo. Una de ellas daba al comedor y la otra a un patio trasero.

Cuando entré a la cocina, la puerta de atrás estaba abierta; hacía algo de frío pero no importaba. Afuera, un grupo de hombres hablaban de algún tema que de seguro no sería de mi interés; cuando pasé, miré de reojo a quienes conversaban sin distinguir a nadie conocido, por lo que continúe y me enfoqué en buscar una taza. A los pocos segundos una curiosidad repentina me hizo volver a girar la cabeza y noté que uno de ellos, a quien anteriormente no había visto, me miraba con una expresión curiosa. Me puse nerviosa, así que tomé la taza y comencé a prepararme el café para volver al salón lo más rápido posible. De repente, me di cuenta de que él había entrado y se encontraba a solo unos pasos de mí.

—Hola, escuché que te gusta la literatura —dijo el desconocido—. ¿Quieres entrar a la universidad?

En un primer momento me quedé helada, ¿habría escuchado mal? ¿Había estado pendiente de mí? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué yo no lo había visto antes? Debió haber advertido mi cara de espanto y mis mejillas rojas porque su voz se volvió suave y dijo:

—Perdona. Hola, soy Tomás. ¿Cuál es tu nombre?

Sentir que él conocía algo de mí, sin yo saber su existencia, me mantuvo congelada. No podía entender cómo eso había sido posible. Su voz tenía un tono ronco pero cálido, y sin darme cuenta esa calidez logró relajarme más rápido de lo que yo hubiese pensado. Con él muy cerca a mí, ya que sin algún recato había llegado a casi toparme con su cuerpo, pude darme cuenta de que él era más alto que yo. Mi cabeza, acostumbrada a mirar el suelo, tuvo que

hacer lentamente un esfuerzo para extenderse hacia atrás y así centrar mi mirada en la suya. Al verlo, me fijé que él también estaba sonrojado; lo cual acabó con el susto que me había provocado. Entonces tranquilamente respondí:

—Teresa. Me llamo Teresa. Y sí, vengo porque quiero estudiar literatura.

—Qué entretenido. Mi papá adora la literatura, tiene cientos de libros. Cuando quieras puedo prestarte algunos.

—En serio... —respondí en voz baja, con tono de incredulidad, asombrada de tan grande amabilidad—. Muchas gracias, te cobraré la palabra.

—Me parece bien. —Sonrió—. Te veo más tarde —y se dio vuelta para volver al grupo de donde había salido.

«¿Más tarde? ¿Cómo que más tarde?», pensé.

Terminé de hacerme el café rápidamente y volví a la reunión. Me pareció que me había ausentado por horas, pero solo habían sido unos pocos minutos.

Al terminar la discusión sobre el libro, me levanté para salir del refinado salón y vi a Tomás inmediatamente. Estaba esperándome, apoyado en la muralla frente a la puerta de salida. De solo verlo, un nudo se me hizo en el estómago.

—Te acompaño a la puerta —dijo apenas estuvimos a una distancia sutil y apropiada para hablar en un tono bajo.

Miré a los alrededores y Hernán no parecía estar cerca, por lo que asentí con la cabeza. Estaba segura que las palabras, aunque quisiera, no me saldrían fácilmente, y no quería arriesgarme a tartamudear.

La casa era enorme, para salir había que caminar un largo corredor al aire libre que estaba rodeado de rosas blancas, rosadas y rojas perfectamente mantenidas, las cuales hacían que la noche tuviera un perfume que era imposible de ignorar. Nuestra caminata coincidió con la hora de salida de todos los grupos de conversación, por lo cual todos nos miraban y los más curiosos hasta trataban de escuchar lo que hablábamos.

—¿De dónde eres? —pregunté cuando me sentí más tranquila. Había decidido dejar de lado la timidez que siempre me caracterizaba—. ¿Dónde vives?

—Mmm... por aquí y por allá... —Sonrió—. ¿Y tú?

—Mmm... por aquí y por allá... —respondí sonriendo con resignación.

Él abrió los ojos y, sorprendido por mi respuesta, continuó caminando con la mirada fija en el suelo hasta que nos despedimos solo diciendo adiós.

El mejor ángel guardián

1940

Dos días después, en otra reunión en la casa de la señora Matilde, Elena me esperaba en la entrada con evidente nerviosismo y curiosidad. Saludó a Hernán, quien caminaba junto a mí y le dijo me aguardaba para devolverme un libro que yo había olvidado sobre un sofá el otro día y no quería que me preocupara más por pensar que lo había perdido. Él no le dio importancia y evidenciando que ya me encontraba segura y acompañada, se alejó lentamente de nosotras. Elena esperó hasta que él nos adelantara el paso y comenzó:

—¿Qué me perdí, que de repente te vi con Tomás? —preguntó con un tono suave en mi oído. Sus ojos grandes reflejaban curiosidad, pero para no llamar la atención lo disimulaba bien, evitando mirarme. Sus brazos cruzados sobre la parte alta de su abdomen daban la impresión que el tema era de importancia y seriedad para ella. Así, con cada paso que dábamos, su cuerpo se abalanzaba más sobre el mío, como queriendo ejercer cierta presión para que yo le contara todo.

—¿Lo conoces? —dije con interés, al mismo tiempo que me detenía para poder liberarme de su abrumadora cercanía. Apenas me dejó espacio para respirar tranquila, continué caminado.

—Vive en frente de mi casa. Su papá es un abogado y político conocido. Pero él es un tipo difícil, medio extraño.

—¿Y quién dice eso?, ¿lo conoces?

—Personalmente no, pero tú sabes, pueblo chico infierno grande. Yo creo que es un poco vago y por eso tiene mala fama.

—Pero si no lo conoces, ¿por qué dices eso? No me pareció que era así. Ayer, su forma de actuar fue bastante educada, hasta me pareció agradable y para eso tengo buen ojo, he visto centenares de amigos de Hernán pasar por mi casa y a todos los he analizado perfectamente. Además, si fuera vago no vendría a los talleres y ni la señora Matilde ni su esposo lo aceptarían. Cuando me habló, se sonrojó al igual que yo; tal vez solo es tímido y por eso la gente lo encuentra extraño, mucha gente ha pensado lo mismo de mí.

—Bueno, si tú lo dices... pero ten cuidado. También escuché que es un mujeriego, después no estés llorando.

—No lloraré, te lo prometo y en todo caso, querida amiga, lo he conocido

recién, tal vez no vuelva a verlo.

—Mmm... Lo dudo —enfaticó Elena—. Mira quién te está esperando adelante.

Al escuchar eso, una extraña sensación de fragilidad se apoderó de mí; mi respiración y mis latidos aumentaron y un escalofrío me recorrió por completo; apreté fuertemente sobre mi vientre los libros que llevaba en mis manos, como si fueran un escudo para protegerme. Segundos antes yo había estado tratando de obtener sutilmente la mayor información de lo que Elena había averiguado sobre Tomás y de repente, él estaba frente a nosotras. Después de asimilar la respuesta defensiva de mi cuerpo, tontamente lo primero que se me ocurrió pensar fue si al verlo lo encontraría atractivo. «No creo», me respondí en silencio a mí misma y sonreí por considerar eso. El día que me había hablado no le había encontrado nada especial, ¿sería que lo había visto bien? Entonces, levanté la cabeza y lo vi. Estaba mirándome y nuestros ojos se encontraron con cierta complicidad. Inmediatamente lo encontré guapo y su aire de rebeldía había comenzado a fascinarme.

Seguí caminando sin poder evitar ir directo hacia él, era como si su mirada me atrajera como un imán que nublaba mi razón, podría haber pasado cualquier cosa a mi alrededor y yo no me habría percatado. Pero decidí concentrarme desviando mi mirada; y fue entonces cuando me di cuenta de que Hernán caminaba hacia mí. Avanzaba con paso firme, sin detenerse hasta que llegó tan cerca frente a mí que el aire a su alrededor movió las ondulaciones de mi pelo.

—Teresa, ¿con quién estuviste hablando aquí el otro día?— Tenía el ceño fruncido como siempre cuando quería protegerme. Era una expresión que yo conocía perfectamente y que pretendía demostrar la autoridad implícita que él tenía por ser mi hermano mayor.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —pregunté ingenuamente para restarle toda importancia al encuentro.

—Mis amigos dicen que te vieron con Tomás.

—¡Sí, cierto! Lo había olvidado. ¡Qué desmemoriada soy! Coincidimos en la cocina cuando fui a prepararme una taza de café.

—¿Solo eso?

—¿Por qué? ¿Hay algo malo en eso?

—No, solo que no creo sea un buen tipo para ti... Demasiadas historias...

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Me conoces a mí?

—¿A qué juegas? Obvio que sí.

—Entonces sabes que jamás me han importado las historias. Te puedo contar algunas que he sabido sobre mí, si es que quieres.

Lo miré profundamente, esperando que él entendiera el lenguaje de mis ojos que le decían: «hermanito, ya no soy la niña que necesita tu protección». Hernán y yo sabíamos comunicarnos sin necesitar palabras, así que sabía que entendería el mensaje. Y tuve razón, a los pocos segundos su semblante cambió, se volvió dulce y expresaba cierta resignación.

—Te voy a estar vigilando, más bien lo vigilare a él desde hoy —dijo poniéndome la yema de su dedo índice en la punta de mi nariz.

—Me haces reír, ridículo.

Abalanzándome sobre él, lo besé en la mejilla.

Rendido, comenzó a alejarse para ir a su charla, no sin antes mirar con un aire paternal y desconfiado hacia donde estaba Tomás, quien mientras tanto seguía ahí, inmóvil. Al ver que Hernán se alejaba y que Elena, aunque sin ganas de irse, tomaba la misma decisión debido a que ya la reunión estaba comenzando y era de mala educación llegar tarde, Tomás se acercó.

Si me hubiesen comparado en ese momento con una momia, yo ganaría en estar más inmóvil. Creo que hasta dejé de respirar por varios segundos.

Tomás caminaba como si sus pies fueran dueños de la tierra que pisaba. Su pelo liso cayó tapando uno de sus ojos, pero él inmediatamente con su mano lo llevó hacia atrás, seguramente para no dejar que eso arruinara la profunda mirada que me dirigía. Él ya se había dado cuenta el poder que tenían sus ojos sobre mí.

—Hola, buenos días. Te ves bella hoy. ¿Ese es tu hermano? —preguntó.

—Sí. —Asentí con la cabeza.

—Tiene aspecto de buen tipo, me cayó bien.

—¿Sí? Ojalá él esté pensando lo mismo sobre ti. —susurré. Al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta, rápidamente cambié mi comentario —. Sí. Lo mismo dice él. Me comentó que algunos de sus amigos nos vieron conversando anoche y me preguntó quién eras.

—¿Le caigo bien?

—Solo me dijo que le parecías un buen tipo —dije esbozando una sonrisa.

En ese momento pensé que una mentirita blanca no era importante, con tal que hubiera una buena amistad entre ellos.

—Teresa, ¿te puedo llevar hoy a tu casa?

Me quedé helada con el cambio de tema en la conversación. Su pregunta había salido de la nada, sin dejar espacio a poder anticiparme; primero pensé que había escuchado mal, pero no sería apropiado si le hacía repetir lo que había dicho. Estaba tan nerviosa que mis piernas temblaban.

—¿Tú? Llevarme... a... mi... a mi casa —dije sin pensarlo.

Riéndose con una carcajada, respondió:

—Sí, yo. No muerdo ni estoy siendo buscado por la ley. Pero tienes razón, perdona mi inoportuna y alocada petición. Si tú aceptas, para que no tengas problemas, le pediré permiso a tu hermano.

Tragué saliva y pensé que en realidad el problema no era mi hermano, a él podía manejarlo con mis encantos de hermana consentida, el verdadero problema era mi madre si nos veía llegar a mi casa. Tomé aire y contesté:

—Me encantaría. Pero... no lo sé, recién te conozco. Es algo complicado.

Entonces con algo de desazón, fijé mi mirada en sus ojos. Era extraño, pero al mirarlo sentía que podía entrar al fondo de su ser... Sus ojos reflejaban interés, curiosidad, y sobretodo que él estaba abierto a que yo lo conociera tal cual era. Sentía que ninguno de los dos tenía que fingir ser diferente o tener miedo. Solo bastó un segundo para sentirme inmediatamente cautivada por él y de repente nada me importó.

—Está bien. Sí, me encantaría, pero habla con Hernán primero, por favor, es necesario tener su autorización.

—Trato hecho. Es un honor regresar a casa a una dama como usted —dijo sonriendo complacido por mi respuesta.

Sin más palabras, cada uno tomó su rumbo. Yo me fui directo al salón de literatura. No tengo la mínima idea de qué se conversó ese día; seguramente a muchas les llamó la atención mi poca participación.

Cuando la reunión terminó, vi a Tomás junto a Hernán en la salida. Se veían pensativos, pero me pareció que había tranquilidad entre ellos, ambos parecían tener todas las partes del cuerpo en su lugar y nada sangraba en sus caras, lo que quería decir que todo estaba perfecto aunque Hernán me miraba con ojos protectores que me decían: «no sabes en el lío en que me metes». Cuando llegué frente a ellos, Hernán tenía otra vez el ceño fruncido. Tomó mi brazo, acercó mi oído a su boca y suavemente, con actitud de ser el mejor ángel guardián, me dijo:

—Me vas a deber un tremendo favor después de esto. Sí que me pones en aprietos. Menos mal por esta vez encontré la solución, no creas que todo siempre será tan fácil.

Dicho esto, soltó delicadamente mi brazo. Yo me mantenía intrigada y cautelosa después de tan gentil comentario. Hernán continuó hablando y esta vez dirigiéndose también a Tomás dijo:

—Teresa, Tomás me preguntó si puede llevarte a casa. Le he contado que nuestros padres son algo sobreprotectores, así que accedió a llevar también a la abuela y así yo aprovecho de hacer algunos trámites que necesito terminar.

—¡Con la abuela! —exclamé, dándome cuenta de que lo decía casi gritando. Bajé el tono de voz y con algo de crítica volví a decir—: ¿Con la abuela?

Ahora sí me quedaba claro lo que Hernán quería decir cuando se refirió a que había encontrado la solución.

—Sí, está aquí y hay que llevarla a casa —dijo Hernán con un tono que demostraba que no había otra posibilidad, mientras miraba a Tomás y luego a mí.

—Yo no tengo problema, estoy feliz de poder llevar a dos distinguidas damas en mi auto —dijo Tomás sonriendo con sus ojos.

De seguro mi cara de espanto le había parecido graciosa.

Disimuladamente me guiñó un ojo y me hizo sonreír. Ese fue el primer momento en que sentí su complicidad absoluta. Mi abuela, quien parecía rejuvenecer más cada día, estaba alegre y entendía todo el contexto. Saludó a Tomás muy gentilmente y pude ver en sus ojos su aprobación. También fue muy cariñosa cuando me saludó y su risa contagiosa revelaba que se sentía encantada de estar en esa situación. Inmediatamente aclaró que ella iría sentada atrás para que nosotros pudiéramos conversar mejor sin tener que gritar.

Yo no podía creer lo que estaba sucediendo. Seguramente, los años le daban la intuición necesaria para comprender sin preguntar, ya que sin necesitar explicaciones se dio cuenta que su presencia en el auto era intimidante, así que tratando que todo fuera lo más natural posible, comenzó a preguntarle a Tomás sobre su vida.

Tomás se sintió muy cómodo con ella, congeniaron al reírse de algunas situaciones de la sociedad actual y en el placer de fumar cigarrillos. Por primera vez en mi vida no podía creer que no me molestara el olor ni el humo. Eso sí, yo no fumaría jamás, nunca cambiaría mis principios. Esta moda del tabaco, para mí, era muy masculina y no me parecía nada seductora; yo era una dama y no me veía probando una cosa tan varonil, pero mi abuela, a diferencia mía, sí tenía edad para romper todos los patrones de conducta.

Durante el camino era difícil no asombrarse por la capacidad de Tomás de conversar diferentes temas y también para mí era un esfuerzo no sonreír en silencio mientras analizaba todo. Sin saber cómo, ellos habían encontrado un tema más en común: la Isla Grande de Chiloé.

—Comparto con usted el amor por Chiloé —dijo Tomás—. Esa isla es bellísima. No puedo creer que haya vivido allí en su niñez, me imagino que debió haber sido mágico. Además, está tan al sur de Chile, un territorio aislado y salvaje, lleno de leyendas, ¡fascinante y hermoso! He viajado con mi padre un par de veces y ¡uf!, ese viaje es toda una odisea.

—¡Oh, sí!, tengo miles de historias en los lanchones a vela que se usan para cruzar, ¡sí que hay que ser valiente! Y sobre sus leyendas... hay muchos relatos. No se imagina usted la magia al escuchar el viento golpear en la caleta cuando es medianoche y hay neblina. No hay chilote que no haya sentido al Caleuche acercarse y no haya bajado su vista para no mirarlo. ¿Sabe usted las consecuencias si es que un pescador mira al Caleuche? O mejor dicho, ¿conoce usted la leyenda de El Caleuche?

—Obviamente, sería imposible ir a Chiloé sin escuchar de ese fantástico buque fantasma que hasta puede navegar bajo el agua, pero aunque la conozca me encantaría tener, en otra oportunidad, una conversación dedicada exclusivamente a conocer su historia...

Tomás tenía casi veinte años. Quería estudiar algo relacionado con las matemáticas, su meta era llegar a ser profesor e ingeniero, pero en su horizonte veía posiblemente una carrera política como su padre. Aunque, a juzgar por lo que contaba, estaba claro que no tenía nada definido aún.

Le gustaban algunos deportes extremos y la adrenalina que le hacían sentir. Mientras lo escuchaba referirse a eso, pensaba en qué sería aquello; el único deporte extremo que yo conocía era escaparme de mi madre, el cual contribuía a mi dosis necesaria de adrenalina por días y no necesitaba ninguna actividad física en donde mis piernas corrieran el riesgo de quedar separadas de mi cuerpo.

Me entretuve mucho en el camino escuchando los diferentes temas de conversación entre Tomás y mi abuela. Observarlo rebelde y erudito a la vez lo convirtió, en cosa de minutos, en un hombre demasiado interesante a mis ojos.

Cuando llegamos, me ayudó a bajar del auto sonriéndome, como si me conversara con la mirada; eso me hizo sentir que ya lo conocía desde hace años, pero pronto racionalicé esa sensación, estaba claro que aún me faltaba

mucho por descubrir. Le di las gracias, al igual que mi abuela, mientras lo miraba tiernamente, pero para no demostrar mayor interés en él, traté de que la despedida se viera lo menos comprometedor posible; en realidad, yo no sabía cuáles eran las intenciones de Tomás. A solo unos metros de la entrada a mi casa, me quedé de pie al lado de mi abuela esperando que él se acercara finalmente a despedirse.

Él, como todo buen caballero y demostrando su manejo en situaciones como esta, nos esbozó una lúdica reverencia diciendo:

—Buenas noches, estimadas damas.

Apenas entramos a la casa, las preguntas de mis padres parecían un bombardeo; mi abuela solo respondió:

—Hernán tenía cosas que hacer y un joven caballeroso ofreció traernos. Iré a descansar porque muero de dolor de cabeza.

Queriendo escapar pronto de ahí, fui cómplice del comentario de mi abuela y agregué:

—Abuela, debemos habernos pegado algún virus de la gripe; yo también me siento fatal.

Así evadimos la emboscada lo más rápido posible.

Además, no tenía hambre para quedarme acompañando la sobremesa que en ese momento hacían. «Puede ser que el amor adelgace», me reía al pensarlo; después completé mi pensamiento: «adelgace en los tiempos buenos y engorde en los tiempos de sufrimiento». Volví a sonreír. Sabía que si yo sufriera por amor, me comería cuanto chocolate encontrara y eso terminaría notándose en unos kilos extras.

Aquella noche no pude dormir. Repasaba todo lo conversado en el auto una y otra vez, grabándome todos los detalles. ¡Ya quería verlo nuevamente!, pero faltaban dos días para el próximo encuentro literario.

Al día siguiente las horas parecían interminables, así que llamé a Elena para visitarla y aprovechar para ir de compras juntas. Pero el motivo real era quedarme pegada a la ventana de su casa, la cual se encontraba en frente a la casa de Tomás, con el único propósito de no perder la posibilidad de verlo entrar, salir o solo divisar. Sentía mis mejillas ardiendo de la vergüenza por lo que estaba haciendo.

Frente a su ventana, el tiempo pareció pasar más lento aún, cada hoja que se movía en la calle parecía hacerlo al compás de mi pie, el cual tocaba el piso imitando al segundero del reloj. Pasé alrededor de tres horas pegada ahí y solo vi la cortina, del que pensé podría ser su dormitorio, oscilar levemente.

Imaginaba que él estaría haciendo alguna cosa en su habitación, tal vez leía, fumaba un cigarrillo o bebía una taza de café; hasta llegué a pensar que podría estar con otra mujer. Ése era un pensamiento desagradable y algo masoquista, por lo que en ese momento creí que era mejor irme.

Elena se había puesto de mi parte, ya era mi cómplice en esta aventura, y no le importó que no fuéramos a ningún lado de compras. Ella también se volvería una vigía de la casa para contarme todo lo que pudiera ver.

Me las arreglé para concentrarme en otras cosas, hasta que por fin llegó el momento de volver, sabía que ahí vería a Tomás. A esa hora llegábamos todos los que participábamos en las charlas literarias, por lo que se escuchaban bulliciosas carcajadas sobre una tenue música de fondo que inundaba el lugar. El aroma a rosas invadía dentro de la casa dándole una sensación acogedora al ambiente. De pronto nos encontramos casualmente, o mejor dicho, casualmente planeado por ambos; era obvio que nos habíamos estado buscado hasta encontrarnos. Tomás me saludó rápidamente con un beso en la mejilla, luego me miró fijamente como si buscara algo dentro de mí, lo cual inquietaba y sacudía mi ser. Cuando se dio cuenta de la intimidación que produjo en mí, esbozó una sonrisa enigmática y me dijo suavemente al oído:

—Hoy te regresaré a tu casa nuevamente. Ya le pedí permiso a Hernán y aceptó.

Me quedé pasmada, hasta llegué a sentir que mi corazón casi dejó de latir por unos segundos. Hernán no me había dicho nada, ¿en qué momento había hablado con él?, ¿por qué yo no me había enterado? Y entonces fue cuando recordé que hoy mi abuela no se encontraba, por lo que, si me llevaba a casa, esta vez sería a mí sola.

«¡Ay, Dios mío!» pensé. Ni siquiera pude tomar el té durante la discusión del libro, yo solo esperaba la hora de salida. Sentía un peso tan grande en mi estómago, lo que me hacía pensar que jamás podría volver a tomar o comer nada.

Tomás me esperaba amorosamente a la salida del salón; era algo extraño, pero ya me parecía familiar verlo apoyado en la muralla con su aire rebelde y su mirada fija en mí, como si nada más existiera. Eso comenzaba a ser totalmente cautivador y adictivo.

Me pidió mis libros y los cargó junto a los suyos. Al llegar al auto me di cuenta de que la vez pasada estaba tan nerviosa que no me había percatado de nada a mi alrededor. Esta vez quería recordar cada detalle. Me quedé unos segundos viendo su auto, era un Cadillac convertible terracota de más menos

el año 1930; sabía identificarlo porque era el sueño de Hernán y siempre me hablaba de cómo le gustaría tener uno. Me subí despacio al asiento de copiloto mientras Tomás me sostenía la puerta. Era muy atento, pero al observarlo hoy me había dado cuenta de que lo era con variadas jóvenes en determinadas ocasiones, lo que me hizo tener la sensación de que, más que caballero, era un galán empedernido. Con resignación culposa pensé que, aunque podía ser muy encantador con todas, era a mí a quien miraba como si fuera lo único en el mundo.

Durante el viaje me contó pocas cosas sobre él, sentí que le costaba mostrar quién era realmente, como si tuviera un escudo delante. Pero eso no le impidió reírse de mí en las múltiples situaciones en que mi ingenuidad lo sorprendía; los dos nos divertíamos mucho. La noche cálida nos permitía llevar las ventanas abiertas, el viento lograba que su pelo bailara en rebeldía al compás propio y la luz de algunos faroles resaltaban sus ojos. Era definitivamente buenmozo, sus ojos verdes tierra me fascinaban; me gustaba que sus manos no fueran muy grandes pero parecieran fuertes. Su voz ya se había grabado en mi subconsciente, sabía que podría reconocerla en cualquier lugar del mundo, pasara el tiempo que pasara.

Mientras lo contemplaba disimuladamente, de pronto se detuvo para girar el manubrio hacia su izquierda, saliéndose de la calle principal hacia una plaza cerca de la orilla del mar. Lo sabía porque reconocí el lugar, pese a que en ese momento la oscuridad no dejaba ver nada más lejos que la insinuación del principio de la arena. Recorrimos el borde costero unos minutos en silencio hasta que estacionó el auto bajo un farol. La luz amarilla hacía que las facciones y expresiones de su rostro se vieran intensas y el momento tuviera un aura especial.

—Sé que tienes que llegar pronto a tu casa... — Hizo una pausa, respiró profundo y mirándome a los ojos continuó—: Solo quería decirte que me encantas. Inesperadamente, puso su mano, de manera dulce pero segura y fuerte detrás de mi cabeza, enredando sus dedos con mi pelo. Ejerció con su mano una suave presión que le daba el control y que me sedujo completamente. Yo estaba como embrujada, todo pareció detenerse mientras miraba sus ojos acercarse con decisión, hasta que cerré los míos y sentí que sus labios cálidos me besaban. Su aroma a suave café me traspasó y su sabor inexplicablemente encajó con facilidad en todos mis sentidos. Su beso tierno me hizo sentir cómoda y causó el descubrimiento de la sensación de placer y deseo en mí.

Era la primera vez que sentía algo así.

Mientras sus labios continuaban tiernamente sobre los míos, llevó su otra mano a mi cintura y me acercó aún más decididamente a él. Luego, se detuvo y se dirigió a mi cuello, el cual acarició con sus labios mientras me abrazaba fuerte. Después de unos segundos volvió a besarme, esta vez apasionadamente.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al abrir mis ojos, después de detenernos en medio de la pasión que nos asustó a ambos, él me miraba como cuando uno mira algo que le gusta demasiado y lo quiere cuidar y proteger porque siente que es de su propiedad. Después de ese beso, apoyé mi cabeza en su pecho. El eco de su corazón resonaba con fuerza y parecía que latía más rápido de lo normal. Él acariciaba mi pelo tiernamente, ambos nos manteníamos en silencio como queriendo escuchar los pensamientos del otro. El beso me había encantado, lo había sentido tan hombre, tan protector, tan apasionado y, lo más importante, había sentido que los sentimientos producidos por ese beso habían sido mutuos. Me habría quedado así por horas, pero para mi tristeza solo duró unos escasos minutos.

Finalmente me besó en el pelo y se incorporó para prender el auto. Volví a mi asiento y nos mantuvimos en silencio mientras me llevaba a casa.

Era un silencio extraño, no se sentía incómodo, sino cómplice. En el camino, la mano con que no tomaba el volante del auto busco la mía y nuestros dedos se entrelazaron como si fuera un engranaje perfecto. Cuando llegamos a mi casa, se detuvo frente a la puerta de entrada y antes de soltar mi mano, dijo:

—Mañana te iré a buscar al colegio. —Se quedó algo pensativo y continuó —: cuando salgas, camina por la primera calle de la derecha hacia el mar.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Tú me irás a buscar?

Su propuesta me descolocó, creo que hasta sentí que se me apretaba el pecho... Ir a mi colegio era un acto de extrema valentía tanto para él como para mí, debido a que la gente siempre era mal hablada y siendo un convento que impartía educación femenina, todo el mundo era muy recatado en sus alrededores. De verdad, era difícil creer que me estuviera diciendo eso y de forma tan natural, pero no quería parecer asustada, él podría sentirse mal y jamás volver a proponer algo así.

—¿Por qué siempre que te digo algo lo repites? —dijo sonriendo, lo que me hizo sonreír también.

—Es que verifico por si escuché mal.

Retiré mis dedos de los suyos, lo miré fijamente y le guiñé un ojo, acción que sabía que después me iba a avergonzar. Él tenía el poder de sacar en mí a

una Teresa diferente a la niña que todos conocían hasta ese momento, incluso distinta a la versión que yo misma conocía de mí. Ese y otros hechos suyos comenzaban a parecerme adictivos y definitivamente me gustaba esta nueva “yo”.

Sin dejar de sonreír, Tomás bajó del auto, caminó hasta mi puerta y la abrió para que yo saliera. Después de eso, la despedida solamente fue una mirada que decía más de mil palabras.

Tus pasos

1940

Ciertos días, al salir de clases volvía a casa en autobús y mi hermana iba conmigo. Nuestra jornada escolar solía coincidir en el horario de término. A ambas nos cuidaba las espaldas unos de los empleados de papá llamado José, quien nos acompañaba desde la puerta del colegio hasta que llegábamos seguras a nuestro hogar. Él era un señor mayor y de pocas palabras; siempre usaba sombrero negro e iba con un periódico en sus manos, parecía no importarle qué hacíamos mientras llegáramos a salvo.

Dado los planes de aquel día, tendría que presentarles a Tomás, lo cual no dejaba de preocuparme. Las actitudes de Julia eran impredecibles para mí. Faltaba entre nosotras esa complicidad de hermanas, éramos muy diferentes... ¿Qué diría al conocer a Tomás? A veces no se comportaba como una hermana menor sino como una espía de mi madre. Como si fuera su misión, se había hecho habitual que ella ingresara sin permiso a mi cuarto donde, aprovechando que aún era bajita, llegaba a los rincones pequeños de mi ropero para buscar mis libros de poemas, los cuales siempre encontraba, a pesar de que yo trataba de esconderlos. Después, iba donde mi madre a comentarle qué era lo que yo estaba escribiendo.

Con eso, lograba que ella pusiera mayor vigilancia en como yo expresaba mis sentimientos. La poesía, sin duda, no era algo que a mi madre le atrajera. A pesar de que la actitud de Julia me hacía enojar, trataba de convencerme de que era solo su inmadurez; algún día ella cambiaría.

«Sería estupendo que ese día fuera hoy» me dije a mí misma con esperanza.

Mis pensamientos me atormentaban de mil maneras, pensaba también en el colegio y en las monjas. ¿Qué dirían si me vieran con él? ¿Cuán desafortunado sería que supieran del beso que nos acabábamos de dar sin siquiera ser su novia? La verdad era que no había una relación formal entre nosotros y yo ya lo había besado, no tendría perdón. ¡Sí, con seguridad me expulsarían!

Esa mañana hacía algo de frío, que parecía ser más fuerte dentro de las enormes aulas de clases; éstas eran construcciones muy antiguas, formaban parte del convento que acompañaba a la congregación de las religiosas que aparte de educar, tenía otras funciones de ayuda a la comunidad.

Las clases parecían interminables y mi mente estaba totalmente alejada de ellas, no sabía cómo hacer para que las horas pasaran más rápido. Yo, en un estado de evidente imbecilidad transitoria (como burlescamente mi querida amiga Elena describía el amor), dibujaba corazones en el cuaderno junto al nombre de Tomás, el cual remarcaba en sus contornos cada vez más profundamente, casi provocando que la hoja de papel se rompiera debido a la acumulación de tinta. Suspiros involuntarios salían de lo más profundo de mi ser en ciertos momentos, lo que me provocaba algo de miedo ya que me exponía a ser descubierta.

—Sí que soy estúpida —me repetía en voz baja a mí misma.

Pero mi nerviosismo y felicidad me hacían incapaz de escuchar hasta mis propias críticas.

Al terminar la mañana, doblé uno de los dibujos de su nombre y lo puse en el bolsillo de mi uniforme. A la salida, tan pronto como encontré a mi hermana y a José, les pedí que me esperaran cinco minutos y corrí a encontrarme con Tomás.

Avancé por la calle a la derecha y comencé a caminar rápidamente hacia el mar, cargando en mi espalda mi bolsón y en mis manos mi abrigo; mi pelo ya había perdido cualquier esbozo de peinado que tuviera. Mi uniforme, que constaba de una falda gris oscura plisada y larga hasta mis tobillos, más una blusa blanca abotonada hasta el medio de mi cuello, donde además había a un corbatín azul en forma de lazo para evitar que algún botón se abriera, parecía ayudarme en mi apuro y se ajustó perfectamente a mis rápidos movimientos.

Mi respiración estaba agitada, pero a pesar de lo complejo de la situación, me sentía libre y eso me gustaba... Entonces, vi a Tomás.

Ya me fascinaba hasta su forma de caminar, era como si el aire y el suelo se complementaran a la perfección con sus pasos, los cuales ya sabía identificar con solo escucharlos.

Cuando lo vi, no pude seguir caminando, comencé a correr hasta alcanzarlo y me abalancé sobre él, abrazándolo. Él respondió a mi abrazo, pero su rostro reflejaba sorpresa e incredulidad, seguramente por lo efusivo de mi saludo. Tal vez correr hacia él había sido demasiado infantil de mi parte, demasiado demostrativo o algo fuera de lugar, ya que en verdad no había una relación entre nosotros. No tengo claro qué fue lo que él pensó en ese momento, pero sin duda, mi forma de ir hacia él había desordenado algo en su interior. Al terminar el efusivo e inocente abrazo, me besó tiernamente diciendo:

—¿Cómo estuvo tu día en el colegio?

—Bien, gracias, aunque las horas parecían no avanzar. Tenía ganas de verte —dije.

Le expliqué que tendríamos que caminar hasta la puerta del colegio para buscar a mi hermana menor llamada Julia.

Caminamos mirándonos a ratos, aún en un estado de perplejidad; entonces, recordé el papel que tenía en el bolsillo. Sin pensarlo mucho y demostrando nuevamente mi inmadurez absoluta, se lo mostré.

¡Ay, no! ¿Qué me estaba pasando? Bueno... por lo menos, eso sí, le pareció gracioso y no pudo evitar sonreír mientras lo miraba como si fuera algo tan infantil que le costara comprender. Al poco rato lo dobló tiernamente y lo guardó en el bolsillo del abrigo que llevaba puesto.

Cuando llegamos frente a Julia, ella me miró extrañada, me preguntó quién era él y yo se lo presenté sin titubear, diciéndole que era un amigo que había conocido en casa de la señora Matilde y que quería acompañarnos hoy en el camino de vuelta a casa. Pero la cara de horror de mi hermana desde el primer momento, me dio a entender que no escucharía explicaciones. Enojada y sin esperar más, me dijo:

—Yo no voy a ninguna parte con él.

—Julia, solo nos acompañará a casa, no veo qué problema hay. Además, José va con nosotras.

—No. No deberías permitir eso. Si él viene, —dijo mirando a Tomás—, yo me iré sola.

—¿Sabes? Haz lo que estimes conveniente.

Dejé que se marchara sola; no iba a entrar a una discusión con ella frente a Tomás, quien al ver la escena prefirió no tomar parte y se dedicó a mirar la estructura arquitectónica del colegio.

Nos fuimos tras ella sin darle mayor importancia. José caminaba pausado detrás nuestro, como un simple y reservado espectador. Todos tomamos el mismo autobús.

Fue el mejor regreso a casa de mi vida. Lo pasamos increíble juntos. José no despegó las narices del periódico, como abstrayéndose de la situación. Tomás, durante todo el viaje, no hizo ningún comentario sobre la actitud de Julia, quien iba sentada adelante, con la mirada perdida en la ventana.

Al llegar a casa, mi hermana cruzó la puerta principal corriendo y se dirigió directo hacia donde estaba mi madre para contarle el terrible acto que yo había cometido; su percepción infantil la imposibilitaba de comprender que

un joven pudiera interesarse en su hermana y se osara a acompañarla de regreso a su hogar. Aunque sospechaba lo que ella podría decirle a nuestra mamá, no me importó; y frente a la entrada, con el sol brillando y visibles para el que quisiera mirar, acepté de Tomás un dulce beso de despedida.

Cuando finalmente entré, mi madre me esperaba en el salón principal, agitando con sus brazos el aire a su alrededor como si necesitara hacerlo fluir frente a su rostro para poder respirar. La expresión de su mirada demostraba enojo y vergüenza. No sé cuántas cosas me dijo, pero la palabra «prostituta» estaba incluida entre ellas. Escuché estoica y apenas terminó, agaché la cabeza y después de hacer salir de mi boca un mínimamente audible «perdón», miré al suelo y en silencio subí a mi dormitorio. Ella era mi mamá y le debía respeto ante cualquier situación o sentimiento, pero en mi corazón nada de lo que fuera capaz de decirme importaba, solo lo tenía a él y a ese beso en la mente. Tirada sobre mi cama, tomé mi cuaderno y comencé a escribir... eso me haría pensar en Tomás y olvidarme del mal rato que recién había vivido.

TUS PASOS

Pasos a mi lado siento pasar ligeros algunos, como queriendo saltar. Rápidos otros, olvidando el compás. Pesados hay muchos, los que me hacen pensar... ¿Qué tan pesado pueden llevar?

Día tras día, pasos siento pasar, dulces y frescos... de un niño es el andar, dobles... de amores que abrazados van, lento... la vida que se nos va. Y después de mucho escuchar, sentí que el alma se escucha al caminar, y que, sin verte, te puedo encontrar.

Así día tras día me puse a escuchar si tu alma sentía, por mi camino pasar.

Y un día, tus pasos sentí pasar, y mis ojos se abrieron sin dudar. Alegría me diste con tu caminar porque es la forma de tus pasos la que me encanta escuchar.

Sin nombre

1940

Nunca le pusimos nombre a nuestra relación, incluso jamás dijimos que teníamos una relación; tal vez eso era bueno, lo que sea que tuviéramos no se terminaría formalmente y podría darnos en cierto momento de nuestras vidas la sensación de que siempre estuvimos juntos. Quizás algún día nos alejaríamos, pero constantemente sabríamos que el otro estaría en algún lugar, con algo que nunca dejó realmente de ser... «¡Exactamente! Lo que no empieza formalmente no se termina formalmente», me decía a mí misma.

Pensar eso me causaba risa y un delirio constante en mi conciencia entre el bien y el mal, el pecado y el amor.

Sin duda, no era lo correcto tener algo informal y mucho menos secreto, pero sentía que no tenía que hablar de ese tema aún con él. Había cierto aire de libertad en su forma de ser que no quería amoldarse con la época conservadora y rígida en que vivíamos. Francamente, no me sentía capaz de decirle a Tomás que si quería frecuentarme o salir conmigo debía, como mínima norma social, hablar con mis padres, en primera instancia, y que según su respuesta podríamos o no vernos... ¡No, definitivamente no podía poner esa restricción a lo que estábamos sintiendo! Sí, tenía que ser secreto, sería secreto.

Me encantaba ir a su casa; para toda mi familia, yo iba a visitar a Elena. Era muy ventajoso para mi situación que ella viviera al frente de él. Cuando comencé a conocerlo más profundamente entendí por qué la gente hablaba cosas no muy buenas de él, pero en realidad era porque no lo conocían y se dejaban llevar por conductas y secretos a voces de alguna historia familiar no resuelta, debido a que sus padres se habían separado, lo cual era muy extraño en nuestra época y obviamente no era bien visto. En esta sociedad era más aceptado aguantar años sin amor, con maltratos psicológicos o a veces físicos, que mostrar la imagen de familia destruida. Pero, sin duda, esos eran temas morales más grandes de los que a mis diecisiete años podría resolver y no era adecuado hablar de ellos si no eran mis asuntos, por lo que yo prefería no opinar ni juzgar acerca del desenlace.

Tomás tenía una relación bastante apegada a su padre, pero no siempre había sido así, los conflictos entre sus parientes habían repercutido en su

relación. Y actualmente, a pesar de que se mostraba muy fuerte y con el tema ya superado, sentía que eso solo era una coraza y que en su interior era como un niño solitario, temeroso y en búsqueda de protección. Costaba bastante conocer sus verdaderos sentimientos y seguramente iba a ser un largo camino el que me tocaría recorrer junto a él en ese sentido.

Un día estábamos en la cocina de su casa: era un lugar pequeño, pero cálido; los platos limpios entre las tazas de café a medio secar estaban guardados en un orden errático, pero que me parecía divertido. La luz del sol entraba por una pequeña ventana, dejando que los colores de las naranjas y manzanas rojas puestas al azar en una fuente se reflejaran e iluminaran el lugar con un toque de alegría. El olor me cautivaba: el café de grano, entrelazado tímidamente con un toque de tabaco, era una mezcla que se grababa cada vez más en mis sentidos. Me encantaba prepararlo junto a él. Con cariño, me enseñaba a distinguir el olor de diferentes tipos, los cuales jamás pensé que existían y a cómo lograr hacerlo a la perfección en una vieja cafetera que había sido regalo de su madre y a la cual trataba con delicadeza, como si fuera algo invaluable. Hablábamos de cosas sin importancia, riéndonos de pequeños juegos que inventábamos, como si ideas lúdicas e infantiles llenaran nuestra mente al estar juntos. De pronto, el momento se quebró súbitamente por un agudo ruido.

Yo me mantuve en la cocina, apoyada en uno de sus mesones, sosteniendo una taza de café en mis manos. Mi mirada lo siguió coquetamente mientras salía rápido hacia el teléfono que colgaba de la pared, en una caja marrón justo frente a la puerta de la cocina. Levantó el auricular y se dio la vuelta para apoyar su espalda en el muro. Mientras escuchaba, sus ojos estuvieron puestos en mí siempre. Como si nada, Tomás comenzó a responder en un excelente inglés. Lo llamaban desde el extranjero vía operadora. Me sorprendió gratamente escucharlo. «Ojalá yo pudiera hablar así», pensé. Se veía extremadamente buenmozo conversando, con una pronunciación que para mí era perfecta, apoyado en la muralla y mirándome de reojo. Al cortar la llamada estaba feliz, me comentó que uno de sus amigos que vivía en Nueva York le mandaría por correo el nuevo libro de Ernest Hemingway, *For Whom the Bell Tolls* (que se traducía algo así como *Por Quién Doblan las Campanas*) y que tenía muchas ganas de leerlo, aunque aún no estaba en español, ya que la primera edición recién saldría en los próximos días. Sin embargo, se ofreció a que, si yo quería, lo podíamos leer juntos y él iría traduciendo sin problemas. Esto me produjo una gran emoción y corrí a abrazarlo.

El libro tardó más de dos meses en llegar. Y tal como Tomás había prometido, comenzamos a leerlo juntos; mejor dicho, él leía en inglés en voz alta y cuando terminaba dos páginas, me explicaba en español lo que había sucedido. Con toda la paciencia del mundo, me decía:

—Así el oído se te acostumbrará al inglés; si quieres aprender, por algo hay que empezar. Pronunciaba cada palabra con una ternura que me llegaba directo al corazón, sabía que lo hacía por mí, ya que estaba segura de que él veía antes el libro por su cuenta y después lo repasaba conmigo. Esto significaba para mí una gran muestra de amor.

Nos juntábamos casi todos los días en alguna plaza, en la playa o en su casa. Ver cómo sus ojos me miraban mientras leía para mí, me hacía sentir que estaba convirtiéndome en la persona más especial de su vida.

Pero algo pasó de repente. Nunca terminamos de leerlo. Al menos, no juntos.

Al pasar los días, la necesidad del uno por el otro fue creciendo. Era evidente en los ojos de ambos que los sentimientos que teníamos eran muy fuertes. Eso me hacía tener miedo a veces y sentía que a él también le provocaba contradicciones, pero nunca lo conversamos. En un determinado momento, su actitud cambió drásticamente, sin darme tiempo para entender.

Comenzó a actuar diferente. Lo sentía cada vez más lejano y ya no compartía sus locas ideas conmigo; el silencio comenzó a hacerse cada vez más presente, haciéndome sentir que existían ciertos límites que yo no podía traspasar. Era como si le temiera a mi cercanía y al aire que tendría que compartir conmigo, lo que nunca comprendí. Yo era bastante independiente para la época y no me entrometía en sus cosas, menos cuando él no me lo pedía.

Al pasar los días se volvió cada vez más introvertido.

Empezó a molestarle que le preguntara dónde estaba o qué había hecho. Me daba la impresión que comenzaba a verlo como una forma de control y no de curiosidad o de interés genuino. A veces me decía que me llevaría a casa después de las reuniones de literatura, pero no aparecía.

Hasta que un día lo enfrenté, queriendo saber qué era lo que pasaba. Estábamos en la playa, sentados en las escaleras que llegaban a la arena, uno al lado del otro, sin siquiera mirarnos. El sol rozaba a lo lejos la línea del horizonte como si fuera una bola de fuego que absorbía los sentimientos que ambos sentíamos, guardándolos en su interior y haciendo que ya no quedaran fuerzas para mirarnos fijamente.

—Tomás... ¿qué es lo que está pasando contigo? Hace un tiempo que te siento distante y he esperado que me digas qué te sucede, pero no lo haces. Dejamos de leer el libro y, a pesar de mis intentos por retomarlo, tu tiempo está siempre ocupado. Desapareces sin dar ninguna explicación. Me has dejado muy sola y parece que no te dieras cuenta... —Un suspiro largo salió de mí sin poder disimularlo, mientras permanecíamos inmóviles—. No sé qué es lo que te pasa, ¿cómo puedo ayudarte? No sé bien cómo comportarme con esta actitud tuya tan repentina.

Al terminar de decirle todo lo que sentía, él levantó la cabeza (ya que todo lo había escuchado mirando a la bola de fuego que desaparecía en el mar) y dijo:

—Tienes razón.

Después, solo se paró y se fue. No hubo miradas ni besos ni ¡nada más! Yo, extrañamente sin sentir tristeza, pero terriblemente desconcertada, esperé unos minutos queriendo entender, pero fue imposible llegar a algo claro.

El sol ya había desaparecido y comenzaba a oscurecer. Me paré lentamente y sin mirar atrás por si él estaba en algún lugar cerca, me fui a casa pensando qué había sido eso.

No sentía que habíamos terminado, pero tampoco sentía que continuábamos teniendo algo. Entonces, ¿qué debería sentir? No tenía la más mínima idea. Y decidí que tampoco me complicaría. Algo me decía que a esta relación aún le quedaba historia.

Los días pasaron, convirtiéndose en semanas y pronto en meses. Me encontré con Tomás en ciertas ocasiones y solo me saludaba moviendo la cabeza. Algunos días me quedaba en casa de Elena mirando por la ventana o me demoraba en entrar y caminaba lentamente por la vereda para ver si lo veía, pero no tuve suerte.

Así, terminé el colegio. Logré comenzar a estudiar literatura y me propuse concentrarme solo en eso. De a poco iba escribiendo mejores poemas y mis personajes llenaban mi vida. Nunca supe, finalmente, que él había entrado a estudiar y con el paso de los días perdí su rastro, era como si la tierra se lo hubiese tragado.

La caja «salva momentos difíciles»

1941

La universidad era entretenida, aunque yo siempre me mantuve bastante aislada. Seguía siendo muy amiga de Elena, quien también había logrado entrar a estudiar, nada menos que a medicina.

Fue en uno de los eventos sociales de su carrera a los que solía acompañarla, donde conocí a Fernando. Él se destacaba dentro de sus pares; se podría decir que tenía una presencia encantadora, su lenguaje era formal y se notaba, por su amplio vocabulario, que leía mucho. De presencia impecable, sus camisas le calzaban a la perfección y más de alguna vez lo vi con lujosas colleras en los puños. Era alto, de contextura fornida, su tez blanca y corto pelo rubio hacían contraste con sus ojos oscuros. Mi familia lo adoró desde el primer momento; él era muy educado, responsable e iba a ser médico, lo que elevaba aún más su estatus social. Además, venía de una buena parentela conocida ampliamente en la ciudad, ¡qué más socialmente correcto le podía presentar a mi madre! Al poco tiempo de conocernos comenzamos una relación formal. No puedo decir que no me atraía: era guapo, inteligente y caballero. Pero, a pesar de eso y de todo el cambio que mi vida había tenido con la entrada a la universidad —más amigos, menos restricciones en mi casa, más conocimiento del mundo real asociado también con mi propia madurez— yo no podía sacarme de la mente a Tomás aun cuando habían pasado meses sin saber de él.

Fernando se llevaba muy bien con todos en mi casa, aunque Hernán, quien nunca me preguntó qué había pasado con Tomás, me decía en secreto que algo en él no le gustaba, pero no tenía claro qué cosa era, por lo que yo solía molestarlo con que sufría de celos de hermano y lo regañaba con actitudes de una niña mimada, pidiéndole que pasara más tiempo conmigo.

Yo me sentía cómoda con la relación, pues hallaba en Fernando el cariño que a veces no encontraba en casa. Eso sí, tenía clarísimo que no estaba enamorada, yo ya sabía qué era amar a alguien y lo que sentía esta vez no era precisamente aquello. Me justificaba pensando que habían muchas parejas que llegaban al matrimonio sin amarse; era común escuchar a señoras decir que el amor viene con los años y con los hijos, por lo que no era un requisito para casarse. El peso social era más fuerte que un sentimiento tan complejo como el

amor y así, dentro de la tranquilidad de lo socialmente correcto, me sentía resguardada. Pero, como dice un viejo dicho que mi abuela repetía de vez en cuando «no todo lo que brilla es oro» y no pasó mucho tiempo para que las cosas comenzaran a complicarse.

La personalidad de Fernando empezó a mostrar un lado bastante machista y controlador. Y yo, extrañamente, comencé a aceptarlo. Él sabía de mi historia con Tomás — yo le había contado todo—, lo que hizo que no tolerara ni siquiera escuchar sobre él. Tal vez lo veía como una amenaza; lo sentía demasiado diferente a si mismo o, quizás, eran solo sus celos, no lo sé.

El tiempo voló, de repente, 1941 estaba en sus últimos días. Con Fernando, las cosas mantenían su estabilidad, todo parecía tan feliz, pero nadie se fijaba realmente en mí. Yo sentía que él me había hecho cambiar, y que ese cambio no era una transformación favorable: mi naturalidad se apagaba, me había vuelto formal, igual que él, incluso en la forma de vestirme; también me había aislado más de lo habitual para evitar escenas de celos. Solo hacía lo que él me autorizaba y me juntaba con quien él aprobaba. Todo esto se reflejaba en mi escritura, debido a que mi imaginación había disminuido profundamente; no podía encontrar nuevos personajes para mis historias, no encontraba inspiración, ni siquiera podía encontrarme a mí misma.

Un día cercano a Navidad, acongojada por lo rutinario que mi vida se había vuelto, la imagen de Tomás leyendo para mí, entraba y salía de mi mente, por lo que loca y repentinamente decidí que quería regalarle algo. La idea de dejarle un presente en su casa quebró la costumbre de mi alma.

Jamás habíamos tenido una pelea, nunca nos habíamos dicho absolutamente nada sobre un adiós, solo nos alejamos. ¿Por qué no podría hacerlo? Estaba segura de que él me recordaba. Y aunque yo estaba consciente de mi relación con Fernando, sentía que la complicidad que tenía con Tomás continuaba, lo que me llevaba a pensar que teníamos una amistad incondicional, por lo menos de mi parte.

Inmediatamente, comencé a buscar qué regalo podría darle. Mi imaginación y creatividad no tardaron en aparecer.

Sabía que si tenía que pensar en un obsequio para él, no sería nada tradicional. Prefería algo especial, que le hiciera notar cuánto lo conocía y que fuera imposible que alguien más se lo diera: ¡sí! tenía que ser original. Sonreía al pensar que en realidad él era la única persona en este planeta a quien yo le haría un regalo así. Como siempre tuve la sensación de soledad en la

profundidad de su corazón, decidí que sería algo simbólico, locamente simbólico.

Al otro día, acompañé a José temprano a la feria; él era el encargado de hacer las compras que requerían fuerza, como los sacos de papas, el cajón de tomates o la fruta. La feria se instalaba a las afueras de la ciudad todos los sábados.

Mientras él elegía las mejores verduras (tenía experiencia porque en su juventud se había dedicado al cultivo de hortalizas), yo di un paseo por el mercado. Tenía claro lo que necesitaba, buscaría una cajita de mimbre que pareciera ser un pequeño baúl. Al poco andar, encontré una increíblemente adecuada a lo que estaba imaginando; el color verde musgo que tenía la hacía poco común y eso ya me había encantado.

La compré rápidamente y volví al lado de José, quien no había tenido tiempo de extrañarme aún.

Al volver a casa, subí corriendo a mi dormitorio, llevaba la caja entre mis brazos con la sensación de tener un gran tesoro. La noche anterior había pensado todo lo que le pondría dentro, por lo que comencé a trabajar en ese mismo instante.

La primera parte sería escribir una carta explicándole lo que significaba, la idea era poner algunas cosas simbólicas que le servirían en determinados momentos. Era una caja «salva momentos difíciles», así decidí llamarla. Cada objeto estaría acompañado de un papelito que le daría una pequeña indicación.

Pensé poner un cigarro, para cuando se le acabara su tabaco, pero aunque relacionaba al aroma con él y sabía que fumaba, para mí era difícil creer que algo que le hacía parecer una “chimenea humana” fuera bueno para su salud, así como la gente, la publicidad y hasta las películas querían mostrar; por lo que finalmente desistí de esa idea.

Le puse un chocolate, para cuando necesitara un momento dulce; una pluma con su tinta, unidas a unas pequeñas hojas de papel café, para cuando necesitara guardar algún pensamiento; un marcador de página hecho por mí, pintado con acuarelas que dibujaban líneas de colores sin rumbo, pero que finalmente hallaban su lugar en ese marcador de hoja blanca y gruesa. Así, yo lo acompañaría cuando leyera y sería su apoyo cuando sus pensamientos sin rumbo lo acongojaran, al igual que ese papel a las líneas dibujadas.

También añadí algunas canicas para cuando quisiera ser un niño otra vez, pues este simple juego le recordaría que a veces es importante volver a la

infancia; una bolsita pequeña de tul azul con lentejas, para la suerte; un sobre con granos de café importado que robé de la alacena de mi madre, para cuando se acabara el que tenía en su casa. Tal vez, justo en el momento en que estuviera en su parte favorita de algún libro, así podría seguir leyéndolo bebiendo una taza de ese increíble café. Agregué algunas piedras: una llamada ágata, que se considera protectora de los malos sueños, porque los hombres son como niños y no les gusta tener pesadillas y a mí, en especial, siempre me provocaban mucha ansiedad, así que pensé en protegerlo de eso. Otra, conocida como lapislázuli, que representa la amistad y la verdad y, finalmente, un dibujo de cómo se vería una aguamarina (debido a que no encontré ninguna en toda mi casa ni cuando fui al mercado). Esa era una piedra relacionada con la valentía y ayudaba a la reflexión, lo cual me pareció bastante pertinente debido a que si algo pude conocer bien eran sus momentos de introspección. Además, es el elemento que protege a los marineros y evita que tengan mareos; como él viajaba mucho junto a su padre, estaba segura que en más de alguna ocasión le sería útil.

Introduje cada cosa bien ordenadita en la caja de mimbre, escribí todo con mi mejor letra y pegué la carta en el interior de la tapa; luego la cerré, entrelazando una cinta angosta de color dorado que se veía muy bien con el verde de la caja; la envolví en papel de regalo y esa misma tarde la dejé en su casa con la sirvienta.

A Fernando decidí regalarle para Navidad una camisa hecha por un sastre famoso de la ciudad, bastante costosa y que sería un acierto para sus reuniones médicas.

Cangrejo de mar

1941

Nunca hubo una respuesta o agradecimiento por el regalo.

Tal vez era mejor conformarme con no tener respuesta a haber recibido un simple «gracias». Cuando se prefiere guardar silencio, es porque uno confunde las palabras y no tiene claro cuál de todas las frases que vienen a la mente es la que se quiere que salga por la boca. La mezcla de la razón y el corazón muchas veces no encuentra el lenguaje apropiado y entonces es mejor callar.

Ya estábamos casi al final de febrero. Era un cálido día, por lo que después de visitar a Elena decidí caminar hasta la playa, recorrer la orilla por un rato y así buscar cierta estabilidad en mi alma, pues necesitaba escribir y mi imaginación aún estaba poco fecunda. Me gustaba sentir la espuma al reventar las olas. Era agradable el golpe del mar al llegar fuerte a mis pantorrillas e incluso, cuando mojaba el borde de mi falda, sentía que me invadía y ese quiebre en mi piel me provocaba cierta satisfacción. Miraba en la arena a uno que otro cangrejo de mar ocultarse velozmente al quedar sin el resguardo de la misma ola, me parecía divertida la rapidez con que podían esconderse en ella. Recuerdos iban y venían en mi mente de cuando era pequeña y jugaba con Hernán para ver quién cazaba más rápido a estos animalitos, ¡eran tan simples y hermosas esas tardes de verano!

Cuando ya había decidido volver, sin encontrar en mi alma más que recuerdos, salí de la arena y entré a un caminito de adoquines que bordeaba la playa. Era un bello lugar, el contraste de la arena marfil y el verde de los arbustos separados por los adoquines grises me encantaba. De repente, a lo lejos divisé una figura masculina que caminaba en sentido contrario, cada paso se acercaba más a mí, pero aunque estuviéramos más distantes, siempre podría reconocer esa forma de caminar. Sin duda alguna, era Tomás.

Había pasado ya mucho tiempo desde que dejamos de hablar y más meses aún desde la última vez que nos habíamos mirado. Ya a unos metros de mí, lo pude ver con claridad, se veía muy bien y no pude evitar ponerme nerviosa. Me vió y sonrió con incredulidad, luego bajó su vista al suelo como si dijera algo para sí mismo y me miró nuevamente.

Sin sacarme los ojos de encima, caminó hacia mí y comenzó a hablarme como si nos hubiésemos juntado hacía solo unas horas.

—Buenas tardes, no puedo creer que seas tú, ¡qué gusto verte! ¿Cómo estás? —Me dio un rápido beso en la mejilla e inmediatamente pude sentir su aroma a café y a tabaco que eran tan característicos en él y, al mismo tiempo, imposibles de olvidar— ¿Cómo van tus estudios?

Media aturdida por su cercanía abrumadora, la sorpresa del encuentro y la cotidianidad de su saludo, contesté mientras sentía que mis piernas tiritaban:

—Bien, gracias. —Un leve quejido salió de mi boca y después de respirar profundamente, me puse seria y continúe— ¿y los tuyos?

—Bien, también.

—¿Recibiste mi regalo de Navidad? —dije mirándolo aún seriamente y agudizando la mirada directo a sus ojos; era el momento adecuado para enfrentar su poca cordialidad al no mandar ningún mensaje de agradecimiento.

—¡Sí! Me encantó. —Agudizó su mirada—. Muchas gracias, ¡ya utilicé casi todas las cosas! Tu caja «salva momentos difíciles» ha sido muy oportuna.

Su notoria calma con nuestro encuentro después de más de un año sin vernos me confundió terriblemente, pero quería evitar que él lo notara.

—Pensé... —Hice una pausa, sacando mi mirada del enfrentamiento terriblemente placentero que tenía con sus ojos y la llevé hacia el horizonte, donde el sol había sido tapado por una nube. Entonces continúe:—... que tal vez te había parecido algo infantil ya que nunca dijiste nada. Llegué a pensar que, por alguna extraña razón, ni siquiera la habías recibido.

—¡No, nada de eso, me encantó! Solo que quería decírtelo en persona y decidí esperar hasta la próxima vez que el destino nos juntara.

—¡Oh, claro! Perfecto... qué bueno que fue ahora y no cuando tuviéramos cincuenta o más años —respondí, con cierto grado de ironía.

Como una forma de protegerse ante mi sarcasmo y seriedad, giró su cuerpo hacia el horizonte y miró curioso la nube que oscurecía aquel momento. Hubo silencio unos minutos, ambos estábamos demasiado concentrados en la nube o al menos, eso era lo que aparentábamos.

—Oye, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Te parece si vamos a mi casa y nos tomamos un café?

Aunque el tiempo había pasado, él seguía igual, con sus comentarios e invitaciones sorprendidas con las que seguía desconcertándome, como era su costumbre. Con su invitación me ponía en un escenario complejo, donde todo lo socialmente correcto parecía no encajar en ese momento.

Sabía que esto podría enojar mucho a Fernando, pero era imposible

negarme a tomar ese café y a que me contara qué había sido de él durante todo este tiempo. Fernando tendría que comprenderlo.

—Sería bueno pasar tiempo contigo —respondí con la voz temblorosa.

—Sí, es bueno habernos encontrado.

Sin esperar más, comenzamos a caminar. Después de unos minutos de silencio, me empezó a comentar sobre su visita a un circo que se había instalado cerca del lecho del principal río de la ciudad y que era muy novedoso; él había asistido con sus amigos. Casualmente, yo también había ido con Hernán y Julia. Fue divertido recordar esa experiencia, habíamos disfrutado de las mismas partes de la presentación.

En su casa no estuvimos solos, lo esperaban algunos de sus amigos con quienes nos sentamos en la terraza y, muy naturalmente, hablamos de temas divertidos y de algo de actualidad. El atardecer estaba magnífico, el cielo se pintó por segundos de rojo con líneas amarillas, como si fueran pinceladas. Hacía bastante calor, estábamos en pleno verano y la brisa de la noche era cálida, tal como lo era ese momento.

A la hora en que todos se fueron, me marché también, pues era casi la hora en que me recogerían.

José había venido por mí en el auto de mi padre y me esperaba frente a la puerta de la casa de Elena. Habíamos quedado en la mañana a qué hora yo saldría de ese lugar.

La expresión de su cara fue de incompreensión cuando me vio al otro lado de la vereda, pero al ver a Tomás, quien me acompañó hasta el auto, cambió su semblante. Como era de esperar, no me solicitó ninguna explicación; para él, lo importante era que me encontraba en el sitio acordado a la hora pactada. Si yo venía de enfrente o de la misma vereda era solo un secreto detalle que de seguro él guardaría bien.

Mientras iba en el auto, mirando por la ventana las luces desvanecerse con el movimiento y la velocidad que llevábamos, comparaba a Tomás con los cangrejos que había visto hoy en la playa. Yo era lo invisible (el aire o los rayos del sol) que les infundía temor en esos segundos en que ellos se quedaban sin la protección de la ola y, desesperados, volvían a esconderse rápido en la arena; sin el mar cubriéndolos, quedaban totalmente vulnerables a las gaviotas que podían comérselos al instante. Yo era como el aire o el sol, que hacía que Tomás fuera consciente de su vulnerabilidad y así él se escondía rápidamente dentro de su propio ser, al igual que los cangrejos desesperados se ocultaban en la arena.

Un suspiro involuntario me sacó de esa idea y la certeza de lo bueno que era estar con él, llenó mis pensamientos.

Cuando bajé del auto esa noche, no pude evitar mirar a José cuando me abrió la puerta. Sus ojos estaban inundados y brillosos, los músculos alrededor de ellos eran tan fuertes que se contraían con dureza para que las lágrimas no pudieran escaparse. Su cara siempre tenía una expresión de rudeza mezclada con pena, pero a mí no me engañaba, su mirada reflejaba que su alma era sensible y buena. El periódico estaba enrollado y metido en el bolsillo de su abrigo, la mayor parte se asomaba hacia afuera, como queriendo escapar. Al observarlo, era imposible ignorar las grandes letras rojas que hablaban de la guerra, lo que me hizo pensar y sentir que su corazón estaba atormentado. La impotencia de no estar cerca defendiendo a los suyos debía romperle el alma.

José tenía alrededor de sesenta años; en realidad, jamás le había dicho su verdadera edad a nadie. Desde que tengo uso de razón, he escuchado su historia mil veces, en detallados relatos contados a mi abuela, quizá como una búsqueda infinita para encontrarle alguna explicación a todo. Han sido tantas las veces que siento que es parte de mi propia historia familiar.

Su verdadero nombre es Józef Niedbalski, es polaco.

Llegó a Chile en 1920, después de la Primera Guerra Mundial. Polonia, antes de la guerra, no era independiente y era un caos, algunas partes aún pertenecían a Prusia y otras a Rusia y a Austria. Por su ubicación geográfica, en el centro de Europa, era un territorio muy deseado. No sé bien el papel de Józef en la guerra, pero sí sé que estuvo en el campo de batalla a cargo de J. Pilsudski, a quien se le atribuye ser el responsable de que Polonia lograra su independencia en 1918.

Antes de aquel conflicto, estaba casado con Anna. Tenían una hija llamada Luisa y vivían felices en una granja, a orillas del río Varta, en la ciudad de Poznań, donde se dedicaban al cultivo de hortalizas. Pero un día todo cambió.

Luisa tenía tan solo tres años cuando su padre tuvo que marcharse debido al comienzo de la guerra. Durante la ausencia de Józef, Anna, sin dinero y sumergida en una ciudad muy dañada, tuvo que comenzar a trabajar en condiciones precarias. Ese período fue clave en la historia para que la mujer no fuera más el sexo débil, ya que con la mayoría de los hombres en el campo de batalla, ellas tuvieron que hacerse cargo de muchos trabajos para poder sobrevivir.

Me imagino que eso fue lo que actualmente hace que él sea un tipo muy

abierto de mente.

Lamentablemente su esposa, en las difíciles circunstancias de un país en guerra, contrajo fiebre tifoidea y falleció a mediados de 1918, sin poder ver a Józef antes de morir. Él no se enteró hasta que regresó desde Varsovia a su ciudad natal, después que Polonia ya había declarado su independencia.

Tras la muerte de Anna, mientras Józef continuaba en combate, Luisa quedó al cuidado de una familia amiga. Cuando él volvió a casa, deshecho por lo vivido en la guerra, se encontró con su propio drama: la muerte de su mujer hacía unos pocos meses. Devastado, sin el resto de su familia (la cual también había fallecido durante el período que duró la guerra) y traumatizado por los horrores vividos, decidió sacar a Luisa del país, quien ya tenía más de ocho años, y emigrar hasta América, llevando solo un cajón de ropa, una muñeca de trapo que Anna había fabricado para su pequeña, y una bolsita de tierra polaca, para que el día en que murieran los enterraran con ella. Dejar su tierra fue un dolor desgarrador, pero era la única forma en que él consideraba podría criar mejor a Luisa. Sabía, eso sí, que al marcharse las probabilidades de volver eran nulas.

Primero, llegaron a Argentina y al poco tiempo, cruzaron a Chile. El día que mi padre lo conoció fue cuando Józef llegó a pedir trabajo a su fábrica; no tenía experiencia, pero sí el coraje. Mi papá se conmovió con su historia y lo contrató, entonces él y Luisa vinieron a vivir a la casa de servicio que se encuentra en la parte posterior de la nuestra. Durante los años en que nosotros estuvimos en otros lugares, ellos se quedaron cuidando la propiedad.

Luisa, ya de 27 años, está casada y espera su segundo hijo. Antes de sus embarazos estaba a cargo de la limpieza de la fábrica, pero ahora solo se dedica al cuidado de su familia. Józef, por su parte, cumple múltiples funciones tanto en el negocio como en mi casa; con los años se convirtió en el hombre de confianza de mi padre. Sus compañeros de trabajo fueron los que comenzaron a llamarlo José; la mala pronunciación y la rápida forma de hablar por sí solas derivaron en eso y ahora, nadie más que yo, recuerda que su nombre real se pronuncia Józef.

Otra vez, Polonia volvía a sufrir, con múltiples invasiones, la Segunda Guerra Mundial la destruía. Poznán se encontraba en la ruta directa entre Berlín y Varsovia, por lo que era una ciudad clave. Hitler controlaba y segregaba a judíos y polacos, los guetos y los campos de concentración eran el infierno... Józef estaba destrozado y se le notaba. Desde el amanecer esperaba el periódico para leer atentamente todo lo que se refería a la guerra. Tal vez

sus lágrimas no solo eran de la pena por su patria, sino de satisfacción mezclada con miedo. Miedo, por sentir el dolor de haber dejado su país; satisfacción, porque ahora el haberse ido parecía una decisión correcta. Si no lo hubiera hecho, las probabilidades actuales de estar separado de Luisa por ser prisioneros de los alemanes eran enormes, eso debía congelarlo de terror. O tal vez extrañaba aún a Anna. Dicen que cuando uno ama, la pena por la muerte de la pareja cada vez es peor, que cada día es más difícil, que es mentira que se olvida, que es mentira que se supera. Esa noche, la pena real de Józef en su corazón solo la entendía él.

Me despedí con un cariñoso beso en la mejilla. Quería decirle que tenía mi apoyo, pero las palabras sobraban.

El acantilado

Finales de 1942

Mi relación con Fernando continuaba. No diría que perfectamente, pero tampoco mal, o por lo menos eso era lo que yo quería creer. La rigidez en su personalidad era el principal problema, esto me había comenzado a provocar muchos conflictos conmigo misma y me hacían sentir desvalorada y temerosa. Era como un círculo vicioso que me sentía incapaz de romper; mientras más temor me infundía, más lo aceptaba. Y como para todos esta relación era tan buena, me convencía de que esa guerra interna solo era culpa mía.

Tomás y yo continuábamos como buenos amigos, aunque era imposible no percibir entre nosotros cierta necesidad implícita de la cual ambos tratábamos de escapar y disfrazábamos muy bien. Jamás hablábamos directamente del tema. Él sabía que yo tenía novio y yo sabía que él tenía sus andanzas. Nunca nos preguntábamos sobre los otros.

Tampoco podía contarle a Fernando sobre mis aislados encuentros con Tomás, aunque muchas veces traté de encontrar la manera de hacerlo, pero me daba miedo su reacción y eso me frenaba; mi proximidad con él podía hacerlo enojar demasiado. Era muy celoso con pequeñas actitudes mías relacionadas a cosas totalmente simples, por ejemplo, mi forma de vestir cuando no era en extremo recatada. Además, por nada del mundo quería escuchar que prohibiera mi amistad con Tomás, ya que sentía que con él podía ser yo misma, dejando de lado tanta rigidez protocolar que Fernando siempre imponía a su alrededor.

Un día, camino a casa de Elena, me lo encontré.

—Escápate conmigo —me dijo desde la ventana de su auto—. ¡Vamos, ánimo! Tengamos un paseo por el día.

Lo miré sonriendo, no tenía nada importante planeado y era divertido pasar tiempo con él. Elena entendería. Toqué la puerta de su casa y le expliqué rápidamente que no podría salir con ella esa tarde. Cuando lo vio, supo que algo planeábamos y no pregunto nada.

—Tomás, ¿por qué siempre me convences tan fácilmente? —le dije con tono de preocupación, aunque no dudé en subirme a su auto.

—Qué bueno que quisiste venir. Te encantará este lugar.

Me contó que iríamos a un pueblito de pescadores, como a una hora de distancia, que tenía una playa hermosa y era uno de sus lugares favoritos. Por el camino fuimos cantando y riéndonos. En algunos momentos su mano se acercaba a la mía, pero cuando esa cercanía se hacía abrumadora, él o yo terminábamos por alejarlas. La tensión se notaba en el aire y las indirectas de su parte iban y venían. ¿Qué significaba yo para él? En verdad no lo tenía claro, pero esta vez tampoco tenía el coraje de preguntárselo.

El camino, poco a poco, fue convirtiéndose en un paisaje irreal: la naturaleza nos bañaba con un fuerte aroma a eucalipto, el cual calmaba mi ser y los colores, desde el azul al verde, tenían maravillados a mis ojos. Atrás dejábamos la ciudad con una polvareda, debido al paso del auto en el camino de tierra que cubría nuestra escapada como haciéndose partícipe de nuestra aventura.

Entramos lentamente a un bosque, ahora los árboles de pino insigne eran mayormente de troncos gruesos y tan altos que tapaban la luz del sol; la cantidad era inmensa, hasta impedían ver el cielo, parecían todos estar como abrazándose para ocultarnos del mundo que nos rodeaba. La velocidad del auto cada vez era menor y debido a la irregularidad del camino, él manejaba cuidadosamente, para que yo no sintiera ninguna incomodidad. Después que el precario trayecto terminó, continuó manejando un breve tramo y se detuvo, estacionando el auto donde más lejos pudo llegar; entonces, mirándome con sus ojos bien abiertos y brillantes me dijo:

—Te encantará esto, ya no puedo esperar para que lo veas. Ahora tenemos que seguir a pie.

Lo miré con curiosidad, me encantaban las aventuras, por lo que me paré rápidamente de mi asiento; llevaba zapatos planos algo elegantes, pero no me importaba si se estropeaban.

Caminamos unos metros haciéndonos una huella entre las ramas de exquisito olor a pino. Los rayos de sol se abrían paso entre las hojas verdes de los árboles, para bañar de luz el suelo de hojas secas, mezcladas con pasto fresco, que impedían ver la tierra. Era como caminar por una alfombra de naturaleza.

—Estamos llegando, ten cuidado —me dijo deteniéndose y haciéndose a un lado, como cuando uno quiere presentar a alguien.

Sonreí cuando me di cuenta de que era exactamente eso lo que el quería hacer, me estaba presentando lo que verían mis ojos a continuación como si fuera su mayor y adorado secreto...

El bosque terminaba en un acantilado, brusco y majestuoso, que ocultaba bajo su borde una solitaria y resguardada playa. La única forma de llegar ahí era a través de una frágil ladera en la quebrada. La vista era maravillosa, el mar azul se juntaba con el cielo sin ninguna nube en ese instante; las gaviotas revoloteaban como avisando que habíamos osado llegar hasta ese lugar, y el viento a ratos muy fuerte, nos despeinaba y distendía el momento... Quedé inmediatamente sumergida en la naturaleza, la paz y una sensación de tranquilidad absoluta.

No hablamos mucho, no hacían falta las palabras. Tan solo era necesario respirar profundo y disfrutar el viento golpeando nuestras siluetas, que parecían totalmente insignificantes frente a esa majestuosidad. Ambos disfrutábamos del momento, cada uno en su mundo interior, pero al mismo tiempo era un espacio que sentía que compartíamos. Cada minuto ahí verificaba que no importaban las palabras, no había cabida para ellas ahora. El hecho de que él me hubiese llevado a ese lugar tan especial hablaba por sí mismo de que Tomás me sentía cercana y no era solo una percepción de mis sentimientos.

Contemplamos el lugar un largo rato y al ver que la tarde avanzaba, decidimos marcharnos para poder conocer el próximo lugar, el cual era nuestro verdadero destino. Nos subimos al auto, tomó mi mano y no la soltó más.

Al llegar al pueblo cercano fuimos a comer algo; tanta naturaleza nos había abierto el apetito. Me llevó a un sitio que él claramente ya conocía, un restaurante de madera con ventanales que daban a la caleta de pescadores. Mientras esperábamos la comida, con su mirada perdida en alguno de los botes, Tomás comenzó a tararear una canción en inglés, como si en secreto la cantara para mí. Yo también, mirando hacia el mismo punto, me quedé en silencio, soñando con que esa melodía me pertenecía.

Cuando ya nos devolvíamos, al recorrer lentamente el lugar en el auto, pasamos por la iglesia del pueblo. Se notaba que era una construcción muy antigua, de seguro era de principios de 1800. La estaban restaurando por lo que la pintura blanca en sus muros y la celeste en los marcos de puertas y ventanas resplandecían. Era hermosa, hasta a la distancia podíamos sentir su paz. De repente, con una mirada diferente y con un tono dulce, pero melancólico a la vez, dijo:

—¿Te casarías conmigo allí algún día?

—¿Ahora te quieres casar conmigo? —bromeé sonriendo.

Tal vez mi reacción pareció demasiada irónica, pero dado su comportamiento errático, sentía que no podía creer esa pregunta, me parecía una broma.

—Puede ser... nunca se sabe, sería bonito —continuó con un tono dulce mientras manejaba con una tranquilidad que, paradójicamente, logró intranquilizarme.

—¿Te casarías tú por la iglesia conmigo?

Él sabía que yo era católica, y yo tenía claro que él era ateo o que, por lo menos, eso fingía ser. En este tema también sentía que aparentaba algo que no era, seguramente para demostrar rebeldía a todo. Pero yo sabía que él creía en Dios y le rezaba en sus momentos a solas. Ciertas miradas, cuando yo le hablaba de religión, me lo insinuaban y después de esa proposición sentía estaba en el camino correcto.

—Sí, ¿por qué no?

—Sería como un sueño que hicieras eso por mí. Puede ser que tal vez sí aceptaría casarme contigo —le dije sonriendo, pero con melancolía mientras mi mirada se perdía en el horizonte, imaginando cómo sería ese increíble momento. Seguramente, nuestros pensamientos estaban en la misma fantasía, ya que ambos quedamos en blanco, sin mirarnos. Después de mi respuesta reinó el silencio por unos minutos y cuando un pequeño suspiro salió del fondo de mi ser, él tomó mi mano y la apretó con fuerza; sentíamos lo mismo, de eso no había duda.

Aún no llegábamos de vuelta a la ciudad, pero ya había oscurecido. Íbamos por el camino costero. Todavía llevábamos las manos entrelazadas y si fuera por mí, jamás se la habría soltado.

Las luces de la ciudad se veían cada vez más cerca, ya faltaba poco para despedirnos. Mientras pensaba en eso, él también me miró como si pensara exactamente lo mismo; la despedida era algo que ninguno de los dos quería.

Abruptamente, paró el auto en la orilla de la playa; esta vez no había farol que nos iluminara.

Ninguno de los dos aguantó más, nos habíamos reprimido durante todo el día. Las ganas de besarnos y abrazarnos nos superaron a ambos.

La huida

1943

Solo fue un momento con Tomás y nada más, pero había sido suficiente para que yo me sintiera totalmente ligada a él. Era terrible, sentía que lo normal era creer que de cierta forma yo le pertenecía, pero la inestabilidad e inseguridad que me generaba, al no decidir tener una relación estable y formal conmigo, provocaba que el peso social de mi relación con Fernando siguiera siendo más fuerte y no fuera capaz de ponerle término. Habían cosas más importantes que solo mis sentimientos en este vínculo, había una unión de familias importantes que manejaban esto más que nosotros mismos.

Pero cuando algo no va bien, ni los acuerdos familiares más sólidos ni la presión social pueden sostenerlo; sin lugar a dudas, las cosas con Fernando empeoraban cada día y las peleas se hacían más frecuentes. Continuaba atemorizada por su fuerte temperamento, pero ahora eran sus celos los que se habían ido incrementando. Comenzaba a conocer facetas de él que a la gente que nos rodeaba le parecerían poco creíbles si yo las llegara a contar. En una de esas, se podría enterar de mi encuentro con Tomás y todo lo que yo pudiera decir de él sería puesto en duda. Además, mi madre lo adoraba tanto que si supiera mi historia con Tomás me desterraría de la casa. Y aunque le contara las actitudes de Fernando, no sería capaz de creerme; estaba segura que me diría que era falso y que solo lo decía para justificar mi pecado.

Acompañaron a sus celos algunos tonos de voz más duros de lo normal y luego comenzaron a aparecer ciertos apretones en mis brazos cuando hacía algo que no le parecía bien. Además, empezó a presionarme en el tema sexual, aunque después de un tiempo desistió.

Él sabía que yo creía en la virginidad hasta el matrimonio; venía de un colegio católico donde María era símbolo de pureza y mi patrón a seguir. La inocencia era un don con el cual toda mujer debía llegar a la noche de bodas. Perder la virginidad antes del matrimonio era una completa deshonra. Además, vivíamos en una sociedad conservadora, donde la única forma de defender la herencia de un padre hacia sus hijos legítimos, era casarse con una mujer virgen y así no entregar su fortuna a un niño concebido antes del matrimonio por algún otro.

Yo tenía claro que él había comenzado a ir a lugares de dudosa reputación.

Los prostíbulos eran frecuentemente visitados por hombres como él y no tenía la menor duda que tanto él como su padre compartían esa afición. No podía entender cómo estudiando medicina se atrevía a buscar placer en sitios así. Elena me había hablado muchas veces del aumento de sífilis en la región, seguramente por ese tipo de prácticas. «Qué terrible e inaceptable comportamiento», pensaba para mis adentros, jamás podría llegar a ser su esposa.

A pesar de todo esto, mi idea de llegar virgen al matrimonio (como lo debía hacer toda mujer decente que mantenía su honra y pureza) últimamente estaba sufriendo un tipo de crisis en mi interior. Y a ratos esa idea no me tenía convencida. Mi lado romántico me decía que tenía que ser con el adecuado, en el momento de la vida apropiado. Al pensar en eso, mi cabeza empezaba a girar y hasta ciertas náuseas me daban, siendo imposible no preguntarme «¿y si ese alguien era Tomás?» Claro estaba que si yo llegaba a hacer algo como eso, mi deshonor sería máxima y ahí sí que mi destierro de esta sociedad sería un hecho. Definitivamente era mejor esperar a casarme con Tomás en la iglesia que me había mostrado, conservando aún mi virginidad... Reía al pensar eso, mi imaginación volaba fácilmente los últimos días, pero al final la razón siempre entraba en mí; el solo hecho de pensar que otro hombre diferente al que algún día sería mi marido me mirara completamente desnuda, me parecía un acto imposible de realizar. No solo porque me vería sin ropa, sino por exponer mi desnudez del alma, la cual solo guardaría para mi marido. Llegaría virgen al matrimonio. Era una decisión.

Más de una vez traté de contarle a Tomás que Fernando tenía actitudes algo agresivas; se lo insinué y llegué a pensar que él lo había entendido, pero aparte de escucharme nunca me dijo ni hizo nada, por lo que después dudé profundamente que en verdad hubiese llegado a entender lo que le decía.

Una noche compartíamos en la casa de uno de los amigos de Fernando, para celebrar el principio de año académico. Habíamos llegado a ese lugar peleando, como se había vuelto habitual en nosotros, por lo que la distancia se hacía evidente y nuestras caras reflejaban mal humor. Conversábamos en una esquina del salón principal de la casa, donde había música y varios amigos de él, incluyendo a Elena.

—Tienes que ir a sacarte algo de maquillaje —me dijo.

—¿Qué me estás diciendo, no te gusta? Me arreglé para ti.

—Tienes demasiado. ¿Qué quieres, qué todos te miren?

—Claro, sí, fíjate. Eso es lo que quiero.

—¡Viste!

—Fernando, ¿cómo se te ocurre? —dije cansada—. Obvio que me arreglo para ti. Además, aquí hay solamente amigos tuyos. ¿A quién le tienes celos?

—No quiero que estés tan arreglada y punto.

Fuertemente, me pescó del brazo y me llevó al salón contiguo donde se encontraba el comedor sin más personas en ese momento. Elena miraba de reojo por el espacio que dejaba la puerta sin cerrar.

—¡Te lo irás a sacar ahora!

—No lo haré —le dije mirándolo a los ojos, realmente aburrida con su trato.

En ese momento sentí que se abalanzaba sobre mí y sin darme tiempo para reaccionar, me dio un empujón con el cual reboté en la muralla de atrás. Las lágrimas salían de mis ojos como de una regadera; me miró enfurecido y se fue, no sin antes golpear a la silla que entorpecía su camino. Apenas él salió del comedor, Elena, mostrándose preocupada, corrió hacia mí diciéndome:

—¿Estás bien?

—No te preocupes. Es un estúpido —respondí enfurecida mientras lloraba.

—Teresa cálmate, él es buena persona, algo le debe pasar —dijo fríamente apoyando sus manos en mis hombros, lo que me dio la sensación de que ella trataba de protegerlo.

—¿Qué, lo estás defendiendo? ¡No lo puedo creer! —le contesté gritando enfadada.

—Solo trato de decirte que tú sabes que él es bueno y que todos lo quieren mucho, tienes que perdonar cosas así.

En sus ojos había una resignación que no pude soportar.

—¿Qué? ¡No puedo creerlo! Déjame sola, necesito aire.

Sin esperar más y sin que nada me importara, salí corriendo de la casa.

Era de noche, estaba muy oscuro, solo unos pocos faroles alumbraban las calles. Había olvidado mi cartera, solo había alcanzado a tomar mi abrigo, así que metí mis manos a los bolsillos donde apenas encontré unas pocas monedas.

Al llegar a la esquina reconocí la vía inmediatamente, era la calle donde vivía la señora Matilde. Corrí sin mirar atrás, con todas mis fuerzas, las ocho cuadras que me faltaban para llegar a su casa; mis ojos aún lloraban. Aunque era tarde, sabía que ellos me abrirían. Me alivié cuando llegué, vi luces y más gente. El portón estaba semiabierto; probablemente, alguien se había marchado

recién y no había quedado bien cerrado. Entré y cuando llegué a la puerta, Matilde despedía a sus invitados.

—¿Qué haces aquí, mi niña, a estas horas de la noche? —dijo con voz preocupada y abrazándome fuerte.

—Buenas noches, perdón por molestarla. Estaba en casa de una amiga cerca de aquí y he tenido un problema. ¿Sería posible que pudiera usar su teléfono?

—Por supuesto. Ven, entra, tú sabes dónde encontrarlo. Puedo llevarte a tu casa, si eso es lo que necesitas.

—No se preocupe, haré una llamada y de seguro que todo estará bien.

Caminé lento por el pasillo de madera, respirando tranquila para no causar la idea de desesperación. Cuando llegué al teléfono, pausadamente llamé a Tomás; había memorizado su número hacía un tiempo. Apenas sentí su voz, me tranquilicé.

—¿Aló?! —Contestó algo extrañado ya que era muy tarde.

Enseguida comencé a hablar:

—Aló, Tomás, soy Teresa. Perdona la hora, estoy en casa de la señora Matilde. Tengo un problema serio y estoy sola. ¿Podrías venir a buscarme? —dije sin poder evitar sonar desesperada.

—Quédate ahí, salgo para allá enseguida —respondió sin titubear ni preguntar nada más.

Avisé que había solucionado mi problema, que vendrían por mí y dando las gracias, salí a esperarlo afuera.

Matilde me cuidaba a lo lejos, desde la puerta, hasta que vio que alguien me recogía. Tomás había llegado rapidísimo.

Me subí a su auto, aún sintiéndome descompuesta. Sin que habláramos ni una sola palabra me llevó a su casa. Su padre dormía y entramos directo a su dormitorio. La ventana estaba semiabierta, se notaba que había estado fumando y una taza de café a medio tomar parecía adornar su velador; el aroma me hacía sentir como en casa, incluso mejor que en casa. El farol de la calle daba justo en la ventana y el resplandor entraba por la delgada cortina de tul, que parecía danzar levemente con la brisa de la noche, dando reflejos tenues en la habitación.

Cuando entramos, Tomás no prendió la luz. Suavemente me acarició el pelo. Me tomó por los hombros y bajó con delicadeza, a través de ellos, mi abrigo, hasta sacarlo.

—¿Qué pasó, princesa? —preguntó con calma en voz baja, como

susurrando, mientras apoyaba sus labios en mi frente.

—Tuve una pelea terrible con Fernando —dije con voz temblorosa.

—¿Estás bien? Obvio que no... No debí preguntar eso. ¿Qué fue lo que pasó para que estuvieras en medio de la ciudad sola, a esta hora de la noche? —preguntó, buscando seriamente una explicación.

—Es que él...

Pero no pude continuar contándole, me avergonzaba de mí misma. Las lágrimas salían sin permiso de mis ojos, quise cambiar el tema pero no me dejó seguir hablando.

Llevó su mano detrás de mi cabeza, como siempre lo hacía, y me acercó a él. Nos besamos con fuerza y con necesidad.

Besándome, me llevó hasta el borde de su cama, donde al topar con mis pantorrillas, tuve una cierta resistencia; pero él, tomando mi cintura con fuerza, hizo que me sentara y sin darme cuenta, estábamos acostados sobre ella. Comenzó a levantar mi blusa, acariciándome la piel desde el abdomen hasta mi cuello.

Me habría quedado entre sus brazos para siempre, pero mi corazón se llenaba de miedo al mismo tiempo que la pasión lo desbordaba. Teníamos que detenernos, nada estaba bien conmigo, nada estaba bien en ese momento.

—Por favor, paremos. —Me senté en la cama bajando rápidamente mi blusa a la normalidad—. Necesito que me lleves a mi casa, estoy muy afectada.

—Obvio, como quieras —dijo mientras se sentaba al borde de la cama, con resignación y calma.

No habló nada más, no se enojó, no preguntó; dulcemente, me besó en los labios y me llevó a casa. Antes de que me bajara del auto, tomó mi mano fuerte y me dijo:

—Estoy para lo que necesites. Y si un día quieres contarme qué pasó hoy con Fernando, estaré siempre para ti.

Lo miré a los ojos, asentí con la cabeza y me despedí besándolo en la mejilla. Subí rápidamente a mi habitación, donde busqué refugio entre las sábanas de la cama, cerrando mis ojos al instante.

Desperté temprano a causa del timbre que sonaba insistentemente. Escuché los pasos apurados de la sirvienta y luego su voz ronca saludando amablemente a Fernando. A esa hora ya todos los demás se habían marchado. Deseaba que un gran agujero se hubiese abierto en mi dormitorio en ese momento y me hubiera tragado, llevándome hasta el fondo de la tierra; así,

habría desaparecido para no verlo nunca más.

Merelinda de las Mercedes Albornoz, la Memé, como todos la llamábamos cariñosamente, era la sirvienta. Ella llevaba trabajando en casa muchos años y antes lo había hecho con mi abuela. Era de una familia del sur del país, con siete hermanos y huérfana de padre a sus cinco años; se había mudado a esta ciudad desde su adolescencia debido a su precaria situación familiar. Desde muy joven le dedicó su vida a mi familia; jamás le conocí un novio, su existencia siempre fuimos nosotros. Era una imagen protectora para mí, la estimaba mucho y confiaba en ella.

De pronto sentí que sus pasos llegaron hasta mi habitación. Tocó despacio y dijo:

—Señorita Teresa, don Fernando está aquí y la busca.

Muy lentamente abrió la puerta, asomando mi cartera por el diminuto espacio que se formó entre el marco y la madera. Junto a ella, apareció su mano y luego su brazo, el cual alcanzó el mueble cercano donde la colocó.

—Además, dice que por favor le entregue su cartera que se le quedó ayer en la fiesta.

—Gracias, Memé. Por favor, dígame que no bajaré, que estoy indispuesta. —Y casi llorando, continué—: que se vaya.

La Memé sintió mi pena y no preguntó nada. Solo cerró la puerta del cuarto. A los pocos minutos sentí que Fernando se iba.

No tardó en sonar el teléfono. De mala gana tuve que salir de mi dormitorio hasta el corredor del primer piso donde se encontraba. Yo era más ágil y mucho más rápida que la Memé, por lo que hacerla correr a contestar no me parecía adecuado. Además, tenía el presentimiento de que esa llamada era para mí. Por supuesto no me equivoqué, era Elena; Fernando la había buscado, pidiéndole que intercediera a su favor. Ella insistía en que debía perdonarlo, que un arrebató lo tenía cualquiera, que él era tan respetable. Mientras la escuchaba, sus palabras parecían recorrer mi mente, tratando de encontrar algún espacio donde buscar asilo, pero no había dentro de mí ningún lugar que pudiera cobijarlas. No podía entender la actitud de mi amiga, pero después de pensarlo un rato me acordé de sus padres. En su casa siempre había sentido una autoridad absoluta del papá y una tristeza en los ojos de su madre. Me dolió el corazón sentir que quizás ella podía haber presenciado algunas situaciones similares y que por eso pensaba que actitudes así podían aguantarse. Dejé el auricular en el aire, ya no quería oír más; cuando sentí que hubo una pausa, volví a tomarlo y dije:

—Nos vemos pronto, Elena. Que tengas un buen día. —Y colgué.

Esa tarde, mi mamá me preguntó si acaso Fernando y yo habíamos discutido. Seguro que la Memé le había hecho algún comentario de lo sucedido en la mañana. Le respondí que sí, que habíamos comenzado a tener diferencias irreconciliables. Me miró espantada, me sentó a su lado y tuve que escuchar por dos horas cuál era mi papel como mujer en esta sociedad y lo buen hombre que él era, la excelente familia que tenía y el futuro esplendoroso que me esperaba a su lado.

Al anochecer, Fernando volvió a ir a mi casa, nos encerramos en el despacho de mi padre a conversar. Entre lágrimas y arrodillado me pidió perdón. Me repitió que me amaba y que jamás volvería a pasar. Que por favor lo perdonara. Después de escuchar sus suplicas, ya cansada y ausente ante la situación, terminé aceptando las disculpas.

Ese día, Tomás no dio señales de vida.

Azul, el color entre tú y yo

1944

Así pasaron largos meses de relativa y aburrida calma.

Fernando había mantenido su compostura casi la mayor parte del tiempo, aunque en más de una discusión entre nosotros, alguna cosa había salido dañada. La puerta de la cocina, por ejemplo, sufrió por uno de sus golpes en un arrebato de ira, quedando un hundido en el medio, el cual solo se percibía si la luz del sol le llegaba directamente. Mantuve este hecho en silencio. A veces notaba a la Memé, quien ya tenía hartos problemas de visión por la edad, mirar a esa puerta como si algo le pareciera que estaba mal, pero nunca dijo nada. Hernán se había ido hacía más de un año a estudiar arquitectura a otra ciudad y, por carta o teléfono, no me atrevía a contarle la situación en que me encontraba. Me hacía tanta falta...

No había vuelto a ver a Tomás. Pero no existía día en que no pensara en él y en cómo estaría. Seguía sintiendo esa conexión tan fuerte entre nosotros y esa indescriptible sensación de que no importarían cuántos años pasaran, siempre iba a ser como que nunca pasó tiempo entre nosotros.

Hasta que un día, la calma relativa se rompió.

Saliendo de la universidad vi repentinamente a Tomás caminando con decisión, directo hacia mí. Su presencia, inesperada, me provocó nerviosismo, pero esta vez tenía asociado también enojo. ¿Cómo podía volver a hacer esto?, después de desaparecer como si nada importara. ¿Cómo podía dejarme sola cuando se le diera la gana?

—¿Qué crees que tengo en mi bolsillo? —dijo, solo saludándome con una sonrisa en la expresión de sus ojos.

—Un cigarro —respondí con seriedad.

Definitivamente en ese minuto odié sus apariciones tan familiares después que desde hacía meses no sabía nada de él.

—No. Mmm... estás muy lejos de adivinar. Mejor sígueme y dame tus libros, yo los llevo. —Con expresión de resignación y sin oponer resistencia, lo seguí. A los pocos pasos, manteniendo la mirada en el suelo, continuó—: Te invito al cine. Se estrenó la película que me habías mencionado hace mucho que querías ver, ésa en la que actúa Shirley Temple, El pájaro azul. Pasaba por ahí y ya estaban vendiendo las entradas. No me resistí a comprarlas y vine a

invitarte.

—¿En serio? Eres muy atento, muchas gracias por haberlo recordado — enfaticé, llena de repentina alegría, con los ojos abiertos a más no poder. Rápidamente se me olvidó lo enojada que estaba por su ausencia—. Te he extrañado mucho, ¿dónde has estado, por qué desapareces así?

—Trabajando, estudiando; de todo un poco. Estoy dando clases de matemáticas en la universidad, en la carrera de ingeniería.

—¿En verdad? ¡Qué entretenido! Me gustaría escuchar algunas de tus cátedras, ¿te da nervios?

—Sí, al principio sí, pero ya no. Me ha ido muy bien.

—¡Qué bueno!

—¿Cómo está tu prometido?

—¿Qué prometido? Ah, sí... Todo bien, gracias.

No me atreví a contarle nada y menos ahora, en un momento tan especial.

—Me alegro mucho. Oye, quería contarte algo. Mmm... tengo una... relación... algo así como novios, en verdad no sé cómo se le dice.

—¿Qué? ¿Quién? —Sentí que el aire se hacía pesado y tenía que hacer un esfuerzo para caminar, pero enseguida me incorporé a la realidad—. ¿En una relación? ¿Tú? ¿El señor libertad?

—Estudia arte en un lugar medio clandestino, llegó a vivir a Chile con su familia hace poco. Es francesa.

—¿Por qué no me contaste antes?

—Tú estás tan bien con Fernando, para qué molestarte.

No podía creer lo que me estaba diciendo, ¿qué le pasaba a este hombre? No quería estar conmigo porque evitaba los compromisos, no quería sentirse ahogado y ahora me decía que estaba con alguien. ¿Y además insinuaba que yo estaba bien con Fernando? ¿En qué mundo vivía? Él sabía perfectamente que Fernando y yo no estábamos bien desde hacía mucho tiempo. También comprendía que entre nosotros habían sentimientos que él mismo no era capaz de enfrentar. ¿Cómo podía ahora, así de la nada, olvidar nuestra profunda complicidad? Desconcertada, traté que la pena y la frustración no se me notaran. Preferí hacer como que no había escuchado lo que me había contado; después de todo, ésa era la técnica que él siempre usaba conmigo.

El cine se encontraba en un edificio imponente y era un lugar muy importante dentro de la ciudad, quedaba cerca de la universidad, pero no era una distancia grata de caminar, por lo que fue un alivio irnos en su auto. Eso me dio tiempo para tranquilizarme.

De repente, la realidad me despertó. Ir al cine era un panorama muy importante y generalmente las mujeres de sociedad se arreglan muy cuidadosamente; miré mi ropa y aunque podía estar bien, no era precisamente un atuendo de salida nocturna. Tomás se dio cuenta de mi aprensión y me dijo:

—Luces perfecta, no te preocupes.

La película me fascinó. Ambos nos comportamos adecuadamente, como los amigos que éramos, pero fue imposible no pensar en el parecido que tenía con nuestra historia. En la película, dos niños dejan su casa para ir tras el pájaro azul y luego de una intensa búsqueda, no lo encuentran.

Solo al regresar se dan cuenta de que siempre había estado ahí. El pájaro azul representaba la felicidad y la metáfora de la película se basaba en cómo a veces la perseguimos sin ver que está a nuestro lado. Así estaba yo en ese momento, pegada a él y era incapaz de verme. ¿Por qué quería a otra mujer en su vida, si era notoria la atracción que teníamos? Quizás nuestra felicidad consistía en estar juntos, pero aún ninguno de los dos veía eso con claridad como para pelear por ella. Y allí estábamos, cual amigos sentados en el cine y en la vida comprometidos con otros.

A la mañana siguiente, me pareció como si todo hubiese sido un sueño. La vida seguía y mi relación con Fernando también, aunque hoy me sentía diferente; la sensación de que mi situación con él tenía una connotación netamente social más que algo verdadero, me sumergía en una inercia espantosa. Las familias muy unidas, los amigos felices, pero yo, en el hoyo más profundo, hasta que patéticamente pasó lo que era evidente que sucedería: otra discusión fuerte, por celos.

Todo partió porque en la universidad había un apuesto joven de otra carrera, que tenía tres años más que yo y que me había comenzado a cortejar. Nada acosador, más bien bastante educado y amoroso siempre. Sin embargo, era imposible evitar sentir las miradas que me daba. De pronto resultó que él tenía algunos conocidos en común con Fernando, camino por el cual le llegó el comentario de que me había empezado a galantear y de que yo estaba enterada. Por mi parte, sí me había dado cuenta de que me observaba, pero no sabía ni su nombre. No le había dado importancia y no encontré necesario comentárselo a Fernando.

Ese atardecer nos dirigimos hacia una feria de diversiones que se había establecido a la orilla del río, en el centro de la ciudad. Mientras caminábamos a la entrada, por un lugar algo oscuro y solitario, Fernando comenzó a increparme. Todo fue muy rápido, no me dejó explicar ni contarle

mi punto de vista. No sé muy bien cómo, pero de un momento a otro vino la cachetada. Fernando me había pegado de forma violenta y dolorosa.

El mundo se me vino abajo, me sentía una basura. Él era más fuerte que yo y me había pegado. Él, quien se supone debía amarme, me hizo daño y yo estaba tan atrapada en el poder psicológico que ejercía sobre mí, que no era capaz de salir de ese círculo vicioso. A su lado, mi autoestima casi no existía, estaba más abajo del suelo, tenía miedo y hasta llegué a pensar que me lo merecía. Claramente necesitaba ayuda, pero la vergüenza era más fuerte. Esto, en realidad, ya no podía decírselo a nadie y a esa hora no podía volver a llamar a Tomás, quien de seguro estaría abrazado a otra. Media aturdida, seguí caminando detrás de Fernando, quien regresó a donde estaba el auto. Después me llevó a casa; yo no pronuncié palabra y él tampoco.

Al día siguiente, a media tarde, Fernando llegó a mi casa. La Memé le dijo que yo no me sentía bien, por lo que estaba en cama, entonces él le pidió que me vistiera ya que iríamos de paseo. La Memé apareció en mi habitación, me dio el recado y yo obedecí como si fuera un animalito siguiendo una orden. Tenía la mente en blanco y mi razón no se conectaba con mi ser consciente. Antes de bajar tuve que ponerme algo de maquillaje para disimular el tenue cambio de color en mi mejilla.

Anduvimos en auto alrededor de dos horas, pero que a mí me parecieron una eternidad; todo el tiempo en silencio, como si fuera el camino a una condena donde ya solo queda aceptar el veredicto. A lo lejos reconocí el lugar, era un balneario famoso de la zona, donde el mar azul reposaba en el borde de una geografía montañosa, como resguardando su llegada. Pero a mí, ese día nada de aquel lugar me hacía sentir bajo resguardo.

Estacionó el auto frente a la playa y me invitó a caminar junto a él. La tarde había avanzado y ya estaba oscureciendo. Con otra compañía habría sido bastante romántico, pero con él era como estar en cualquier sitio. Sin lugar a dudas mi parte consciente no estaba en ese lugar; ninguna de mis partes parecía estar en ese lugar.

Comenzó pidiéndome perdón, algunos lagrimones de arrepentimiento se asomaban por sus ojos, los cuales yo ya no veía con amor.

Caminábamos por un paseo peatonal a la orilla del mar, cuando me dijo:

—Sé que no he actuado bien. Quería pedirte perdón desde el fondo de mi corazón, darte la seguridad que buscaré ayuda médica para poder manejar la ira y te doy mi palabra que jamás volveré a golpearte. Por favor, perdóname, te lo prometo: nunca volveré a hacerte daño.

Repitió su discurso por lo menos unas cinco veces, las cuales escuché hasta hastiarme, entonces le dije:

—Está bien, pero sería bueno que en verdad buscaras ayuda.

—Eres la persona más maravillosa del mundo. Te amo. Muchas gracias por perdonarme.

Y acercándose a mí, me abrazó para continuar caminando. Su cercanía física me era completamente indiferente.

Cuando el sol estaba cerca de llegar al horizonte y los colores naranjos se mezclaban con el azul del cielo, dejó de caminar, tomó mi mano e hizo que me pusiera frente a él.

Todo me empezó a parecer surrealista e intimidante.

De pronto, el momento se volvió una pesadilla.

Inesperadamente, él se arrodilló.

Mientras me miraba fijamente, soltó mi mano y sacó de su bolsillo una caja azul y mientras la abría dijo:

—Cásate conmigo, amor mío.

La cajita tenía un anillo de oro blanco lleno de diamantes alrededor. Era algo soñado para cualquiera que esperara con ansias comprometer su vida en matrimonio y alardear socialmente con la sortija que su novio le había regalado. Pero a mí jamás me gustaron mucho las joyas y ésa, menos todavía. Es más, me dieron náuseas cuando la vi.

Dejé de respirar, un dolor de estómago como un cuchillo me atravesó el cuerpo. Quedé atónita, no podía reaccionar y en un instante, que pasó en cámara lenta, tres pensamientos se apoderaron de mí. El primero y más fuerte e importante fue «¿cómo me voy a casar con él o con otro si estoy perdidamente enamorada de Tomás!». Lo segundo fue preguntarme «¿estará loco? Acaba de pegarme una cachetada y ahora me pide matrimonio». Y lo tercero:

«Quiero escaparme. Ahora».

Sin decir nada, me di media vuelta y empecé a caminar rápidamente en sentido contrario. Al ver que él me seguía, aumenté la velocidad, pero me alcanzó y tomándome con fuerza del brazo, me dijo:

—¿Qué es lo que te pasa?! ¿No quieres? ¿Cómo no vas a querer?

—No estoy segura —dije con perturbación y miedo.

—¿No estás segura? ¿Qué significa eso? —dijo casi gritando.

—Perdóname, pero no puedo pensar en casarme en este momento.

—¿Qué malo tiene el momento?

—No es el adecuado. No estoy segura de nada. Perdóname, debí haber terminado nuestra relación hace tiempo. Es mi culpa, perdón.

—¿Debiste haber terminado hace tiempo?

—Sí. Lo siento.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué me quieres decir? ¿Qué te crees diciéndome eso...!

Y continuó prorrumpiendo miles de frases más, que yo oía sin escuchar; solo quería correr a los brazos de Tomás buscando protección. Finalmente, volvimos en completo silencio. Nunca le recibí el anillo, nunca más pronuncié palabra.

Cuando llegamos de regreso, me bajé del auto sin mirarlo, ni siquiera me despedí, solo entré rápidamente. Mi casa estaba totalmente iluminada, había música y fue imposible no oler el perfume de cientos de rosas rojas que la adornaban, seguramente en signo de celebración y amor.

Mi madre me esperaba con cara de satisfacción y una sonrisa enorme. Al mirar hacia el salón vi también a la mamá de Fernando con similar actitud, pero ambas cambiaron de expresión de inmediato al verme entrar sola y evidentemente alterada.

Sentí unas ganas terribles de vomitar. Solo las miré con horror y sin esperar más, subí corriendo a mi dormitorio, donde me encerré. Sus caras de frustración quedaron grabadas en mi retina.

No contesté las llamadas de nadie. Aunque ya era tarde, oía a lo lejos sonar el teléfono; seguramente la Memé se había encargado de contestar y, dadas las circunstancias, ella tendría claro que no quería hablar con nadie, por lo cual me disculparía sin preguntarme. A medianoche sentí que ella entraba a mi habitación y se sentaba a los pies de mi cama. Me incorporé rápido, la abracé y me quedé en su regazo llorando mientras ella acariciaba mi pelo con una ternura indescriptible. No me preguntó nada, solo estuvo ahí acompañándome.

Antes de irse, dijo:

—No se preocupe, su abuela calmó a su madre, todo está tranquilo.

Al otro día desperté perfecto, como si me hubiese sacado un peso de encima, me sentía liviana. No me provocaba ningún tipo de tristeza el fracaso de esta relación amorosa; es más, estaba preocupada por mí. Debía mejorar cosas urgentes en mí misma, ya que había aguantado situaciones agresivas y eso no debe hacerlo ninguna mujer, ni nadie ¡jamás!

Tenía dos cosas que lograr: primero, sanarme de la baja autoestima que me

había llevado a ser víctima de violencia; nadie tenía el derecho a ponerme una mano encima y jamás tenía que volver a aguantar algo como eso. Y segundo, debía aclarar mis sentimientos por Tomás, o tal vez conseguir de alguna forma que él aclarara los suyos hacia mí.

Domesticame

Navidad de 1945

Ya se acercaba la Navidad. Hacía unos meses había terminado por fin la guerra y comenzaban a aparecer más claramente las atrocidades cometidas, por lo que existía revuelo en el país y en el mundo. Por suerte, todo eso se había acabado. José se veía más presente, había dejado de andar siempre con el periódico en sus manos y hasta esbozaba una que otra sonrisa, aunque su ciudad natal, Proznán, estaba destruida. Esto, producto de una de las batallas finales entre el Ejército Rojo de la Unión Soviética y la Alemania nazi; sin embargo, el alivio de que ya estos últimos fueran finalmente derrotados lo tranquilizaba, era tiempo de sanar el dolor y reconstruir. Los últimos días lo había visto ayudando a mi abuela en variadas cosas de la casa, incluso trabajando en el jardín. A ella le fascinaban los lirios, por lo que habían cambiado algunas flores en el sendero de la entrada por unos bellos lirios blancos.

Yo, aunque estaba por terminar la universidad, seguía asistiendo a los talleres literarios. Ya no me topaba con Tomás, no sabía ni siquiera si él iba en algún otro momento; creo que desde la última vez que lo vi había transcurrido algo más de un año.

Matilde y su marido habían trabajado muy duro, logrando mucha popularidad en sus reuniones y ahora bastantes estudiantes iban en diferentes horarios. Me gustaba continuar asistiendo porque conocía gente ilustrada y que viajaba mucho, lo que me hacía sentir que se abría ante mis ojos un mundo aún lejano para mí. Muchas de las que concurrían, al volver del extranjero traían libros que aún no se publicaban en Chile o que tampoco tenían una edición en español. Teníamos interesantes tertulias, en las cuales quien sabía inglés o francés, leía el libro y después lo contaba delante de todas. Era una especie de cuenta cuentos. Un día llegó una amiga de mi abuela desde Estados Unidos, quien le trajo un libro editado en inglés de 1943, de un escritor francés llamado Antoine de Saint-Exupéry. El libro se titulaba *The Little Prince*.

A simple vista, parecía una historia para niños, pero en realidad era más para adultos pues había que entender muchas cosas ocultas en su narración.

Su amiga había traído un ejemplar como obsequio para mi abuela, pero ella no dudó en regalármelo. Lo leímos en el taller, era un libro maravilloso.

Una de mis partes favoritas era el encuentro de El principito y el zorro porque lo asociaba con la sensación de que Tomás siempre hacía que nuestra amistad fuera algo intangible. Cuando El principito se encuentra con el zorro, éste le enseña lo que significa crear lazos y que cuando se crean lazos con alguien, esa persona pasa a ser especial, única y necesaria para el otro. A este proceso, el zorro lo llamaba domesticar.

Pensé que leer eso le serviría a Tomás; entenderlo, era precisamente lo que faltaba entre él y yo. No habíamos formado lazos, por lo menos, no evidentes. Entonces, si él finalmente lo comprendía, solo nos faltaría domesticarnos. Así que sin pensarlo mucho, marqué la página y subrayé delicadamente donde decía eso. Luego fui a la primera página y como dedicatoria escribí: «Domésticame». Lo envolví como un regalo y lo dejé en su casa; la misma sirvienta, a quien le había entregado la cajita de mimbre años atrás, fue quien lo recibió.

Nuevamente, no volví a recibir ninguna palabra de agradecimiento. Pensé que tal vez, al igual que lo sucedido la primera vez con la caja «salva momentos difíciles», estaba esperando encontrarse conmigo para decirme que lo había leído y había entendido que lo que nos unía debía cultivarse, que sí yo era única en el mundo para él y él para mí; nos volveríamos necesarios para el otro y eso merecía cuidarse, o por lo menos, que había entendido que debíamos crear lazos importantes y confiables. Pero esas ideas se desvanecieron al pasar y pasar el tiempo y llegué a la convicción de que jamás había leído la dedicatoria ni el libro completo.

Después de unos meses, un día temprano en la mañana mientras hacía unos trámites en la ciudad, nos encontramos.

Nuestro saludo fue cordial y cercano. Era solo necesario mirarnos a los ojos para que el tiempo que había pasado no importara. Como nuestra conversación ya llevaba unos diez minutos bajo un alero a la salida de una pastelería y no hubo ninguna palabra al respecto al libro, le pregunté:

—¿Te llegó mi regalo de Navidad?

—Sí, muchas gracias, me encantó.

El tono de su voz parecía sin expresión. Posterior a eso no hizo ningún otro comentario y sus ojos evitaron en todo momento a los míos. Su respuesta había sido solamente de cortesía. Jamás había encontrado el mensaje. Algún día se lo explicaría, pero ahora no era el momento.

Por motivos de trabajo, él tenía que viajar a una ciudad cercana aquel día y estaba comprando unos bizcochuelos para el trayecto, aprovechando que la

estación de ferrocarriles estaba cerca. Esa pastelería era imperdible para cualquiera que pasara por allí, los dulces eran preparados por las monjas de un convento cercano y eran una delicia. Como era su costumbre, súbitamente me dijo que lo acompañara. Yo que no tenía nada importante que hacer ese día, accedí, sin pensarlo mucho.

Fue un entretenido paseo en tren, desde hace ya más de diez años los trenes eran eléctricos en este recorrido; las locomotoras eran hermosas, me encantaba observarlas. Ambos habíamos realizado ese viaje antes en varias ocasiones, pero era la primera vez juntos.

En una parte del camino sobre un pequeño cerro se divisaba a lo lejos una iglesia; el lugar, a través de los años, siempre se veía limpio y ordenado. La colina no tenía nada más, ni siquiera un árbol, un arbusto o una flor, estaba ahí solo para sostener a esa construcción en lo alto, para que así todo el pueblo y todos los que pasaban por el lugar la miraran y, a su vez, ella protegiera a todos desde la cima.

A mí siempre me había llamado la atención y resultó que a Tomás también. Él, al igual que yo, solía observarla desde pequeño e inventaba historias del porqué estaba ahí tan solitaria, pero solo en ese momento yo pude encontrar una real respuesta a esa inquietud: no estaba sola, tenía a la colina. Entonces, pensé que aquella loma en medio de la nada estaba allí con el único propósito de sostener a la iglesia. Del mismo modo, la construcción sencilla y pequeña estaba ubicada en ese preciso lugar porque necesitaba ser vista por todos y tenía tanta importancia que no requería de otra cosa a su lado. Esta era una comparación excelente para lo que éramos Tomás y yo: ambos existíamos para sostenernos, éramos necesarios el uno para el otro y no necesitábamos nada más que la fuerza de nuestro amor para mostrarle al resto lo que éramos juntos. Pero claro estaba que para eso cada uno tenía que estar consciente de su rol y a mí aún no me parecía que él estuviera consciente de nada.

Al transcurrir el viaje me contó que había terminado la relación que mantenía con la chica pintora y siguiendo el ejemplo, hice lo mismo contándole que había roto con Fernando. Me atreví también a hablar sutilmente de sus ataques de rabia, como lo del empujón, pero omití el de la cachetada y los pensamientos que había tenido el día que Fernando me pidió matrimonio. Mientras compartíamos cada detalle sucedido en estos meses sin vernos, comenzó a buscar en su maletín los papeles que necesitaba llevar a su reunión; de repente, se asomó un sobre del cual se deslizaron algunas fotografías. Eran retratos a blanco y negro de él, mis ojos hablaron por mí y Tomás entendió;

después de mirarme, tomó uno de ellos y me lo regaló, el cual atesoré enseguida. Nuestras manos se volvieron a entrelazar como muchas veces antes lo habían hecho; hacer eso se estaba convirtiendo en una necesidad absoluta cuando estábamos juntos. Ese gesto provocaba que a pesar de todo y de la lejanía que físicamente teníamos cuando pasaban meses sin vernos, ambos nos sintiéramos cercanos y especiales para el otro. Todo esto era tan extraño de explicar y de sentir... Sin duda, este viaje fue un reencuentro importante para nuestros sentimientos, dándonos la seguridad de que nada había cambiado. A pesar de estar solos, hubo cierto control y aunque para ambos el deseo era evidente, no nos besamos.

Cuenta conmigo

1946

El lugar donde más me inspiraba para escribir era mi dormitorio, ahí encontraba la paz necesaria. Este se ubicaba en el segundo piso de la casa, era amplio, luminoso y tenía una ventana que daba al jardín, con unas largas cortinas de encaje blanco que caían y resbalaban hacia el piso. Tonos blancos y damascos eran los predominantes en la decoración.

Mi ropero era espacioso, se podía entrar y caminar en él.

Ahí, en una esquina bajo la luz que llegaba de una pequeña ampolleta, entre ropa y cajas de zapatos, encontré desde pequeña la calidez para escribir. Desde ese rincón se podía apreciar una parte de la ventana, lugar por el cual al anochecer se asomaba la luna con su máximo esplendor. Fue ahí donde inventé mis personajes y creé mis primeros poemas. Era mi rincón. Claro, ahora ya estaba más grande en todo sentido y no era fácil meterse bajo la ropa, por lo que escribía sobre un escritorio de madera pintado también de blanco, apoyado en el ventanal. Ese era el lugar que me encantaba.

Últimamente, la inspiración era más fácil de encontrar; me sentía mejor conmigo misma y con orgullo desde hace unos meses replicaba a los cuatro vientos que una poeta chilena ¡había ganado el Premio Nobel de Literatura! Su nombre: Gabriela Mistral. ¿Cuánto me faltaba para ser una escritora conocida? Sonreía al pensar en eso; por ahora, me conformaba con escribir para mí y algún día tener un —por lo menos un solo— lector. Uno que me dijera: «Escribe más, me encantaría leer algo tuyo nuevamente». Ese era el único éxito que me interesaba alcanzar. Solo un lector que disfrutara del estilo de mi prosa.

Estaba por terminar la universidad y antes que eso pasara ya tenía una oferta de trabajo para dar clases de literatura en un colegio de niñas. Era un momento en que mi vida empezaba a encaminarse.

Esa noche trataba de escribir algo para la ceremonia final, pero aparte de trazos incongruentes en las hojas, no conseguía nada. Me llegaba una luz muy tenue, por lo que agradecí todas las zanahorias que la Memé me hizo comer desde pequeña, ya que sin duda eso ayudaba a mi visión nocturna. Por mi ventana se veía la luna y me quedé un buen rato mirándola. Pronto me acordé de Tomás y pensé en qué estaría haciendo a esas horas. No lo veía hacía dos

meses; él había viajado al norte por un proyecto de trabajo y aprovecharía de visitar a unos familiares, por lo que su fecha de retorno no estaba clara. Me había llamado en una oportunidad, diciendo que me extrañaba, lo que debería ser verdad pues no era fácil comunicarse desde tan lejos. Y mientras pensaba eso, sin darme cuenta había escrito en mi cuaderno algunos versos.

Desde un rincón templado y en penumbra, dejo mi corazón, a su compás latir.

Las paredes que me sostienen, me mecen como los brazos de alguien que mucho me amara.

El silencio inunda mi consciente y salpica mi subconsciente con destellos de tu voz... que mi respiración tranquilizan.

Mis ojos... mis ojos son mi parte rebelde, que, sin quererlo, de vez en cuando humedecen mi lugar.

Mis labios no evitan dibujar siempre una sonrisa cuando pienso en ti...

Es aquí, en este pedacito de lugar, tan lejos de donde estás ahora, como siento está la luna, del lugar donde hoy la miro... donde mi mundo se convierte, en el mundo de los dos.

Cuando al día siguiente bajé a tomar desayuno, mi abuela estaba en la mesa junto a José, quien de pie sostenía una gran caja envuelta con un papel color rosa muy elegante.

No entendía bien el porqué, pero últimamente cuando ella estaba cerca de José había comenzado a sentir que el aire parecía diferente. Ellos debían tener más menos la misma edad, se conocían desde hace muchos años; para ser precisa, desde que él llegó. Mi abuela siempre había estimado mucho a Luisa. Ella era tan solo una niña pequeña cuando vino aquí, por lo que pasó mucho tiempo con la Memé, acompañándola en las labores de casa mientras José trabajaba; esto hacía que también tuviera contacto con mi abuela. Él parecía haber sido bastante apuesto en su juventud. De hecho, hoy sus ojos verdes resaltaban con su pelo por completo canoso; era también bastante ilustrado, muchas veces conversaban muy cordialmente acerca de temas de actualidad y nadie podía olvidar que durante años él desahogó su pena hablando de la guerra con ella. Era un gran hombre y ambos eran viudos.

Lo único que ahora podía separarlos era su diferente estatus en la sociedad, pero conociendo a mi abuela, no creo que ese punto le fuera de importancia. De repente, su voz me sacó de un salto de mi análisis.

—Teresa, querida, he visto cómo te quedas hasta tarde escribiendo, sé que te encanta usar tu pluma y la caligrafía te fascina, pero creo que ya es hora de

que te modernices un poco más.

Mientras terminaba de hablar dulcemente, José ponía la caja delante mío.

—Abuela, con tus palabras me has dejado poco espacio para la imaginación, ¿no puedo creerlo! —dije abriendo mis ojos, los cuales expresaban sorpresa y felicidad. Eran esos detalles de ella que la hacían única y demostraban algo que teníamos en común: siempre veíamos más allá de lo que el resto simplemente ve.

Abrí rápidamente todo el envoltorio del regalo, como si fuera una pequeña niña ansiosa y me encontré con una preciosa máquina de escribir. Era algo antigua, modelo junior premier de 1930.

—¡Es maravillosa! Muchas gracias. ¿Dónde la has conseguido?

—Se la compré a un conocido que vendía las máquinas que quedaron después del cierre de las salitreras en el norte. Esta había quedado guardada y nadie la había usado desde entonces. José le hizo una excelente reparación y mantenimiento, ¡funciona de maravillas!

—Es preciosa, te la agradezco con todo mi corazón. Ya estoy ansiosa por ocuparla y ¡sí, me hacía mucha falta! Me ayudará con mi trabajo en el colegio, con todo lo que debo escribir no iba a dar abasto con solo mi pluma. Y muchas gracias, José, por dejarla en condiciones perfectas para mí. Fue un desayuno magnífico junto a mi abuela. Al terminar, subí lo más rápido posible para dejar instalada mi nueva máquina en mi ahora moderno escritorio.

Pasaron los días muy rápido, cuando tenía mucho trabajo, el tiempo parecía escaparse de mis manos. Las cosas en mi casa parecían en calma. Julia había madurado bastante, aún continuábamos siendo demasiado diferentes, pero a pesar de eso habíamos encontrado la forma de ser más cercanas. Mi abuela estaba participando activamente en las reuniones literarias y ahora era la encargada de organizarlas; su tiempo volaba al igual que el mío.

Hernán aún no regresaba a vivir a la ciudad, había venido algunas veces desde que se fue, pero solo por breves días. Nos escribíamos todos los meses y aún así la distancia se había hecho demasiada, ya había pasado tanta vida sin él cerca. Quería con todo mi corazón que volviera pronto, lo extrañaba demasiado, pero a pesar de mi necesidad no podía hacer mucho, aún quedaban seis meses para su regreso. En su última carta me contó que tenía una novia, se llamaba Josefina. Su familia era muy numerosa; de nueve hermanos era la cuarta mujer. Los hombres en su mayoría eran más pequeños. Cuando Hernán terminara su estadía en aquel sitio, ella planeaba venirse con él. Sus padres lo

habían aceptado, ya que su tía vivía en nuestra ciudad y podría quedarse con ella sin problemas. A Josefina se le había abierto la posibilidad de entrar a estudiar enfermería aquí. Él estaba tan feliz, podía sentir lo enamorado que se sentía por su forma de escribir.

Eso me tenía muy contenta, pues se merecía toda la felicidad del mundo.

Tomás me había contado que regresaría por estos días, habíamos acordado vernos apenas llegara; yo contaba las horas. De seguro, volvería con un aire de viajero y se vería aun más guapo.

En cuanto regresó me llamó para que fuera a visitarlo inmediatamente. Teníamos mucho de qué conversar, había sido un largo viaje, por lo que apenas colgué, corrí donde José para pedirle que me llevara a su casa.

Él fue quien me abrió la puerta. En el instante en que me vio me alzó en sus brazos y me besó. Sus ojos brillaban, estaba tan feliz y no tenía miedo en demostrarlo.

—¡Te extrañé tanto, princesa! —dijo con dolor y alegría, como cuando se pierde algo que se quiere demasiado y después se encuentra.

Luego me abrazó unos largos minutos.

—¡Yo también! Estás diferente y hasta te ves más... maduro. —Sonreí—. Te ves muy bien.

Yo tampoco podía disimular cuánto había necesitado ese abrazo. Su pelo, algo más largo y desordenado, su camisa desabotonada hasta más debajo de la clavícula y unos suspensores café lo hacían ver buen mozo.

Extrañaba su aroma y el leve sabor a café cuando me besaba. Entramos a la casa, dirigiéndonos primero a la cocina para terminar de preparar ese café que había estado haciendo antes de mi llegada. Luego nos sentamos a tomarlo en el salón principal, sentados en el mismo sofá, mirándonos de frente, con las manos unidas en todo momento. Hablamos algunos minutos de lo confundida que estaba a veces por cómo seguir mi carrera literaria. Se ofreció para leer lo que escribiera, cosa que me emocionó. Le conté que en unos días más sería la ceremonia de titulación y que me encantaría que él fuera, ya que era algo demasiado importante para mí.

—Pero claro que iré. Será un honor estar contigo en un momento así.

El día de la ceremonia final llegó pronto. Tomás fue a recogerme a casa, se había cortado el pelo muy cortito y vestido formalmente para la ocasión; no era el estilo que siempre usaba, pero le quedaba perfecto. Fue importante saber que había hecho ese esfuerzo por mí; además, él odiaba usar corbata,

pero no le quedó más remedio pues era una ceremonia bastante formal. Volvíamos a tener una relación sin nombre y sin un compromiso que la hiciera ser algo menos volátil.

En mi promoción éramos doce alumnos. Sin duda, este era uno de los días más trascendentales de mi vida.

Algunos de los estudiantes habíamos sido seleccionados para leer algún ensayo o poema de nuestra autoría. Estaba nerviosa por leer el mío delante de gente extraña y sobre todo, frente a Tomás, ya que lo había escrito pensando en él.

El auditorio estaba repleto. Yo tenía puesto un vestido de color turquesa oscuro, con cuello redondo, mangas anchas hasta el codo y ajustado a la cintura por un cinturón del mismo color. Mi pelo, como nunca, estaba perfectamente peinado y recogido para la ocasión. Mi única joya era un brazalete de perlas que adornaba una de mis muñecas. Mi familia estaba sentada muy cerca; era una pena que Hernán no hubiese regresado aún, su mirada en estos momentos me habría dado calma.

—Te ves muy hermosa —me dijo Tomás, antes de dejarlo para ir a tomar mi puesto en el escenario.

—Gracias.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—Muchas gracias, para mí es muy importante que hoy estés conmigo. No puedo creer que de verdad estás aquí. —Le di un beso en la mejilla y le dije —: ¿Te veré al final de la ceremonia?

Tenía la esperanza de que fuera a la recepción que mi familia daría para mí esa noche.

—Trataré de quedarme lo más posible, lo prometo. Pero tengo algunas cosas que solucionar que no sé si me dejarán estar hasta el final y es poco probable que pueda asistir a tu recepción. Lo siento.

—¡No seas así! Por favor, trata de quedarte... En todo caso, gracias por venir, pero si ya estás aquí, ¿cómo te vas a ir sin celebrar conmigo? —Y agaché la cabeza.

Siempre era lo mismo con él, esto de desaparecer en cada momento ya era una característica que había aprendido a tolerar.

Al sentarme en el escenario, lo primero que hice fue buscar dónde él estaba sentado. Verlo ahí me dio tranquilidad. Después de algunos discursos de profesores y del rector, llegó el turno de leer mi poema. Me paré de mi asiento tranquilamente, caminando pausado llegué a donde estaba el micrófono

y el atril de madera. Antes de comenzar, busqué nuevamente a Tomás con la mirada, respiré profundo y dije:

—El poema que les leeré esta noche es de mi autoría.

Aclaré la voz suavemente y comencé:

CUENTA CONMIGO

Cuenta conmigo cuando tu alma esté triste, cuenta conmigo esos días en que el sol ilumine y no sientas su calor, cuando los árboles hayan perdido todas sus hojas en el otoño de tu caminar, cuando el pasto al regarlo pierda su color y su aroma de tierra mojada no llegue a tu razón.

Cuenta conmigo que estaré para escuchar lo que necesites gritar, para que seas lo que quieres ser, para que camines en vez de correr, y para que saltes los charcos formados por las lágrimas que dejes caer.

Cuenta conmigo que estaré allí, incondicional, sin dejarme abatir; que son tus miedos los que quiero conocer, y los mismos los que sabré escabullir como si fueran flechas que tiras hacia mí.

Cuenta conmigo esos días en los que tus ojos no quieras abrir o no puedas despertar, así como lo hace un oso al hibernar, pero tú ¡no dejes a tu corazón hibernar!, sin antes dejarte por mí abrazar.

Cuenta conmigo cuando desde el otoño tu camino llegue al invierno y el frío entre feroz y gélido a todos tus rincones, que mi calor tratará de derretir todas las escarchas que quieras poner ahí.

Cuenta conmigo en la soledad del lugar donde dentro tuyo quieras estar.

Sabes que incondicional esperaré me salgas a buscar, como espera el perro fiel, en el umbral de la puerta al que su todo es, al que su dueño es.

Pero también cuenta conmigo cuando la alegría llene tu alma, cuando la pasión dibuje en tu corazón una sonrisa, cuando la emoción se refleje en tus ojos y moldee tu parpadear, cuando la alegría te haga temblar, cuando otra gente por ti se deje impresionar.

Yo estaré ahí.

Yo estaré ahí, a tu lado, esperando tu abrazo, porque mi mejor lugar es entre tus brazos.

Al terminar, serenamente volví a mirar hacia donde él estaba, aún seguía ahí. La gente aplaudía muy formalmente. Me di vuelta y caminé para sentarme en la silla de donde había salido. Uno de mis compañeros me dijo en voz bajita:

—Me encantó tu poema, lo leíste perfecto.

Al poco tiempo comenzó la entrega de títulos. Todo fue demasiado

emocionante. Al finalizar la ceremonia toda mi familia me felicitó, entre ellos también estaba Elena, a quien no veía hacía bastantes meses; ella se mostró orgullosa de mí y muy cercana. Lo malo que había ocurrido ya había sido olvidado por el tiempo, nuestra amistad no tenía por qué perderse. Me sentí conmovida y agradecida por su presencia.

De repente, con tristeza en mi corazón me di cuenta de que Tomás se había marchado, sin despedirse.

Como no se había quedado al término del acto, me buscó tres días después para decirme que teníamos que celebrar, que estaba pendiente hacerlo, por lo que pensó que esa noche era una gran oportunidad. Saldríamos con una pareja de sus amigos a cenar. Mostrándose arrepentido por su ausencia al terminar la ceremonia, me dijo que había sido muy bonita, que le había gustado mi poema y que el detalle de la iluminación cuando lo leía había sido perfecto, haciendo alusión a que en la presentación, la luz fue justo sobre mí, mientras todo el resto del teatro quedaba a oscuras; ese era un detalle que nadie más me había comentado y me impresionó que viniera de él. No me preguntó directamente a quién iba dirigido mi poema; sin duda, entre ambos eso estaba más que claro.

Accedí feliz a su invitación, no tenía planes y en mi casa estaba sola. Todos se habían ido al sur, a la hacienda de mis tíos a pasar un tiempo. La Memé se había tomado unos días libres y yo había decidido quedarme pues aún tenía un montón de cosas que hacer, debido a los nuevos proyectos que tenía en mente. Por fin, comenzaría la postulación a la Sociedad de Escritores de Chile.

Esa noche quería verme bien y me dejé seducir por la moda de la época, la cual buscaba definir muy bien las curvas femeninas; para ese propósito hasta los sujetadores venían con formas cónicas para realzar más el busto. Mi pelo perfectamente tomado estilo Victory Roll y mi maquillaje, con ojos delineados en negro y labial rojo, destacaban mis facciones. Usé un traje gris de dos piezas muy ajustado a mi cintura, una falda tubo que me moldeaba bien y llegaba hasta la mitad de la pantorrilla, tacones negros y un collar de perlas, que había sido regalo de mi madre para mi cumpleaños. Salimos con sus amigos a cenar, con quienes congenié perfecto. Fuimos a una casona antigua en el centro de la ciudad, donde se juntaban los amantes del jazz y que tenía un ambiente bastante bohemio, ideal para pasar un buen rato. Tomás pidió una copa de Martini seco. Lo que me llamó la atención es que nunca había visto a mi hermano Hernán tomar esa bebida y mi cultura sobre el tema era nula.

Aparentemente, ese era el trago de moda.

Cerca de la medianoche, Tomás me llevó de regreso a casa. Al llegar, me ayudó a abrir la reja, la puerta y también encendió las luces. Cuando fuimos conscientes de que estábamos solos, no fue necesario decir nada. Besándonos, subimos a mi cuarto y entre risas le dije:

—Aunque tus amigos son muy simpáticos, nos podríamos haber quedado aquí desde el principio...

Me miró y sonrió. Continuó besándome tiernamente, sin parar. Tomás sabía lo conservadora que yo era y que mi poca experiencia la había tenido solo con él. Pero en ese momento, las cosas no se veían tan claras: los límites morales, sociales y los míos propios se desvanecían sin poder evitarlo; sentirlo cerca me hizo sentir muy mujer.

Instintiva y lentamente nos quitamos con pudor algo de ropa. Su camisa, mi chaqueta y mi falda quedaron esparcidas en algún lugar de la habitación. Mantuve mis ojos siempre fijos en los suyos, mientras abrazaba su torso desnudo. Él respondía a mi abrazo, apretándome fuerte.

Yo podía sentir el roce de su piel con mi brasier de satén y mi pantaleta con falda inferior, la cual llegaba hasta la mitad de mis muslos. El solo hecho de mostrar sutilmente partes de mi cuerpo que siempre cubría, significaba para mí una entrega total: era un acto de amor y de confianza absoluta.

Antes de no poder detenerme, reuní el coraje para hacerlo. No quería romper todos mis valores con lo que podría seguir ocurriendo entre nosotros; el contacto con parte de nuestra piel ya me parecía el paso más grande posible en estas circunstancias y, de seguro, igual sería una condena para mí. Él respetó mi decisión sin problemas y así, abrazados, nos quedamos dormidos juntos hasta el amanecer. Al despertar lo vi a mi lado mientras sentía mi brazo apoyado en su hombro, lo que provocó que miles de sensaciones me pasaran por la mente. Sentí, en aquel momento, que él era solo para mí: no habían murallas ni distancia, ni siquiera un centímetro nos separaba. Todo esto llenó mi corazón de sobresaltos.

Ya más despiertos, bajamos a desayunar. Observaba cada uno de sus movimientos, convencida de que él era lo que yo necesitaba cada día de mi vida para estar completa.

Él me miraba también, sentado en un sofá del amplio salón principal. Los grandes ventanales dejaban ver la frondosa vegetación del exterior y hacían que la luz entrara con interrupciones e iluminara más ciertas zonas que otras; sin duda, era una bella y acogedora imagen por lo que me pareció el momento

adecuado para mostrarle mis más profundos sentimientos.

De pie, a unos metros de él, lo miré tiernamente y le dije:

—Te amo.

Era primera vez que se lo decía. Él me veía sin sacarme los ojos de encima. Cuando me escuchó decir eso, sentí que mis palabras le habían llegado al alma.

—Y yo a ti.

—Pero quiero que sepas algo. Nuestra historia ha sido larga, los dos nos conocemos demasiado. Ahora que estás a mi lado, no quiero que te vayas. No podemos vivir así toda la vida. No puedes esfumarte a cada instante. Si ahora te vas y no vuelves, si ahora te desapareces, yo ya no te buscaré más. No puedo esperar toda la vida a que decidas sentir algo estable por mí.

—Lo sé. No me iré. Lo prometo —me dijo seriamente mientras se paraba del sillón y caminaba hacia mí para darme un tierno abrazo, el cual evidentemente ninguno de los dos quería que terminara jamás.

Después de esa mañana, pasaron varios días sin saber algo de él. Esta vez, una sensación de desilusión y de dolor llenaba mi alma. No podía creer que en verdad desapareciera nuevamente. La confianza, la amistad, el amor, la entrega de un momento tan íntimo como el que habíamos tenido, todo lo que había depositado en él... no le había importado.

Regresaba a casa al final del día, cansada después de realizar algunas compras mientras pensaba cuánto esperaría para enojarme definitivamente con Tomás por su ausencia incomprensible.

Al abrir la puerta de la cocina, la Memé me miraba atenta, con cara de complicidad. Lentamente, se dirigió a mí y me dijo:

—Señorita Teresa, hoy en la mañana vino un amigo suyo y le dejó esta carta.

Su actitud era serena, pero cautelosa, quizás asumiendo que lo que esa carta decía era importante y muy personal.

En un primer momento la miré extrañada, sin entender, pero cuando vi en el pequeño trozo de papel mi nombre escrito, con una letra que muchas veces había visto, supe inmediatamente que era de Tomás. La hoja estaba doblada en pedacitos, hasta terminar siendo un pequeño cuadrado.

—Gracias, Memé. ¿Dijo algo cuando se la entregó?

—Solo me pidió que se la diera con discreción y me agradeció, parecía algo nervioso.

—Muchas gracias, Memé —repetí mientras tomaba la hoja entre mis

manos que temblaban involuntariamente.

Sentía mi corazón latir rápido mientras mis ojos casi no podían aguantar las lágrimas. Presentí que lo que decía ese trozo de papel me dolería. Subí corriendo a mi dormitorio y apenas llegué, cerré la puerta y apoyé mi espalda en ella... ya no podía ni si quiera seguir caminando, sin más esperar la abrí.

Teresa:

Me va a costar dejar de pensar en ti. Cada vez que vienes y te metes en mi vida algo pasa y no sé lo que es.

Me gustaría quedarme contigo, pero tengo que ir, pensar y replantear mi vida para este nuevo año. Ambos podremos tomar las decisiones adecuadas mejor estando solos.

Te quiero,

TOMÁS

Al terminar de leer, ya era imposible detener las lágrimas que salían solas de mis ojos. ¿Cómo podía irse ahora, de nuevo, después de haber amanecido juntos? Había pasado mucho tiempo enamorada de él, buscándolo, perdonándolo y él aún no sentía que teníamos que vivir nuestra historia. ¡Esto debía terminar! No era sano quedarse pensando en alguien por el cual vives soñando, vives amando, pero que a pesar de todo, solo ve confusión. Lo que más me desconcertaba, era no entender porqué le daba tanto miedo tenerme en su vida, su mirada reflejaba que me amaba. ¡Sus ojos no mentían! De eso estaba completamente segura. Pero ya era suficiente, él nunca haría nada por estar a mi lado. Mi corazón tenía que dejarlo partir; yo tenía que dejarlo partir.

Me encerré en mi dormitorio, sintiendo como si estuviera de pie ante un verdadero abismo y con una pena enorme, me desahugué como era habitual en mí: escribiendo, para así poder romper y botar los sentimientos que depositara en esas líneas, y que él se fuera con ellos.

TE DEJÉ PARTIR

La noche no será jamás la misma desde que tu voz dejé partir, pues es el color del cielo hoy negro, como los lirios que una vez, en sueños vi.

Es más, mi pasión errática de esta noche sin fin, deja tu recuerdo pintado en los versos que escribí.

La sombra de la luna muestra el color de avellanas junto a mí.

Es tu recuerdo infinito el que hoy me tiene aquí, me sostiene ante el abismo, que yo misma puse ahí.

Sin decirme al oído por qué te deje partir.

Rosas, lirios, tulipanes, tendría en mi jardín, para que den color a mi alma

que muere por ti.

La llegada

1947

Había cumplido veinticuatro años. Comenzaba a trabajar en un colegio privado solo para señoritas, dando clases de literatura para los dos últimos grados de humanidades. Estaba muy feliz, me encantaban las discusiones de actualidad con mis alumnas y era para mí muy importante tener el privilegio de introducir las en el amor por la lectura y en el análisis de libros y poemas. Existían diferentes corrientes literarias cruzándose en estos años, ya no solo la poesía era social, si no que empezaba a tomar otros rumbos, lo que hacía todo aún más apasionante.

Mi vida estaba bastante ordenada, pero era precisamente esa armonía la que aumentaba mi soledad; sí, me sentía sola. No había salido con nadie y ya eran más de seis meses sin saber nada sobre Tomás. Al parecer, en su decisión de ir a replantear su vida, había descubierto que yo no tenía cabida en ella y así definido ni siquiera aparecer para saludarme de vez en cuando, por lo que yo trataba de ya no seguir pensando en él.

Esa mañana era importante porque Hernán por fin regresaba, motivo por el que había una revolución en casa, todo tenía que estar perfecto para recibirlo. Mi felicidad era máxima. Llegaría en el tren de las tres de la tarde; venía junto a su novia Josefina y a un amigo que, aunque había vivido cerca de nosotros, no lo ubicábamos anteriormente. Ellos se habían conocido en la residencial donde Hernán vivió el último tiempo mientras estudiaba. A ambos les habían ofrecido un trabajo en nuestra ciudad, así que estaban muy felices. Como era un gran acontecimiento fuimos todos a recogerlos a la estación, por fin conoceríamos a su novia.

Debo admitir que me arreglé más de lo habitual, quería verme hermosa para ir a buscar a mi hermano querido.

Cuando lo vi junto a Josefina, sentí que ambos irradiaban felicidad. Él estaba mucho más hombre que cuando se fue y me encantaba el toque que le daba un nuevo sombrero sobre su pelo castaño. Ella era alta como él, delgada y con un aspecto muy femenino sonreía mientras todas las miradas de mi familia la analizaban sin piedad. Cuando estuve cerca los abracé a ambos sin ocultar mi alegría.

—¡Qué mujer bella estás, amada hermanita! —dijo mientras sujetaba mi

abrazo.

—¡Cuánto te extrañé, tú estás hecho un hombre! — Me dirigí a su novia—
Hola, Josefina, yo soy Teresa, un gusto conocerte —dije con un tono dulce y acogedor que me salía desde el fondo de mi alma.

—Hola, encantada —dijo ella muy suavemente.

De ahí vino la presentación oficial a mis padres, hermana y abuela. Por supuesto, también conocimos a la tía de Josefina, quien la había ido a buscar junto a sus familiares.

Había tanta gente que todo estaba algo alborotado. A lo lejos, sentí que alguien se despedía de Hernán, bromeando como un buen amigo, pero no alcancé a verlo bien, imaginé que debía ser Ricardo. Hernán respondió al aire:

—Nos vemos en mi casa esta noche... ¡Hay que celebrar nuestro regreso!

Desde la estación, Josefina se fue con sus parientes y Hernán con nosotros; estaba dichosa de tenerlo solo para mí. Aunque a su novia la había encontrado muy especial y se veían bien juntos, yo necesitaba tiempo con mi hermano sin tener que compartirlo con ella. En el camino nos contó los detalles del viaje, nos contó de Josefina, nos contó de todo.

Al llegar a casa quiso descansar un rato antes de que comenzara la cena de bienvenida que mis padres habían organizado para él.

Yo subí a mi cuarto para corregir algunos ensayos de mis alumnas y al terminar, me cambié rápidamente de ropa; era una noche especial y quería lucir bien. Recogí mi pelo que estaba peinado con gruesos rizos y ondulaciones hacia un lado, sujetándolo con una hermosa horquilla; mi vestido rosa llegaba más abajo que mis rodillas; sus mangas anchas, su escote redondo y lo muy ajustado de cintura daban un toque elegante. Mientras terminaba de maquillarme el timbre sonaba sin parar: los invitados comenzaban a llegar.

Apenas terminé de vestirme fui a la cocina a ver si ayudaba en algo a la Memé, quien de seguro estaba atareada con todo el trabajo.

Al entrar, la vi permitiendo que un hombre —desconocido para mí—, le robara antes de tiempo unos de sus famosos pastelillos, sonriendo y conversando con ella con toda la familiaridad del mundo.

—Disculpe —dije media anonadada, la Memé nunca aceptaba eso—. Buenas tardes, ¿quién es usted?

La Memé se adelantó a responder:

—Es el señor Ricardo, amigo de su hermano. El señor Hernán me acaba de decir que haga que él se sienta como en casa... y lo estoy consintiendo con

uno de mis pastelillos —respondió algo avergonzada.

—¿Ah, sí? ¿Consintiendo? —contesté con ironía.

El hasta ahora desconocido, dejando de poner su atención en los pastelillos, se volteó a mirarme fijamente, diciendo:

—Usted debe ser Teresa, la vi esta mañana en la estación, un gusto conocerla. Con Hernán hemos hecho una gran amistad, él me ha hablado tanto de usted, que siento como que ya la conociera.

Aún media perpleja contesté:

—Mucho gusto, también había oído hablar de usted.

—Espero que sean cosas buenas.

—En verdad, solo escuché que eran amigos, nada muy extenso.

—Bueno, entonces cuando quiera me puedo presentar más extensamente —dijo levantando una ceja y después sonrió.

—Sería bueno, porque usted se ha convertido en un amigo muy importante para Hernán; y por favor, no se coma todos los pastelillos, al parecer la Memé no lo detendrá —dije dando media vuelta tomando rumbo para irme de ahí.

Al salir me causó risa la situación, pero pronto olvidé la escena de la cocina.

La tía de Josefina y su marido congeniaron muy bien con mis padres y una de sus primas conversó en extenso con Julia. Ella quería estudiar enfermería, lo que era realmente excelente; tener a alguien del rubro de la salud cerca parecía interesante. Le encantaba leer, por lo que tuvimos un montón de temas en común. Con Hernán no se separaban y a ella le brillaban los ojos cuando estaba a su lado. Conversábamos los tres amablemente, cuando Ricardo apareció de sorpresa diciendo:

—No me has presentado formalmente a Teresa, aunque por nuestra parte ya nos conocimos.

—Perdón, amigo mío —dijo Hernán— ella es mi adorada hermana Teresa, de quien tanto te he hablado. Sentía mis mejillas estallar del rubor que me causó. Ricardo me tendió la mano diciendo:

—Mucho gusto. La conozco mejor de lo que usted piensa.

—Pues no lo creo —dije en tono de rebeldía, soltando rápidamente su mano, ya que me pareció que decir que me conocía solo por lo que Hernán le contaba de mí, no era correcto.

—Solo está divirtiéndose contigo —dijo Hernán sonriendo.

Nos quedamos los cuatro conversando largo rato y cada momento que pasaba, Ricardo me impresionaba más. Me gustaba su simplicidad y su forma

de desenvolverse, entendí perfectamente el porqué Hernán lo había elegido como su amigo. Nos divertimos escuchando música de Frank Sinatra y después un poco de swing, junto a todos los más jóvenes de la cena. En algunos momentos sentí que Ricardo me miraba más de lo que uno suele mirar a la hermana de su amigo, pero no estaba completamente segura. De lo que sí tuve certeza fue de que yo sí lo miré más de lo que se mira al amigo de un hermano.

El velero

1947

Ya habían transcurrido dos meses desde que Hernán volvió. Él y Josefina estaban totalmente adaptados a los cambios y junto a Ricardo seguían muy amigos, por lo que él visitaba con frecuencia nuestra casa. Las últimas veces había notado que sus miradas se habían hecho cada vez más intensas; me veía como a una mujer, de eso ya no tenía dudas.

Un día llamó a mi hermano para invitarlo junto a Josefina a un paseo en su velero. El club de yates quedaba cerca y él realizaba algunos deportes acuáticos. Cuando les hizo la invitación, había dicho que si yo quería ir, él estaría encantado, por lo que me sumé al grupo sin pensarlo mucho.

El día estaba soleado y el calor era intenso. Josefina y yo llevábamos trajes de baño de estilo clásico: una sola pieza iba desde nuestros hombros hasta los muslos; un vestido sobre éste, un lindo sombrero y una inflatable sombrilla para cubrirnos de los fuertes rayos del sol cuando navegáramos. Ricardo nos esperaba alegre en el muelle, sosteniendo en su brazo una canasta con cosas para comer y beber. El velero era bastante grande y tenía una cabina techada muy cómoda. Se manejaba perfecto en todo lo relacionado a los botes pues su padre le había enseñado a navegar desde pequeño; mientras movía las velas y las cuerdas me fijé detalladamente en él; nunca había visto con detención sus brazos, eran fuertes; sus músculos eran notorios y sus piernas no lo hacían nada mal.

Era bastante guapo y ese día se veía aún mejor. Para mí había dejado de ser solo el amigo de Hernán.

El tiempo estaba precioso y sin retrasarnos más, partimos a nuestro paseo. Pronto comenzó a soplar bastante viento, lo que hizo que mar adentro el velero se moviera lo suficiente para hacer que Josefina se sintiera mal, motivo por el cual tuvimos que volver al muelle, donde ella y Hernán decidieron bajar e ir al club mientras insistieron en que Ricardo y yo regresáramos a navegar.

—Vamos Tere, volvamos mar adentro, el viento pasará rápido. Vas a ver cómo te encanta. Te mostraré cómo pesco, traje unas carnadas enormes para los peces que les serán irresistibles.

—Hernán, ¿seguro que no necesitas ayuda con

Josefina? Aún no se siente muy bien.

—Ya estoy bastante mejor —respondió ella, tomando aire a una orilla del muelle.

—Bueno si es así, feliz vuelvo a subirme a tu velero — dije mirándolo tiernamente.

—Entonces ¿qué esperas?

Sujetando mi mano, me ayudó a subir. Al partir, me pidió ayuda con algunas de las cuerdas, pero siempre evitando que me fuera a lastimar. Me miraba profundamente a los ojos con cada cosa que hacía, como cautivado por mi presencia y al mismo tiempo yo estaba cada vez más encantada por él y sus actitudes. Pasaron pocos minutos y el viento cedió, tranquilizando las aguas. Nos detuvimos bastante lejos de la costa, el ruido del mar topando al velero y el de algunas alejadas gaviotas eran lo único que se escuchaba.

—Este silencio me fascina, me hace llegar a mis más profundos pensamientos. Es por eso que me encanta venir a meditar aquí —me dijo con serenidad.

—Sí, lo imagino. Justo pensaba qué delicia sería la de escribir en un lugar como este.

—¡Sí, sería maravilloso! Cuando quieras me acompañas, yo pesco y tú escribes. En una de esas te inspiras en alguna historia en el mar, como Francisco Coloane en su libro El último grumete de la Baquedano.

—Me haces reír, sabes. Precisamente ahora tengo a mis alumnas leyendo ese libro.

Él me miró sonriendo y me guiñó un ojo. Dio unos pasos a la cabina, desde donde prendió un moderno tocadiscos y comenzó a sonar música de Frank Sinatra.

—Tere, ven... —me dijo mostrándome un lugar en la proa que había para sentarse—. Siéntate aquí, junto a mí.

Nos sentamos uno a lado del otro, entre nosotros quedó la canasta compuesta por una degustación de pastelillos, chocolates y frutas muy apetecibles. Me di cuenta de que su cercanía me puso nerviosa y me vinieron unas ganas terribles de recostarme en su pecho. No sé cómo fue, pero mientras pensaba eso sentí que su mano comenzaba a rozar la mía. Entonces me dijo:

—Teresa, desde que te vi en la estación de trenes el día que llegamos, y que tú ni si quiera notaste mi presencia, me encantaste. En un primer momento quise evitarte porque eras la hermana de mi amigo, pero todo este tiempo no lo pude lograr, por más que traté. Cada día que hemos pasado juntos he

aprendido a conocerte y la mujer que he descubierto en ti me ha cautivado por completo. Sé que tú has pensado algo de mí también porque nuestras miradas se han cruzado muchas veces... Sabes, chicas como tú son muy difíciles de encontrar y yo estoy totalmente encandilado por ti...

Al escucharle decir eso, tan decidido, tan hombre, tan claro sobre que me quería a mí y solo a mí, me congelé.

Todos mis sentidos se alteraron con su voz y su mirada me cautivó. Mientras él esperaba alguna reacción de mi parte, su mano acariciaba la mía, luego subió por mi brazo desde donde saltó al borde de mi mejilla y sosteniendo mi mentón se acercó y me besó.

—¿Quieres ser mi novia? —me preguntó con ternura—. No te preocupes por lo que dirá Hernán, ya sabe lo que siento por ti. Fui sincero con él desde que entendí lo que me pasaba al verte.

Yo, aún pasmada, acepté un segundo beso sin poner resistencia alguna. Cuando terminó de besarme suavemente continuó diciendo:

—¿Debo aceptar ese beso como un sí?

—Sé que notabas que también te miraba, creo que has logrado romper una muralla que había puesto en mi corazón. Sí, me encantaría que intentáramos algo juntos, sí y sí y sí...

Y ahí, en la proa de su velero, junto a una botella de un licor ligero, nos abrazamos y volvimos a besar. Conversamos largo rato, nos contamos algunas cosas sobre cada uno, que ya pasarían a formar parte de nuestra historia.

Al volver, Hernán y Josefina nos esperaban en el muelle con una sonrisa cómplice al ver a lo lejos que Ricardo me había besado antes de amarrar el bote al muelle.

—¡Los felicito! Qué alegría tenerte de cuñado... Aunque si la haces sufrir, te las verás conmigo y no exactamente como un amigo —le dijo Hernán a Ricardo mientras daba palmadas suaves en su espalda.

—Jamás le haré daño, quiero que junto a mí ella sea la mujer más feliz del mundo. —Y volteándose hacia Josefina dijo—: bueno, puede compartir el puesto de felicidad contigo.

Todos reímos.

En mi casa tomaron muy bien la noticia. La Memé lo convirtió en su preferido número uno, dejando a ratos a Hernán con una mirada de niño celoso, pues había quedado en segundo lugar de la lista. Es que Ricardo supo ganársela desde el primer momento, lo que tuvo como recompensa un trato especial de parte de ella, sobre todo en el ámbito de los dulces y pasteles que

le encantaban.

Sorprendentemente, mi vida era feliz porque sentía la importancia que tenía para Ricardo, cómo me cuidaba, cómo yo era lo que lo motivaba cada día. Con cada detalle, él me hacía sentir amada. Muchas veces me preguntaba si yo le hacía sentir lo mismo.

La petición

1948

Ese día cumplíamos un año. ¡Sí, un año intenso! Habíamos compartido tantos momentos que parecía que lleváramos mucho tiempo más juntos; nos complementábamos muy bien y era una sensación mutua el sentir que cada día crecíamos como pareja. En mí no habían dudas de que él me amaba y que yo era su prioridad desde el minuto en que amanecía hasta que nos decíamos buenas noches.

Profesionalmente, habían sido buenos meses para ambos; yo seguía trabajando en el colegio y además estaba escribiendo mi primera novela. Ricardo estaba en varios proyectos de arquitectura para un nuevo barrio que se estaba formando en la ciudad. Todo marchaba a la perfección.

Algunas semanas atrás, había tenido la impresión de que Ricardo quería formalizar lo nuestro. Era fácil darse cuenta de que él ya no aguantaba que nos separáramos al anochecer y muchas veces, al besarlo para decirle buenas noches, notaba en sus ojos que era hora de tomar decisiones.

Sentir eso me hizo pensar y tratar de entender todo lo que realmente tenía guardado en mi interior. Tomás no había vuelto a aparecer, era como si la tierra se lo hubiese tragado una vez más; ni siquiera un saludo para saber cómo estaba o un llamado de preocupación por si algo me pasaba. Nada. Absolutamente nada. Por mi parte, yo ya no lo había buscado más. Al analizar mis sentimientos, estaba segura de haberlo olvidado, sentía que Ricardo era el único en este mundo capaz de haber logrado eso. Me sentía enamorada, me sentía feliz. Pocos días pasaron para comprobar que mi intuición con respecto a lo que pensaba Ricardo era totalmente cierta. Esa noche me invitó a su velero, lo que en seguida me llamó la atención, ya que sabía que en la oscuridad no navegaríamos a ningún sitio. Cuando llegué al muelle, el anochecer estaba maravilloso: una luna llena gigante alumbraba con todo su esplendor y un aire cálido hacía sentirse confortable.

Al mirar al velero pude notar que, al menos, unas treinta velas iluminaban todo el borde, haciéndolo ver mágico.

Al acercarme, divisé en la cabina una mesa adornada elegantemente con rosas rojas y velitas del mismo color sobre un mantel blanco. Cuando me sintió llegar, Ricardo salió a recibirme y me ayudó a subir.

—Bienvenida, amor mío —me dijo suavemente.

—Gracias —respondí sonriendo—. Veo que te has esmerado, esto está como en un sueño.

—Bueno, hoy se cumple un año juntos, cualquier cosa que haga resulta pequeña para lo feliz que me has hecho. —Mientras decía eso, me entregó una pequeña caja de mis bombones preferidos, pero ésta era una edición especial, solo traía un bombón y era más grande que el tamaño original—. Para el final de nuestra velada —dijo sonriendo. Lo miré tiernamente y le regalé un beso.

Durante la cena, recordamos cada momento juntos de este año: las comidas familiares, los viajes por las playas del litoral central junto a Hernán y Josefina, las largas conversaciones en su velero con el mar como nuestra única compañía, las novelas que escuchábamos por la radio (el radioteatro nos encantaba a ambos), los deliciosos regalos culinarios de la Memé e, incluso, las divertidas escenas nada glamorosas de cuando ambos enfermamos después de un banquete dado en nombre de un prestigioso político de la zona. Nunca tuvimos una pelea, solo risas y buenos momentos.

Al terminar la cena me dijo: —¿Por qué no abres el chocolate ahora?

—Por supuesto, se ve delicioso, ¿cómo conseguiste uno de este tamaño? —dije asombrada.

—A veces sirve que tus padres sean amigos del dueño de la fábrica.

—¡No te creo! No me habías contado. —Y reímos juntos.

Al abrir la caja del bombón, algo apareció debajo; simultáneamente sentí que Ricardo se arrodillaba junto a mí y me decía:

—¿Quieres ser mi esposa? Eres la única mujer con quien quiero compartir todos los días que me queden de vida. Eres mi sol, te amo. Cásate conmigo, mi amor.

Aunque podría haber imaginado y pensado muchas veces antes este momento, nunca es suficiente para estar totalmente preparada. Era una decisión tan importante y ahí, frente a mí, estaba quien sería mi amor para siempre...

Una felicidad extraña llenó mi ser, al igual que la alegría, el nerviosismo y también el miedo. Pero al mismo tiempo una tranquilidad absoluta calmó mi corazón, sabía que seríamos muy felices, sentía que lo amaba y estaba segura de que él me adoraba más que a nada.

—¡Sí! ¡Sí! Obvio que sí, mil veces sí.

Me arrojé sobre él, abrazando su cuello, teniendo la sensación de no querer soltarlo nunca más.

Debajo del bombón estaba un hermoso anillo de oro con dos esmeraldas a cada lado y en el centro un diamante.

Era precioso. Ricardo me ayudó a ponerlo en mi dedo y dijo: —Te queda perfecto. Te ves más hermosa con algo que diga que eres mía. Te amo tanto...

El resto de la velada la pasamos imaginando cómo sería nuestra vida juntos, riéndonos de cosas simples, planeando dónde viviríamos, en fin, planificando todo. Quedamos de acuerdo (debido a que estábamos en un período fuerte de trabajo y quedaban aún cuatro meses muy extenuantes) en solo contarles a nuestros padres y hermanos y no divulgarlo aún. Todo el revuelo social que conlleva un matrimonio nos terminaría dejando exhaustos. Eso sí, yo iría lo más pronto posible a pedir la hora a la iglesia para celebrar la boda en unos diez meses más. Y empezaríamos a pensar en todo medio año antes, momento en el cual lo haríamos público.

Los dos estuvimos de acuerdo en proceder así, parecía lo mejor. La felicidad me llenaba por completo. Mi familia, especialmente Hernán y la Memé, estaría fascinada.

La llamada

1948

Era ya media tarde, mi día había sido muy ocupado y un intenso dolor de cabeza me invadía a ratos. Las alumnas a veces me dejaban exhausta, sobre todo ahora que analizábamos libros medievales. Revisar los informes implicaba todo un desafío.

Con Ricardo habíamos acordado que ese día yo iría a separar la fecha para el matrimonio por la iglesia. Él estaba en un momento crítico en su trabajo y no podía acompañarme. Era importante reservar diez meses antes; sin duda, era un plazo prudente, tal vez más adelante no estaría disponible cuando quisiéramos.

Entré tranquilamente a la parroquia para hablar con la secretaria y con el sacerdote. Elegí el día, la hora y anoté cuidadosamente todos los requisitos que debíamos cumplir tanto nosotros como nuestras familias, además de cada uno de los certificados de los sacramentos ya recibidos que teníamos que traer. Una sensación de estar dando un gran paso me llenó por completo. Estaba feliz y nerviosa a la vez.

Caminando de vuelta a casa, súbitamente un olor a tabaco, que no supe de dónde provenía, me recordó a Tomás; mi corazón se apretó y sentí que sería justo que él supiera que me iba a casar. Si bien nunca habíamos tenido nada formal, ese nada se merecía un final concreto. Ya era tiempo de terminar nuestros lazos para siempre. No tuve dudas en llamarlo, tampoco me puse nerviosa, ni siquiera lo pensé demasiado. Era algo que tenía que hacer. Él tendría su vida arreglada y lo más probable es que me recordara como a una vieja amiga, una que lo estima y que quería contarle que se casaba. Pero algo me hizo sentir que quizás, él al igual que yo, sabría perfectamente que esa llamada era un momento oportuno y necesario para cerrar lo que nunca terminó con claridad. Llegué a casa y fui directo al despacho de mi padre.

Tomé el teléfono y marqué pensando que lo más factible era que no lo encontraría. Pero resultó que fue él quien contestó:

—¿Aló? —dijo con voz rápida y distraída.

—¿Aló, Tomás? Hola... Soy Teresa.

—¡Aló! ¿Teresa? ¿Teresa? ¿Cómo estás? Tanto tiempo...

La verdad es que había pasado bastante; prácticamente serían casi dos

años desde la vez que recibí su carta y de ahí no volvimos a vernos más. El tono de su voz quebró levemente mi respiración y aunque seguía tranquila, no fue fácil escucharlo.

—Hola, sí, soy Teresa, ¿cómo estás?

—Muy bien. Qué bueno escucharte...

Me pareció que hablaba con un tono de sinceridad; tal vez, él aún me recordaba en sus momentos de introspección.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba a punto de salir, mañana escalaremos un cerro con unos amigos y hoy nos iremos a acampar para ese lugar.

Él respondía con la misma cotidianidad de cada vez que aparecía sorpresivamente, pero ahora era distinto pues había sido yo la que lo había sorprendido.

—Qué bien, cuídate mucho.

—Sí, gracias. —Su respuesta fue cortante, casi evidenciando que esta llamada sorpresa lo comenzaba a inquietar.

—Te llamaba por un motivo especial.

—Sí, dime...

Por unos segundos solo reinó el silencio, parecía que ni siquiera respirábamos. Finalmente tomé aire y dije:

—Me voy a casar.

No tenía claro el porqué, pero decir eso no fue nada fácil; por minutos no me salieron más palabras, nuevamente hubo silencio de ambas partes.

—Llevo más de un año de novia con Ricardo y me ha pedido matrimonio. Hoy fui a separar fecha en la iglesia.

Él seguía callado, como si ya ni siquiera estuviera al otro lado de la línea. No sabía qué decir, pero continué:

—Estaría feliz si vinieras a nuestra boda.

Sentí en su respiración una exhalación profunda, como si hubiese estado aguantando el aire todo ese rato y con un cambio de voz notorio, respondió:

—¿Tú crees? ¿No sería extraño si yo fuera...?

—Mmm, ¿piensas eso? —contesté algo abrumada.

—Sí, pienso eso. Prefiero no ir, gracias por contarme. Qué bien que te cases. Sabes estoy algo ocupado ahora...

—Sí, no te preocupes. Que te vaya bien.

—Adiós.

—Adiós.

Al cortar, una sensación extraña se apodero de mí. ¿Qué había sido eso? Tenía el corazón apretado y mis ojos se humedecieron. Respiré profundo y me dije a mí misma «capítulo cerrado, ahora a ser feliz con Ricardo».

Decidí bloquear cualquier recuerdo o sentimiento sobre dicha conversación. La felicidad que existía en mi vida en aquel momento me invadía.

La decisión

1948

Desde que desperté temprano, el extraño dolor de cabeza que había comenzado desde hace algunos meses, invadiéndome cada vez con más frecuencia, hoy se acompañaba de náuseas. Era fácil asumir que esos síntomas se debían al nerviosismo de lo que estaba por venir, todas las novias se estresaban.

Faltaban casi seis meses para el matrimonio, por lo que llegaba el momento de empezar con los preparativos. Con Ricardo, habíamos conversado que la celebración fuera lo más sencilla posible, aunque entendíamos que los compromisos sociales de ambas familias eran numerosos. Ya comenzábamos a terminar la época de más trabajo y esperábamos impacientes el tiempo para dedicarnos por completo a organizar nuestra boda.

Esta tarde ambos nos reuniríamos después de almuerzo para organizar todo y además, para finalmente hacer público nuestro compromiso; hasta el momento solo nuestras familias sabían. Él me adoraba tanto que cumplía siempre con lo que le pedía, aunque a veces fuera una niña mimada.

A pesar de mi felicidad, me asustaba el hecho de saber que la fecha estaba cerca y que todo el mundo se enteraría. Ricardo era tan bueno conmigo que no quería fallarle en nada.

Era casi medio día, estaba en mi habitación revisando los últimos ensayos de mis alumnas sobre el Cantar de Mio Cid, cuando la Memé tocó la puerta delicadamente.

—Permiso, señorita Teresa.

De inmediato sentí algo extraño, como si su voz fuera un rayo que me atravesaba; sentí suavidad, pero al mismo tiempo, tensión en sus palabras. Mi corazón, sin entender nada, comenzó a latir más fuerte.

—Adelante, Memé ¿qué sucede? —dije con anticipada preocupación.

Ella comenzó a entrar de a poco, como si su caminar se hubiese vuelto más pesado por llevar una gran carga, o como si sus pasos no estuvieran seguros de a dónde la llevaban. Con sus manos entrelazadas frente a ella, apretándolas con fuerza y mirando al suelo, dijo:

—Sabe, señorita Teresa, hay alguien que la busca. Yo sé que tal vez a su mamá no le parecerá bien y que a don Ricardo lo he cuidado como un hijo

desde que es su novio, pero sé que usted no me perdonaría si no vengo a avisarle. —Subiendo la mirada y llevándola directamente a mis ojos, expresando culpabilidad y temor continuó—: En estos momentos no hay nadie más que nosotras en casa y todos se demorarán en llegar aún. ¿Quiere que lo haga subir a su habitación?

—Memé, me asustas, ¿quién es? —dije aún sin comprender.

—Es... ese amigo de usted... de hace algunos años, el señor Tomás.

—¿Quién?! —pregunté sobresaltada.

Aunque ella no lo conocía mucho, había sido a quien Tomás le entregó la carta hace algunos años. Tal vez, ella la había leído antes de dármela y sabía más de lo que aparentaba. Además, muchas veces había visto que él me traía a casa. Sí, la Memé entendía muy bien quién era y lo que él significó para mí.

Mi corazón se exaltó involuntaria y abruptamente. Un sentimiento de enojo conmigo misma me invadió. ¡No! Esta vez no podía equivocarme. Estaba comprometida y quería a Ricardo... Al pensar eso, el miedo se apoderó de mí de manera tan profunda que parecía que iba a llegar dentro de mis huesos. ¿Estaba realmente enamorada de Ricardo? Estar cerca de Tomás hoy sería mi prueba de fuego. Respiré hondo para calmarme y me sentí preparada para enfrentar la situación.

Pero, ¿qué vendría a decirme? ¿Querría que lo invitara al matrimonio? Tal vez, después de pensarlo bien, se habría dado cuenta que la idea de no ir era absurda. ¿O tendría algún problema grave por el cual me necesitaba? Solo pensar eso me llenó de preocupación y sin esperar más, dije:

—Hágalo pasar, por favor.

Lo esperé con intranquilidad. Mi dormitorio era prácticamente el último lugar donde años atrás nos habíamos visto; era algo incómodo volver a recibirlo aquí y yo no sabía ni cómo actuar: si sentarme en la cama, en mi escritorio, cerca de la ventana... Finalmente, cuando sentí que se acercaba, abrí la puerta despacito, saliendo a su encuentro.

—¡Tomás! —exclamé—. Qué alegría verte, ¿a qué debo tu visita?

Después de decir eso, recién pude levantar mis ojos para mirarlo, estaba demasiado nerviosa y el suelo era el escondite perfecto para ellos. Al verlo, solo bastó un instante para que todos esos sentimientos que creía ya muertos explotaran en mi corazón, en mi alma y en mi mente, como si hubiesen estado tan ocultos en mi interior, que me hicieron creer que no estaban allí; pero al igual que bombas escondidas en un campo minado, abandonado después de la guerra, resurgieron sin piedad apenas Tomás invadió el aire que

compartíamos.

Su forma de caminar, como siempre, podría reconocerla con solo el sonido de sus pasos y su mirada dulce, en un instante, llegó hasta el fondo de mi ser, pese a que había puesto mil barreras a su paso. Estaba más maduro, buenmozo como siempre. Sí, inevitablemente, era él, el mismo que siempre había sido para mí.

De pronto, la desesperación apareció en sus ojos y me hizo despertar del encanto de verlo.

—Teresa, disculpa que venga así, pero necesito hablar urgente contigo, ya no aguanto más...

—¿Qué pasa?! —exclamé realmente angustiada, luego respiré profundo tratando de calmarme— Ven, entra y cuéntame.

Tomás se sentía y se veía alterado, como si tuviera pocos segundos para arreglar algo que estaba repartido a pedazos después de él mismo haberlo roto. Yo también estaba visiblemente afectada y adolorida por lo que acababa de estallar en mi corazón. Apenas entró a la habitación cerré la puerta y él, al escuchar el sonido, se volteó inmediatamente hacia mí. Me tomó de las manos con decisión e hizo que apoyara mi espalda en ella, cuya madera inerte hoy parecía cobrar vida: transformándose en cómplice de su sutil trampa me arrinconaban entre ambos. Su mirada seguía desesperada y su actitud también lo era. Sin esperar más, con una voz firme me dijo:

—No te puedes casar. Tú sabes que no te puedes casar, no puedo dejar que lo hagas, así que, por favor, escúchame sin hablar hasta que termine. Desde el momento en que te descubrí en la casa de la señora Matilde, llenaste por completo mi ser. Eres la mujer con quien toda mi vida soñé, la persona que desde el día que hablamos por primera vez, he necesitado cada segundo. Eres quien me hace feliz y sé que tú lo sientes, sé que tú lo sabes. Este tiempo he sido un tonto, no te he cuidado, te he dejado a la deriva miles de veces. Me he escapado de ti porque tú representas mi felicidad absoluta y eso me da miedo. Da terror dejar ir lo que sabes que quieres con toda el alma. En mi vida siempre he perdido de diferentes maneras a la gente importante para mí; que mi madre se fuera de la casa fue algo que nunca superé completamente, por eso pensé que si no estabas cerca mío, tal vez nunca te podría perder. Era una forma de cuidarte, pero fui un completo estúpido. El miedo me paralizó. El temor a que si te tenía, te podía perder, me congeló. Y el día que dormí a tu lado me fui de aquí muerto de miedo. Me asusta esta terrible conexión que tenemos, me asusta sentirte sin que estés, me asusta la forma que tienes de

llenar todos mis espacios, pero por más que lo quise evitar, los completaste desde el primer instante. Me complicaba la idea de que buscaras tanto dentro mío, que te preocuparan tanto mis detalles, porque eso hacía que te quisiera cada vez más y a la vez, era algo desconocido. Nunca me había abierto con nadie como contigo, ¡por favor, entiende!... me asustaba que llegaras tan adentro de mi alma. Me he leído mil veces el capítulo de El principito que subrayaste hace tiempo y, en verdad, creo que fuiste tú la que me domesticaste a mí. Tuviste la paciencia de siempre estar ahí, de cuidarme, de comprender, de no juzgar. Y aunque hemos estado alejados siempre he tenido la certeza que eres mía, solo mía. Teresa, eres y serás mi mujer y tú lo sabes. No puedes casarte porque sería un error, ¡un error para todos! Escápate conmigo, cástate conmigo, haré lo que quieras, lo que quieras para que cada día de nuestras vidas y siempre seas mi compañera, mi amiga, mi complemento, mi esposa, mi todo. Por favor, perdóname...

Las lágrimas en los ojos de ambos corrían sin detenerse por nuestras mejillas. El corazón se me salía del cuerpo seguramente al igual que a él; la realidad se mezclaba con la irrealidad del momento, por lo que me costó darme cuenta de que esto verdaderamente estaba pasando. Quedé en blanco unos minutos, después solo lloraba sobrecogida por lo que acababa de escuchar. Él me había desarmado completamente en un segundo. Finalmente, abrió su corazón, dejándome entrar a todos sus secretos rincones; estaba ahí para mí y quería estarlo para siempre. En silencio, nos abrazamos con fuerza. Decenas de sentimientos confluían en ese abrazo, haciéndolo único e inolvidable en el tiempo; uno de esos tan sinceros que se dan pocas veces en la vida.

—Dame un beso, por favor —me dijo.

Y sin pensarlo, nos besamos apasionadamente.

Sobraban las palabras, ambos sabíamos que nada nos volvería a separar.

Decidimos que nos iríamos juntos en ese preciso instante. De inmediato, tomé una maleta que había bajo mi cama y mientras conversábamos, metí algo de ropa, solo quería salir de ahí junto a Tomás lo más rápido posible. Lo primero que haríamos es que yo iría a conversar con Ricardo, eso era estrictamente necesario: él era el primero que debía saber y de mi boca, que lo nuestro había terminado. Me dolía el alma hacerlo sufrir, pero lo más sensato era proceder de ese modo. Este sentimiento con Tomás, tarde o temprano habría explotado como lo hizo hoy y habría arrasado con todo a su alrededor.

Después de hablar con Ricardo, ya más tranquila, volvería a la casa para discutirlo con mis padres.

Apenas bajamos las escaleras para irnos, me di cuenta de que la Memé se encontraba allí, mirándonos como si hubiese visto un fantasma salir de la maleta que Tomás llevaba en sus manos, con su cara pálida y desconcertada; sin duda, se sentía de alguna manera cómplice de esta decisión.

Mientras continuábamos hacia el primer piso, mis piernas temblaban con cada escalón, mis ojos fijos en ella la percibían cada vez más descompuesta, entonces fue cuando me percaté de que otra persona estaba de pie a su lado... era Hernán.

Angustiada miré a Tomás, quien enseguida me demostró tranquilidad y me dijo:

—No te preocupes, yo me encargo esta vez.

Continuamos, desacelerando nuestros pasos.

Al llegar abajo, Hernán tenía el ceño fruncido; yo sabía que él querría protegerme, y más que enojo en sus ojos había misteriosamente comprensión. Tomás lo miró y le dijo que por favor le escuchara. Extrañamente, mi hermano lo hizo en silencio y tranquilidad, aunque sé que debe haber sentido con cada palabra un dolor enorme; también sé que, al mismo tiempo, ese dolor era suavizado por las palabras de Tomás, que se sentían verdaderas, confiables y llenas de amor. Con solo vernos bajar esa escalera, no había posibilidad de pensar que lo que estábamos haciendo no era por amor; un amor que no pudimos detener. Hernán ya conocía lo fuerte que eran estos lazos por su relación con Josefina, por lo que sin duda podía comprenderlos. Al terminar Tomás de explicarle todo, agradeciéndole su apoyo desde el primer momento, Hernán guardó silencio por unos minutos, los que pasaron lentamente mientras que entre los cuatro compartíamos el aire tenso que respirábamos. Finalmente dijo:

—Tienen que ir enseguida a hablar con Ricardo. Él es uno de mis mejores amigos y se merece la verdad. Estoy completamente enterado de que mi hermana te ama más que a nada en este mundo, con tan solo mirar sus ojos cuando está a tu lado. Sé que ustedes tienen un vínculo único desde que los vi juntos por primera vez en la casa de la señora Matilde... y a ti, Tomás, solo te diré que tienes que amarla como a nadie y cuidarla cada día, porque ella es mi hermanita querida, a quién protegeré cada vez que sea necesario.

—Eso está más que claro, Hernán. Es mi mujer y te prometo respetarla.

Yo escuchaba en silencio cada una de las palabras que ellos cruzaban, de

pie al lado de la Memé, quien no aguantó la emoción y me abrazó llorando como si fuese mi madre. Le devolví el gesto cariñosamente, la besé en su pelo, le agradecí por todo y salté a los brazos de Hernán, diciéndole:

—¡Hermano amado, eres lo mejor!

Después de eso Tomás y yo, tomados fuertemente de la mano, dejamos la casa.

Perdóname

1948

Algunos momentos no están exentos de dolor y hablar con Ricardo hacía que este fuera uno de esos. Tenía que enfrentarlo con la verdad, yo era la mujer que él había elegido, nunca le había sido infiel, lo respetaba y lo quería con todo mi corazón. Jamás fue mi intención que esto pasara y si no hubiese existido Tomás, él habría sido mi compañero para siempre. Pero Tomás sí existía y de esa forma no hubiésemos sido felices...

No hubo mucho tiempo de asimilar todo lo que estaba pasando, llegamos hasta la puerta de su casa más rápido que lo necesario para darme cuenta si esto era real o no.

Antes de bajarme del auto, Tomás apretó mi mano fuerte, y me dijo:

—Fui a la iglesia, a la que pasamos cuando llegamos hasta el acantilado hace algunos años, ¿la recuerdas? Me imagino que sí, tú siempre te acuerdas todo. —Sus ojos sonreían por él—. Hablé con el sacerdote encargado y accedió a casarnos. Amor mío, ¿quieres casarte conmigo lo más pronto posible?

—Tomás, a tu lado soy tan feliz. Te amo desde el primer momento en que te vi. ¡Claro que me quiero casar contigo! No puedo creer que recordaras esa iglesia... —concluí en voz alta, incrédula por unos pocos segundos.

Después de esas palabras, solo una profunda mirada entre nosotros acompañó a esa declaración. La emoción me llenaba por completo, más aún al tener la certeza de que siempre tuve razón: él sí creía en Dios. La verdad que debía decirle a Ricardo me sacó de pronto de mis pensamientos y de los ojos de Tomás.

No podíamos seguir esperando, yo debía enfrentar la separación con Ricardo. Decidí ir sola. Tomás, quien en un primer momento me quiso acompañar, accedió finalmente a quedarse en el auto. Él entendía perfectamente lo difícil del momento. Toqué el timbre de su casa y en pocos instantes

Ricardo abrió la puerta. Estaba tan feliz que sus ojos brillaron al verme. Ese resplandor fue como si un montón de esquirlas salieran disparadas justo a mi valentía. Por un segundo, se me vino el mundo abajo; él, en verdad, representaba la felicidad para mí y decirle esto era destruirlo, pero sin duda

eso era mejor que quedarme a su lado, sintiendo lo que ya era imposible de detener dentro mío. Tenía que ser mujercita y enfrentar esto que, si bien era sumamente doloroso, había pasado todavía a tiempo. Estaba obligada a decirle lo que ocurría, no podía pensar en nada más; el dolor de provocarle esto me paralizaría si seguía esperando, debía ser ahora ya que aunque fuera duro, era la forma más sensata.

—Hola. Necesito hablar contigo urgente. Ha pasado algo que debes saber ahora mismo —dije sobrecogida por la tristeza que sabía que le causaría.

Sus ojos cambiaron abruptamente la expresión, desde una felicidad absoluta al miedo repentino o a la incredulidad, no lo sé. No podría definir qué era exactamente lo que él sintió en ese momento. Caminamos uno al lado del otro hasta el despacho que tenía en la casa de sus padres. Al entrar primero que él, le pedí que por favor cerrara la puerta y en ese instante comencé a hablar, ya no podía alargar más la tortura que ambos estábamos viviendo.

—Tú has sido una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida. Te quiero con todo mi corazón, pero hoy entendí que no puedo casarme contigo. No lo sabía antes, nunca fue mi intención engañarte. Pensé que eras tú, creí que eras tú. De verdad que así lo pensé y lo creí, pero hoy una persona que en algún momento había sido importante en mi vida, regresó. Vino a decirme que me ama y todo lo que creí que ya no sentía por él, volvió abruptamente. No te puedo decir que estoy confundida, porque no lo estoy. Estoy segura de que es con él con quien quiero pasar el resto de mi vida... Te pido perdón desde el fondo de mi alma. Le agradezco a Dios que me haya dejado descubrir esto ahora, cuando todavía estamos a tiempo. Siempre te voy a querer y tendrás en mí a una amiga.

Las lágrimas corrían por mis mejillas y mi voz era quebrada y angustiada... pero al mismo tiempo, la certeza de lo que me pasaba, hizo que conservara cierta fuerza que me permitió expresar lo que acababa de decir. Sin duda, era el momento más difícil de mi vida.

Nunca dejé de mirarlo. Abruptamente, cayó sobre el sofá a sus espaldas, como quien se lanza al vacío sin protección, al mismo tiempo que lágrimas gruesas salían, a pesar de sus ojos querer evitarlas. Yo sabía que su pena era infinita. Su expresión estaba desfigurada, su mirada perdida, pero rápidamente, después de la caída al sillón, su cuerpo se puso firme y sentado con las manos apoyadas en su cara, me miró sin realmente hacerlo, como si me traspasara... hasta que los minutos de un silencio sepulcral se acabaron y con

voz temblorosa me dijo:

—Eras la mujer de mi vida, pero antes que eso tu felicidad es lo que más me importa. No niego que estoy destrozado, pero agradezco que esto pasara ahora. Necesito tiempo para asimilarlo. No me pidas que seamos amigos porque creo que será imposible. Por favor, ahora vete.

Sin decir nada más, solo con una mirada que gritaba «perdóname», saqué el anillo de compromiso de mi dedo, lo apoyé en el escritorio y llorando amargamente, dejé su despacho. A pesar de la tristeza, estaba con el alma tranquila. Tenía la seguridad de que él encontraría a una mujer que verdaderamente lo quisiera y que llegaría a ser feliz sin mí.

Llegaremos al ocaso

1949

No podía creer que aquel día había llegado. Mi felicidad absoluta hecha realidad. Mi corazón latía más fuerte que nunca y miles de sensaciones recorrían cada rincón de mi cuerpo. A pesar de que todo estaba tan bien, seguía sintiendo ese pesado dolor de cabeza, pero con todas las dificultades que había pasado en las últimas semanas, suponía que no era extraño que continuara. No le había comentado nada a Tomás, para qué preocuparlo en uno de los momentos más felices de nuestras vidas.

Me encantaba el lugar que, sin saberlo, hace años habíamos elegido. Claramente, no podría ser otro. Era el sitio donde por primera vez me había preguntado si me casaría con él y hoy eso se haría realidad. Qué vueltas daba la vida, qué misterioso el destino al que nos enfrentamos. Como si fuera un rompecabezas, en un momento todo se armó en nuestra existencia.

La iglesia era pequeña, una amiga de Tomás la adornó fantásticamente; tulipanes blancos daban el toque en cada banquillo y el resto estaba adornado por ramos de rosas del mismo tono. Era un día de sol maravilloso que pronosticaba un extraordinario atardecer, lo que sería el toque mágico para la celebración en la playa. El lugar que escogimos era hermoso.

A unos pocos metros del mar, existía una planicie sin arena que se convirtió en el sector adecuado para hacer la fiesta. En el centro se prendería una fogata, dejando un espacio prudente para la zona de la cena y el baile. Mesas de mantel blanco con sillas de madera de diferentes colores rodearían la fogata y preciosos farolitos adornarían el perímetro y la entrada.

Además, en unos rústicos postes de maderas se habían puesto pequeñas velas colgantes para iluminar cuando oscureciera. Todo era sencillo, pero hermoso.

Mi vestido, regalo de mi abuela, era de satén y pese a la escasez de telas importadas, propia de la posguerra en un país tan austral como este, los contactos le solucionaron sus caprichos y consiguió el género blanco glacial y brillante, que era la tela de moda. El diseño fue de una de sus amigas modistas vanguardistas, quien se atrevió a hacer un modelo algo más moderno, estrecho en la parte superior, sin mangas, con un cuello redondo amplio que dejaba ver levemente parte de mi clavícula sin cubrir. En la cintura, destacaba un cinto

del mismo satén, bordado con flores y aplicaciones de pequeñas piedrecitas cristalinas, del cual salía un hermoso faldón con pliegues. Mi pelo estaba ondulado por rizos anchos y recogido en ambos costados, lo cual se unía con el rulo de mi flequillo, tal como lo usaba Rita Hayworth; como toque final, tenía una sutil corona de pequeñas flores de la que nacía un hermoso y largo velo. El ramo era de rosas blancas, que denotaba pureza y que armonizaba con mi maravilloso atuendo.

Mi familia finalmente estaba calmada, feliz de verme tan dichosa. La noticia de la cancelación de la boda con Ricardo les había dolido, pero Hernán y mi abuela habían jugado un rol muy importante en hacer entender a mi madre que yo estaba enamorada de Tomás y que pasar mi vida junto a él, era lo que verdaderamente quería. Tal vez una fiesta pequeña y simple como esta no era lo que ella había soñado socialmente para mi matrimonio, pero lo había aceptado; pronto vendría el casamiento de Josefina y Hernán y ¡ese sí sería un evento social monstruoso!

Solo en ese momento, mientras analizaba todo en profundidad, pude darme cuenta y sentirme afortunada de toda la ayuda dada por mi abuela. Entendí que fue a ella a quien siempre le cayó bien Tomás y quien me ayudó silenciosamente, a través de José, muchas veces. Por ella, él tuvo bastante discreción y buena voluntad, cada vez que fue necesario, convirtiéndolos en cómplices. Me gustaba verlos juntos, mis ojos —que seguían descubriendo cosas que el resto con regularidad pasaba por alto— descifrabán que entre ellos había amor, un amor que seguramente las normas de la sociedad de la época, referentes a la mujer, la edad, el estrato social y la viudez, harían que fuera un secreto por siempre.

Pero aunque eso pasara, y cada uno de ellos continuara su rol, un feliz vínculo seguiría en el aire.

Estaba ya vestida, esperando que mi padre apareciera por mí, mientras una peluquera arreglaba los últimos detalles de mi pelo, cuando sentí golpear la puerta. Era Hernán, con una actitud totalmente distendida, como si fuera un niño en esta fiesta. Vestía un terno gris oscuro, casi negro; llevaba un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta en tonos celestes que combinaba con la corbata, todo le calzaba perfecto.

—Hermanita de mi corazón, estoy muy contento de que seas feliz —entró diciendo en voz alta—. Te ves hermosa, demasiado hermosa. Se nota en tus ojos una luz intensa de felicidad.

—¡Hernán! —Corrí a abrazarlo, sintiendo la molestia de quien me peinaba

—. Sin ti y tu ayuda desde los primeros momentos, nada de esto sería posible, ¡nada! Nada de esto habría llegado a existir. Te quiero, hermano.

—Yo también, Teresa, y siempre estaré ahí para ti. Siento haberme ido a estudiar tan lejos y haberte dejado sola; lidiar con las presiones familiares no es fácil. Encuentro muy valiente de tu parte el haberte dado cuenta de que no amabas a Ricardo, yo sé que lo quisiste mucho.

—Sí, lo quise mucho. De verdad, siento una gran tristeza de que él esté sufriendo, pero este sentimiento por Tomás habría terminado por separarnos en algún minuto. Era mejor que pasara ahora. Seguro que él encontrará a una mujer que lo ame.

—Sí, él está tranquilo, no te preocupes.

—¡Ay, hermanito!, soy tan feliz —De repente un extraño olor inundó mi espacio—. ¿Qué es ese olor?

—¿Olor? No huelo nada extraño, Teresa.

—¿En serio? Creo que es como café revuelto con tabaco.

—No, no lo siento.

—Mmm, son tonteras mías, los nervios me han jugado en contra últimamente. Bueno, ¿y mi padre dónde se ha metido?

—Lo iré a buscar, está más atrasado que la novia—.

Ambos reímos.

El auto lo manejaba Hernán. Estaba adornado con unas rosas blancas en la parte posterior y unas cintas de tela en el mismo tono en la parte delantera. Sentados atrás, íbamos mi padre y yo. En el camino lo sentí nervioso. No hubo discurso alguno para mí, solo su mano temblorosa y protectora acariciaba la mía. Al ir casi llegando, me dio un tierno y largo abrazo, daba la impresión de que no quería dejarme ir... Debe ser difícil para un padre entregar en el altar a su princesa, pero él sabía contener muy bien sus emociones. Al terminar de abrazarme, me miró con dulzura y me dijo:

—Que te vaya bien.

Al llegar, la bellísima y pequeña iglesia estaba iluminada por decenas de velas, las cuales esparcían su luz sobre las hermosas flores. Cuando entramos y vi a Tomás esperándome en el altar, sentí que me moría de felicidad. Guapo, ansioso y extremadamente feliz, sonreía para mí. Saber que me amaba y que yo lo amaba con todo mi ser, era la sensación más bonita del mundo.

Y así nos casamos. La postura de argollas y un tierno beso ante Dios cerró nuestra alianza. Salimos tomados de la mano, frente a la mirada de todos los

que nos querían. El orgullo en los ojos de los padres de Tomás se veía de lejos. Esta noche, ellos habían compartido sin rencores, tal vez recordando el amor que un día se tuvieron.

Mi abuela, la dama de la noche, irradiaba convicción y plenitud; la Memé lloraba desconsoladamente de pura emoción. Mi padre, mi madre y mi hermana estaban felices; y nuestros amigos, dichosos. Todo salió a la perfección.

La playa se veía preciosa, había una espléndida brisa de verano, suave y cálida. La iluminación parecía ser de pequeñas estrellas que habían bajado desde el cielo a saludarnos. La celebración de nuestra unión en ese pedacito del mundo —en medio de la arena, el mar, la luna y las estrellas— fue maravillosa. Tomás leyó un lindo discurso hecho especialmente para mí, recordando ciertos momentos de nuestra historia, lo que a todos sorprendió: en realidad, nadie sabía que teníamos tanta historia. Por mi parte, había escrito un poema para él y lo leí con orgullo delante de los invitados:

LLEGAREMOS AL OCASO

Llegaremos al ocaso tomados de la mano, después de caminar miles de pasos.

Llegaremos escuchando nuestro corazón latir, como la sinfonía de mis letras para ti.

Llegaremos sonriendo de lo que has hecho por mí, llegaremos recordando el amor que te di.

Llegaremos mirándonos, más profundo que al pozo cristalino, al cual tiramos nuestra suerte.

Llegaremos juntos riendo, amando, y recordando cuando ya nuestro cuerpo nos quiera dejar.

Llegaremos de la mano, no me la dejes de tomar, porque contigo a mi lado, jamás miedo me dará.

Después de la fiesta, nos fuimos a la cabaña que habíamos arrendado cerca de aquel pueblito tan significativo para nosotros. Pretendíamos vivir ahí por un tiempo. Tenía una vista espectacular, situada arriba de un acantilado hacia el mar, lo que hacía que desde sus ventanales solo fuera posible ver un inmenso y bello paisaje. La parte de atrás daba a un hermoso valle. Bastaba caminar unos cuantos minutos para encontrar un mágico lugar entre los cerros.

Cuando llegamos, Tomás bajó del auto para abrirme la puerta, pero me impidió salir y me dijo que tenía que esperar. Lo contemplé extrañada y seguí cada uno de sus pasos con una ansiosa mirada, mientras él abría la entrada de

la cabaña y, una a una, iba prendiendo una docena de velas repartidas en puntos estratégicos, dando un ambiente extremadamente romántico y cálido.

Entonces, volvió y me dijo:

—Sabes, uno de tus tíos, ese medio bajito, me dijo que no podíamos entrar a la casa sin que yo te cargara al pasar por el umbral de la puerta. Así que aquí estoy...

Sonreí con ternura al ver sus brazos en posición, dispuestos para sostenerme, como si yo fuera un gran peso; sin pensarlo mucho, me lancé sobre ellos con un pequeño y delicado salto. Entramos directo a la habitación, donde me dejó con suavidad en la cama para sacarse la chaqueta y soltarse un poco la corbata; de seguro, le ahogaba tanta formalidad en su traje. Yo, mientras tanto y con algo de dificultad por culpa de mi vestido, me reincorporaba de pie frente a él, mirando maravillada los contrastes del ambiente provocados por las numerosas velas que alumbraban.

—Déjame ayudarte con tu pelo —me dijo.

Comenzó a sacar, una por una, las florcitas de mi cabello que imitaban una pequeña corona, al tiempo que yo deslizaba su corbata y desabrochaba tímidamente su camisa. El momento era perfecto, estaba con la persona perfecta y más aún, estaba con quien había amado intensamente desde el día que nuestros caminos se cruzaron... Estaba con el único a quien quería pertenecerle, estaba con él. Mirándome con ternura a los ojos, mientras seguía sacando los arreglos de mi cabello, continuó:

—Teresa, aquí y en este momento quiero volver a prometerte que te amaré y respetaré por siempre. Hoy, la felicidad de que seas mía, es máxima. No quiero perderte jamás, nunca más, mi amor; y me atrevería a soñar que a donde Dios nos lleve después de esta vida, te voy a seguir amando también, te amaré incluso en nuestro próximo destino.

—¿En nuestro próximo destino? ¿Crees qué nos encontraremos?

—No lo sé, pero quiero creer que sí. Y sí existe esa posibilidad, yo te voy a encontrar y te amaré cada día aquí o donde estemos, no quiero perderte nunca.

Mientras hablaba, me abrazó tan fuerte que logró levantarme del suelo; entretanto, mi mirada se perdía en la suya, haciéndome sentir que dentro de sus ojos había un lugar tan profundo, casi al lado de su alma, que me pertenecía. Ese lugar existía también en mí y era por completo de él. Eso era, precisamente, lo que hacía posible esta complicidad; ambos lo sentíamos, aunque no podíamos explicarlo ni ponerle nombre, pero estábamos seguros de

que sería lo que nos mantendría siempre unidos.

—Ja, ja, ja, me haces reír, chistoso. Te terminarás aburriendo, pero sabes qué, si es así, yo te esperaré o te buscaré donde sea que vayamos después. Pero, por favor, nunca te vayas a olvidar.

—Teresa, ambos sabemos que nuestros sentimientos son tan intensos que podemos sentir al otro, sin siquiera estar físicamente juntos; eso perdurará en el tiempo y también al paso de los años. Serás siempre mi Teresa, serás siempre mi sol, en los momentos cálidos o fríos; y la luz de la luna en mi oscuridad. Y si algo apagara mi noche y no viera tu luz, sabría encontrarte porque te siento sin ver, amor.

—Y si algún día no quieres darte cuenta de que estoy ahí —dije poniéndome seria y agudizando mi mirada como si fuera a reprenderlo— seré perseverante y te buscaré con miles de mis besos... —contesté en tono de coquetería y provocación, abalanzándome sobre él, como si toda nuestra conversación fuera un juego de niños.

Así, abrazados, caímos en la cama, riéndonos de mis melosos besos en su cuello. Esa noche fui suya con mi consciente, mi subconsciente; en fin, con todo mi ser.

Luz y oscuridad

1949

Las primeras semanas en nuestra cabaña no podrían haber sido mejor: disfrutamos de nuestra luna de miel y, al mismo tiempo, completamos los detalles de nuestro hogar. Hicimos cosas que siempre soñamos hacer juntos, pero que no habíamos tenido el tiempo de realizar. La cabaña, además, era el lugar perfecto para mi inspiración literaria. La tranquilidad que ahí existía me permitía entrar en un mundo ficticio fácilmente.

Esa tarde caminamos hacia el valle, había una vista preciosa: un delgado río, con su suave y cristalino caudal, se abría paso entre dos montañas; los diferentes tonos de verdes y amarillos parecían darnos la impresión de estar observando un verdadero cuadro delante de nuestros ojos.

A Tomás siempre le había gustado pintar y nunca se animaba, pero hoy compró unas acuarelas y un lienzo rectangular de tela blanca, junto a un atril, elementos que llevamos a nuestro paseo con la idea de poder simular, con trazos y colores, ese hermoso paisaje, para que se convirtiera en un tesoro y adornara una de nuestras murallas. Así, sentada en el césped frente a la sobrecogedora vista, disfrutaba de cada detalle suyo como pintor. Las montañas, la luz, los colores, su forma de alzar el pincel... era como ver su dibujo convertirse en una postal de este paradisíaco escenario. Cuando ya casi terminaba, grabé profundamente en mi alma cada pedacito de esa pintura para nunca olvidar ese momento. Estaba maravillada por todo lo que nos rodeaba y, mirándolo con admiración, no pude evitar decirle:

—Todo esto tan hermoso que nos rodea... ¿puedes sentirlo, puedes sentir la naturaleza en el fondo de tu corazón? Mira con atención y trata, es tan maravilloso... Nunca dejes de asombrarte, la vida es más que bella. ¡Solo mira tu cuadro! Te has atrevido a pintar, es increíble que lo hayas hecho. ¡Quedó precioso!

—Tienes razón, mi amor, gracias por acompañarme en esta loca aventura. —Tiernamente se acercó a mí y me besó en la frente, mientras se reflejaba en sus ojos el orgullo por su increíble obra de arte.

Cuando terminó lo cargamos con cuidado hasta la casa, donde lo pusimos a secar.

Después de aquella tremenda hazaña, nos dio mucha hambre. Tomás dijo

que prepararía algo de comer y yo me ofrecí para ir a comprar pan amasado, que una amable señora hacía artesanalmente para nosotros. Iría en mi bicicleta; era una de las cosas que junto a mi máquina de escribir traje a este lugar sin pensarlo dos veces. La luz del día ya empezaba a ser más tenue, aún no oscurecía por completo. Alcanzaba a ir y volver en unos veinte minutos, para que anocheciera faltaba más de una hora. Mientras sacaba esas cuentas, Tomás se había apoderado de la cocina y se enrollaba las mangas de la camisa, como alistándose para demostrar sus dotes culinarios. Yo, expectante, lo observaba llena de curiosidad.

—Prepararé algo tan delicioso que jamás lo olvidarás. —me dijo.

—¿Alguna de tus recetas secretas? ¿Algo afrodisíaco que le cocinabas a tus novias? —pregunté sonriendo.

—¿Cómo supiste? —bromeó él.

—Porque lo sé todo. Como ya te dio resultado con otras, ahora me lo haces a mí.

—Ja, ja, ja, ja, pero tú tendrás la mejor versión.

—Chistoso —le dije con cariño. Él se acercó a mí y me besó—. Iré por el pan, pero a mi regreso quiero quedar gratamente sorprendida con el plato que vas a preparar, o sino tendrás que pensar una manera de recompensarme.

Ambos reímos, mientras él ya tenía ordenado todo lo que ocuparía sobre el mesón de gruesa madera, en medio de la cocina.

—Cuídate, princesa. Te sorprenderá lo que cocinaré...

—Entonces voy y vuelvo rápido, amor; no quiero perderme ningún detalle de esta cena.

Sin esperar más, tomé mi bicicleta y comencé el rumbo; no era un trayecto desconocido, ya lo habíamos hecho juntos varias veces esa semana. El recorrido entre los cerros era fácil, el verano ya estaba en su máximo esplendor de colores y había en el paisaje una hermosura incomparable. Pedalear y sentir el aire en mi cara junto al olor de toda esa naturaleza, era realmente un privilegio. La tarde estaba cálida; todo era perfecto, era inmensamente feliz.

Habían pasado solo unos minutos pedaleando cuando de pronto, sin tener un aviso que me pudiera prevenir, el cansancio pareció ser extenuante. Sentí, que mis piernas no me respondían bien. Repentinamente, un dolor de cabeza, súbito e intenso, se apoderó de mí; de mi mente, de mi cuerpo, de mis sentidos, de todo. Sin más, todo se volvió negro.

No hubo más recuerdos. No hubo más historia.

PARTE III

Eres tú... siempre fuiste tú

Orden y desorden

Diciembre, 2017

Cada día que pasa, ordeno una y otra vez, de principio a fin, todo esto que remeció mi memoria y mi ser, fluyendo rápido, como si observara una película en máxima velocidad. Pero por más fugaces que fueran las imágenes, yo sabía todo: su contenido, los diálogos, las sensaciones y los pensamientos.

No comprendo cómo puedo recordar todo esto; aunque no exista una explicación lógica, esos recuerdos están ahí y ya son parte de mí.

Han pasado varios meses desde el día en que encontré el dibujo que me hizo hallar todo esto. Desde entonces, no me he detenido repasándolo para lograr entenderlo y es así como cada vez que lo hago, se convierte más y más en algo mío. Han sido días, semanas, meses enfocándome en cada detalle, ¡horas de divergentes pensamientos! Me encanta llenarme de ellos: sentir la alegría, los miedos, la tristeza, analizarlos por completo; pensar, sin descanso, en lo que significan y en el porqué aparecieron dentro de mí. Principalmente, me llena el alma sentir el amor con el que Tomás me mira, porque eso no es algo que yo solo recuerdo, sino que siento en cada parte de mi ser.

Pero al mismo tiempo, la razón me hace sentir un miedo gélido: ¿qué es esto que no puedo entender? Me niego a creer que todo sea falso, porque aunque esto traspase más allá del límite del entendimiento, para mí son más que solo imágenes posiblemente reales: son sentimientos reales.

En este angustiante análisis continuo, he tratado insaciablemente de concentrarme para recordar más, pero todo se había esfumado tan rápido desde que me subí... o, mejor dicho, desde que aquella Teresa se subió a esa bicicleta. No puedo comprender el porqué todo acaba ahí. No tengo nada claro acerca de lo que me pasó en aquel momento... Solo recuerdo ese dolor intenso y esa sensación de desvanecimiento; después de eso, veo otra oscuridad más dentro de mí, no existe nada más que pueda recordar.

Es inevitable que un sentimiento extraño no llene mi corazón; todo es muy difícil y lo sería todavía más si intentara explicar algo así. El contenido de mis recuerdos limitaba la posibilidad de conversarlo con alguien, por lo que aún no había encontrado el valor suficiente ni siquiera para contárselo a Mario, quien indudablemente era... ¡Tomás!

En este tiempo nuestra relación se había vuelto mucho más intensa...

Estamos conectados por mensaje de texto durante el día, compartimos todo, nos necesitamos para cada cosa, se ha convertido en mi compañero fiel... Pero a pesar de estar tan conectada emocionalmente con él, sigue sin ser fácil explicarle esto: si es demasiado loco para poder entenderlo yo misma, ¿cómo hacer para contárselo? ¿cómo alguien se muestra cuerda contando algo así, cómo podría hablar de esto? «Mario, ¿sabes? Recordé de dónde te conozco. Nos conocimos en 1940 y hasta nos casamos...» ¡Nooooo!

Definitivamente, no tengo el valor ahora para hacer eso. ¡Qué terrible frustración me llena! Pero a pesar del miedo o de que esto sea loco, yo sé lo que sentí al recordar y sé que es real... y aunque mi más grande temor sea ver cómo los demás acepten esta verdad, para mí también es demasiado impactante comprender que él es Tomás y que nuestra historia continúa.

Pese a lo escalofriante de la situación, ya no puedo escapar de la fuerza de esos sentimientos; yo misma no puedo no creer lo que recordé. Es evidente que son mis memorias, pero de otra época, las cuales se abren ante mis ojos cuando ni siquiera sé quién soy en esta.

En los momentos en que puedo encontrar algo de calma, me pregunto: ¿Cómo puedo recordar tanto y tan detalladamente? ¿Cómo puedo tener conciencia de que todo eso ocurrió? Es imposible saber sobre esos hechos históricos, a menos que yo realmente los hubiese vivido. Pero aunque yo llegara a convencerme de aquello y sintiera que es real, nuevamente volvía al mismo pensamiento, una y otra vez: «es muy difícil que alguien más me crea». Eso me angustia hasta casi sentir que pierdo la razón y el miedo a que eso ocurra es tan intenso que no se cómo controlarlo, lo que provoca que mis cambios de ánimo sean evidentes y que los dolores de cabeza aparezcan cada vez con más frecuencia.

Esta tarde, Mario llegó a mi casa mientras yo estudiaba.

Cada vez que se ausentaba, lo extrañaba muchísimo. No lo había visto solo por un par de días, pero parecían meses; lo bueno era que eso se había vuelto un sentimiento mutuo: ambos teníamos la sensación de que constituíamos un vicio para el otro y no vernos nos provocaba (lo que riéndonos habíamos nombrado como) «deprivación», que significaba que la necesidad de estar juntos era tan grande, que el no hacerlo nos producía intranquilidad, la cual cedía únicamente cuando nos encontrábamos.

Nuestra relación no tiene nombre ni ningún compromiso formal. Es lo que es, lo que en el año 2017 parece ser más usual, pues nadie puede reprochar una unión de este tipo. Pero sabiendo cómo había sido Tomás, más que excusar

la actitud de Mario por las costumbres actuales, me parecía que era comprensible pensar que él actuaba de ese modo a pesar de las épocas.

Ya nos hemos besado en varias oportunidades, siendo siempre cautelosos y manteniéndonos detrás de un límite impuesto por algo que no lograba entender, pero que sentía como un muro frente a lo que ambos éramos realmente.

De manera súbita, el sonido del timbre me sacó de mi introspección. Apenas abrí la puerta, nos miramos, nos reímos y comenzamos a besarnos, apasionados. Yo ya tenía claro que lo amaba con cada pedacito de mi ser... Sonrió y me alzó con sus brazos fuertes, como si fuera una niña a quien jamás dejaría caer. Me llevó hasta la salita de mi departamento y mientras me soltaba suavemente sobre el sofá, me dijo:

—Mira lo que tengo para ti... —Con su sonrisa cautivadora me observaba como si tramara alguna travesura y, con ansias de mostrarme algo, prendió el televisor, lo conectó a internet y entró a YouTube, donde buscó *The Blue Bird*, 1940.

—Tere, tú me has enseñado tanto... Sin saberlo, hasta me has mostrado cómo encontrar lo que yo también buscaba. Y sabes que, curiosamente, hallé algo en tu película favorita que puede hablar de mí mejor que yo mismo, por lo que es perfecta para poder explicarte lo que quiero que entiendas sobre nosotros.

Entre sensaciones de alegría y perplejidad, asentí con mi cabeza, sin entender nada de lo que Mario realmente quería aclararme. Mientras él apretaba play, se recostó junto a mí en el sillón, me abrazó y besó mi cabello. Después de soltar un suspiro, continuó diciéndome:

—Uno puede recorrer el mundo buscando lo que cree no tener a su lado y en ese camino puede equivocarse demasiado, al no dimensionar que lo que necesitaba estuvo siempre cerca. Cuando el corazón está ciego, se pierde la capacidad de sentir asombro por lo que se tiene... La rutina, el miedo, la superficialidad y hasta en muchas ocasiones la falta de valentía, nos hace crear murallas que nos impiden ver lo que hay detrás y erramos. Teresa, tú fuiste siempre mi pájaro azul...

Sentí que sus palabras calaron en lo más profundo de mi corazón y no pude decir nada, solo me entregué con todo mi ser a su confesión. Aunque aún no entendía bien a lo que se refería, para mí era como escuchar a Tomás hablándole a la Teresa de mis recuerdos... No quise preguntar más, Mario hoy quería mostrarme algo y yo quería descubrir qué era.

Frente a nuestros atentos ojos comenzó esta antigua película en su versión en inglés, sin traducción, con colores en blanco y negro; de menor nitidez que las actuales y música de otra época, con la que se presentaba a sus clásicos actores como si fueran retratos en las páginas de un libro. En la pantalla se leía:

Twentieth Century-Fox presents The Blue Bird By Maurice Maeterlinck

El momento me envolvió en una emoción indescriptible; era como juntar dos partes de mí, en las cuales, finalmente, el tiempo no importaba.

Mi hogar

A la mañana siguiente, desperté con un rayo de sol que traspasaba las orillas de la gruesa cortina de mi habitación, llegando directo a mis ojos. No podía evitar sonreír mientras me acurrucaba entre las sábanas blancas y el suave cubrecama abultado por las plumas en su interior. Aún estaba vestida con la ropa que había usado anoche; lo más probable es que me dormí en el regazo de Mario debido a sus suaves caricias en mi pelo. Al terminar la película, él tuvo que haberme cargado hasta traerme a mi cama y yo, profundamente dormida, no me enteré de nada. Desde mi cuarto podía ver parte del sofá, en donde había una frazada perfectamente doblada junto a los cojines. Mario no estaba, pero era fácil darse cuenta que él había dormido allí.

Estaba muy tranquila y extremadamente feliz. Me sentía en casa y, al decir esto, no me refería al lugar físico sino que sentía que por fin había llegado a mi hogar: Mario. Él me amaba y eso había quedado claro con las palabras que dijo anoche.

Un pensamiento extraño me inundó repentinamente; quizás la sensación de búsqueda que antes tenía se refería justo a eso: a buscar mi hogar, pues desde que en mis recuerdos salí en esa bicicleta aquel atardecer, nunca más regresé. Tal vez nunca pude volver a Tomás y por fin ahora, lo había logrado.

Desde mi cama, pude sentir el olor a tostadas y a café que venía desde fuera de mi dormitorio; seguro que me había preparado el desayuno antes de irse. Cogí el teléfono de mi velador, tenía dos notificaciones de mensajes de Mario, que decían «Disfruta el desayuno» y «Te amo».

Me levanté con mucha hambre y rápido, pues no quería que lo que él había preparado se enfriara; no tenía claro cuánto tiempo llevaba ahí listo. Apenas me asomé, vi en el mesón que separaba la cocina de la sala, una taza de café que aún parecía caliente y dos ricas tostadas. Al acercarme un poco, noté una carta que estaba apoyada en el medio. Al parecer, estaba escrita en las hojas de uno de mis cuadernos que dejé olvidado en el sillón. Sin esperar más la cogí, al igual que al café y las tostadas. Con todo eso en mis manos, volví a la cama para leerla.

Teresa:

Buenos días, dormilona. A pesar del ruido del hervidor y del olor a pan,

no logré que despertaras.

Tomé prestadas unas hojas de tu cuaderno, lo que sé que no te importará. Necesitaba decirte algo que ya no puede esperar más. Creo que escribiéndolo puedo explicar mejor algunas cosas, nunca he sido muy bueno para hablar.

Sé que nunca te mencioné esto, pero necesito que lo sepas. Perdón por haber callado todo este tiempo, pero desde que despertaste en el hospital preferí mantener en silencio lo profundo que eran nuestros sentimientos y toda nuestra historia, hasta que tú pudieras reencontrarte —y reencontrarnos— en ti misma. Mi razón, la muralla que construí dentro de mí para no aceptar lo que pasaba y lo abrumador que era sentirme vulnerable por ti, me hizo creer que eras tú misma la que debía sentir nuevamente todo lo que decíamos existiría siempre.

Sé que me sientes y que no entiendes el porqué... pero eso es exactamente lo que somos y lo que no pudo romperse, a pesar de tu olvido. Para mí ha sido muy difícil todo lo que envolvió al día del accidente y tu posterior pérdida de memoria. Cómo poder explicarte que mi alma se congeló en el minuto en que te vi caer de ese caballo sin control; cómo poder explicarme a mí mismo que mi vida pareció no tener sentido alguno si a ti te pasaba algo... Por años he tratado de escapar de mis sentimientos, porque como te lo he dicho en otras oportunidades, tú pones mi mundo de cabeza y eso me paralizaba hasta hoy.

Dentro del afán de libertad que constantemente me rodeó, nunca supe manejar las poderosas sensaciones que producías en mí. Desde que nos conocimos, siempre hemos tenido locas coincidencias que nos han hecho ir creciendo en complicidad, pero que tú aprovechabas para —con esa certeza lúdica que nos hacía reír— decir que nos unirán desde antes. Siendo yo tan libre, mi forma de ser no iba de la mano con un amor que pudiera pasar las fronteras más allá de esta vida tangible y única que tenemos. A pesar de eso, mi alma se paralizaba de amor y se congelaba de miedo por esa inexplicable sensación de que yo también te conocía desde antes; de que yo también te amé antes. Siempre te hacía pensar que las locuras de amor eran solo cosa tuya, pero a mí también me gustaba imaginarlas; seguramente, como una manera de explicar este sentir de que lo que nos une es tan profundo, que no puede venir solo desde el día en que nos conocimos, sino que desde mucho antes.

Casi nadie supo del verdadero compromiso de nuestra relación, salvo tú y yo, porque dentro de la libertad que ambos queríamos mantener, llevar una unión sin formalidades fue lo que los dos aceptamos.

Nuestras vidas eran siempre tan ocupadas, exitosas y rápidas, que no había

tiempo para amar formalmente, pero es hoy cuando me doy cuenta de que eso fue una libertad mal entendida y un terrible error... Ahora entiendo y ratifico más aún, que solo era miedo a sentirnos vulnerables por querernos tanto. Porque cuando uno ama es más fácil exponerse a sentir dolor y eso asusta...

Pero aunque éramos supuestamente libres, esa libertad no negaba una lealtad implícita entre nosotros ni la certeza de que, pasara lo que pasara, siempre nos íbamos a cuidar y a amar.

Aunque pocos, hay amigos que sí saben todo, pero a ellos les pedí que no te contaran nada porque quería, como ya te expliqué, que me sintieras por ti misma, que me amaras por lo que fueras descubriendo en mí y no por lo que te decían.

Quería que fueras tú, y nadie más que tú, la que me reencontrara.

También sé que no habían muchas fotos públicas, lo que se debe a que constantemente decíamos que los momentos se recuerdan por sí mismos, más que solo por fotografías para las redes sociales, las que muchas veces muestran irreales historias de amor. Ahora puedo contarte que soy un excelente fotógrafo tradicional, así que te aseguro que sí tenemos muchas fotografías que ya te mostraré.

Este amor entre tú y yo durante años ha sido tan fuerte, que de una forma equivocada ambos lo ocultamos, tal vez porque no quisimos enfrentarlo, tal vez porque buscábamos absurdamente otras cosas más banales, sin ver que lo más importante ya lo teníamos. O puede ser que esa conexión enorme que sentíamos sin tener nada claro, nos hizo escapar por miedo. Nada era lógico, así que mejor me mantenía a tu lado, pero al mismo tiempo, al margen de ti y de todo.

Hubo una noche, hace años, que soñé con un lugar tan bello, entre cerros, cercano al mar. Lo dibujé y te lo regalé. Sé que lo guardaste y que lo convertiste en uno de tus tesoros. La tarde en que te lo entregué te dije, entre risas y bromas, que quería un lugar así junto a ti, pero la verdad fue que en ese sueño sentí, que en un sitio como ese, ya habíamos sido felices. Tus constantes juegos de cómo nos conocíamos de antes invadían todo mi ser y sabes que me encantaba y me sigue encantando, porque quiero sentir siempre, independiente de lo que la vida nos depare, que no quiero perderte jamás.

Tú has sido capaz de sacar de mi interior sentimientos que no podría explicar y a través de los años que ha durado nuestro amor, has sido la única que ha entrado profundamente en mí y ha podido ordenar al hombre que soy ahora. Anoche decidí que este era el momento de decirte todo. No sabía cómo

empezar, hasta que de pronto recordé tu película favorita y eso me dio el impulso para contarte nuestra historia... Hoy lo escribí, para que así lo puedas leer una y otra vez o guardar como los tesoros que conservas y que así tu memoria nunca pueda borrarlo.

Como te dije ayer, tú siempre fuiste mi pájaro azul: yo te tenía cerca y buscaba más, sin entender nada, hasta que tu memoria tuvo que borrarse para que yo lo asimilara. Pero hoy todo parece unirse pues el azul es un color atemporal y este amor, al no tener recuerdos, tampoco tiene tiempo. El azul también simboliza todos los sentimientos que sobrepasan la simple pasión y permanecen, al igual que los nuestros. El azul es el color de la confianza y fue precisamente eso lo que mantuve en medio de todo esto: confianza en que me encontrarías sin recordarme y que llegarías a amarme otra vez, porque esa complicidad que tenemos es demasiado valiosa e irremplazable y traspasa hasta al propio olvido.

Hace años, te escribí que muchas veces es difícil mostrar lo que somos o pensamos... Bueno, hoy me tienes aquí, tratando de hacerlo y te regalo una lista de lo que me gustaría que hiciéramos para llenar todos los vacíos de tus recuerdos, sin perder más el tiempo:

Quiero cuidar de ti cada momento.

Quiero conversar contigo hasta que amanezca.

Quiero darte los buenos días y las buenas noches, siempre.

Quiero mirarte antes de dormir, cuando duermas, cuidar tus sueños y mirarte cuando despiertes.

Que nos riemos a morir y que también lloremos.

Quiero ser tu consuelo y que tú seas el mío.

Quiero pelear contigo solo para poder reconciliarnos.

Quiero ser tu apoyo y que tú seas el mío.

Quiero sorprenderte y que me sorprendas.

Quiero bailar contigo todas las canciones que durante años te regalé, para que así las descubras otra vez.

Quiero cantarte al oído y que tú me susurres de vuelta en el mío.

Quiero que volvamos a experimentar nuestra complicidad y nuestra conexión.

Quiero ver el mundo a través de tus ojos, porque contigo veo los colores más intensos.

Ya no te preocupes de que desaparezca. El miedo a este amor que preferí evitar a asumir por temor a perderte, se fue el día en que me olvidaste con el

accidente... Ahí, mi vida se congeló sin ti y aprendí que ya no quiero dejarte nunca más; no voy a permitir que me olvides de nuevo.

Estoy aquí.

Inevitablemente, lágrimas porfiadas salían de mis ojos sin poder detenerlas, mojando el final de la última hoja de su carta. Cuando esta se seque, quedará una marca en el papel: ya no será la misma hoja, al igual que yo, ya no seré la misma después de leerla y entenderla.

La distorsión de mi reflejo

La carta de Mario fue como estrellarme a toda velocidad contra mí misma y con mi verdad. Después de unos minutos de descontrol dentro de mi alma, cada una de sus palabras lograron tranquilizar la parte que se había quebrado por mi pérdida de memoria. No estaba enojada por su silencio, más bien agradecida porque, pese a lo difícil de todo esto, él tuvo el temple y la valentía de esperar lo que sabía que yo sola encontraría.

Todo se volvía tan claro para mí: a él lo conocía casi toda mi vida, habíamos vivido muchas cosas juntos y aunque yo no pudiera recordarlas, sabía de la existencia y de la fuerza de esos sentimientos. Es ahora cuando con mayor razón podía relacionarlos con el fuerte amor entre Tomás y Teresa... La idea de que eran mis recuerdos se intensificaba cada vez más y unía nuestro amor a través del tiempo. Aunque para Mario fueran sueños lúdicos o solo parte de nuestra imaginación, yo tenía la convicción de que eran reales.

En la tarde nos volvimos a encontrar, era la primera vez que lo veía después de su carta. Un abrazo fuerte, leal y cómplice, con la sensación de habernos reencontrado por fin, me gratificó el alma. Aunque para Mario esa reunión era con la parte mía que se había perdido en la oscuridad de mi propia memoria, para mí, yo me reencontraba con Tomás. Las palabras sobran, pero mientras continuábamos abrazados, no pude evitar susurrarle al oído con cierta angustia:

—Te amo... aunque dentro de mí no recuerdo los momentos que tuvimos. Sé que nuestra historia es tan profunda que no podemos explicarla. Me alegra tanto que tú estés seguro de que me quieres amar por siempre y también que tu razón sea capaz de entender el porqué sentíamos y bromeábamos sobre conocernos desde antes... No sé como explicártelo, pero eso me tranquiliza mucho más de lo que puedes imaginar.

No pude ver sus ojos cuando le decía eso, ya que no quería soltarlo, pero él, con cada palabra, me abrazaba más fuerte. De repente, en un segundo, perdí la calma que costosamente había alcanzado, debido a que el olor a café y a tabaco que me recordaba a Tomás, me invadió repentinamente. ¿Era posible que lo apretado de aquel abrazo trajera a mi memoria ese aroma? ¿Sería obvio sentirlo si ellos dos eran la misma persona? El aroma había logrado una disrupción en mí que me hizo dejar de abrazar a Mario y pedirle que

camináramos, necesitaba distraerme para calmarme.

Sin rumbo por la ciudad, que en esta época de verano tiene hermosos colores, bromeábamos sobre lo genial que era estar juntos nuevamente, aunque más que broma, era verdad. Estábamos unidos otra vez, porque yo ahora sabía cosas de mi vida que antes desconocía.

De repente, Mario tomó mi mano con fuerza, haciendo que me detuviera y girara hacia él, seguramente pudo sentir que mi mente se había alejado de ese momento. Frente a mí, en una hermosa avenida de árboles gigantes, repletos de brillantes hojas de tono verde en su pleno apogeo, fijó sus ojos en los míos. Su mirada reflejaba paz, la que infundía cierta calma a mis aún divergentes pensamientos, entonces me dijo:

—Tere, sé que no recordar todo lo que fuimos debe ser terrible, pero entre ambos hay algo que nos une y que nunca se ha perdido. Tú pudiste reencontrar tus sentimientos hacia mí por ti misma y el que ahora sepas la verdad sobre nuestra historia tiene que darte tranquilidad. Sé que cada día irás descubriendo más y más lazos, coincidencias; tal vez, hasta recuerdes los momentos que nos unen.

Mientras Mario decía eso quería gritarle a él, y a quien quisiera escuchar, que esos vínculos ya los había encontrado, que nos conocíamos desde antes y que de hecho, en esa misma avenida donde estábamos ahora, quizá hace alrededor de setenta años nos besamos más de una vez... Pero me contuve, aún no estaba lista para decirle nada.

Pasaron rápidamente algunos días y dentro de mí las cosas no eran tan simples, aún trataba de ordenar todo. No sería fácil contarle a Mario cómo fue que apareció en mi memoria y la historia que teníamos. Que todo era más que el dibujo de un paisaje y una sensación, que en mis recuerdos de otra época él también existía.

Con la rapidez con que transcurría el tiempo, comencé a sentirme más cansada, llegando al punto de que a veces una de mis manos temblaba sin control; lo atribuí simplemente a que mi mente no paraba de pensar. Mis cambios de ánimo también se hacían evidentes para otros, pero era fácil justificarme debido a la fuerte carga de trabajo que tenía en este período del año.

Esta mañana entré corriendo al hospital muy temprano, iba con los minutos contados para subir las escaleras y llegar a tiempo a la entrega de turno. Me costaba salir de la cama; quedarme unos minutos extras entre las sábanas era la mejor parte del día.

Al llegar a mi piso de trabajo me sentí cada vez peor, el esfuerzo de haber subido rápido me provocó algunas náuseas, lo que pronto se acompañó con un fuerte dolor de cabeza. Aguanté sentirme así un buen rato, ya que debía dejar las indicaciones de pacientes nuevos antes de poder parar, por lo que apenas terminé de pasar visita por las salas de medicina, fui donde Jimena, quien estaba de turno en la Unidad de Intermedio Médico, con la intención de contarle que no me sentía muy bien. Odiaba preocupar al resto y si bien mi accidente había sido tiempo atrás, mi pérdida de memoria me había hecho quedar con el estigma de frágil, cosa que no me agradaba en absoluto.

Después de sentarnos en la residencia y tomarme dos pastillas para el dolor, sin que me provocaron ninguna mejoría, empecé a tener otros síntomas y tuve la sensación definitiva de que esto no iba por buen camino.

—Jime... ¿No sientes un olor a tabaco y a café mezclados?

—No. —Sonrió—. No fumo y acá no se puede fumar, pero eso ya lo sabes. Tú misma encabezas las charlas para dejar el cigarro, aquí en el hospital, ¿de dónde podría venir un olor así? —me dijo, al tiempo que terminaba de escribir sobre un montón de hojas de exámenes.

—Sabes... no te enojas conmigo, pero creo que tengo un problema —dije con tono de preocupación y vergüenza, mientras me sentaba en una silla a su lado y sostenía mi cara con las palmas de mis manos, que a su vez se sujetaban desde mis brazos temblorosos apoyados en la mesa.

—¿Qué cosa? ¿por qué me enojaría contigo? —preguntó asustada, abriendo grandes sus ojos.

—Mmm... podrías molestarte por no contarte antes todo esto... Estoy muy cansada últimamente, a veces tengo náuseas...

—¡Estás embarazada! —exclamó, haciendo que sacara mis manos de mi cara y la mirara directamente a sus ojos.

—¡No! Qué feliz sería si fuera eso lo que me hace sentir mal —dije tristemente y continúe sin distraerme—. Asociado a eso tengo fuertes dolores de cabeza y amiga, en serio, no me regañes por no contarte antes...

—¿Qué cosa? —me preguntó con tono maternal, pero ya con cierta desesperación.

—Hace algunos... mejor dicho, bastantes meses atrás empecé a recordar.

—¿Qué? ¡Pero eso es muy bueno!

—Sí, claro. —sonreí dentro de lo que me permitían las náuseas—. Pero hay un problema... Empecé recordando cosas de otra época y a sentir olores que no existen...

—Ay, Teresa, qué me estás diciendo, ¿enloqueciste? Por favor, cuéntame todo.

Su semblante cambió de inmediato. Automáticamente, dejó de hacer lo que hacía hasta ese minuto y prestándome toda su atención, tomó su silla y la acercó a la mía. Agarró mis manos con fuerza, como quien espera escuchar un revelador secreto, por lo que seguí contándole:

—Jime, por favor, entiéndeme... Yo creo que empecé a recordar cosas que habían dentro de mi memoria, las cuales siempre estuvieron ocultas; tan escondidas que era imposible conocerlas y que ahora, por una extraña razón, seguramente debido a que toda mi vida actual se borró, aparecieron... ¡Jime, son recuerdos! Yo lo sé y los siento, tengo sentimientos hacia ellos. Por favor, créeme —dije con tono de desesperación.

—Teresa, cálmate y explícamelo tranquilamente otra vez, estoy aquí a tu lado y te voy a ayudar.

—¡No! Tú no me crees, pensarás que estoy enferma... jamás me vas a creer —dije frustrada, queriendo unir mis palabras con coherencia para aclararle todo. Tomé aire y continué: —Desde que comencé a recordar, descarté yo misma que estos recuerdos tuvieran una causa diferente a la que yo creo... porque sé que son verdaderos y no de la actualidad, ¡sino de antes! De un pasado lejano, diferente, ¡el cual no sé cómo, pero estaba guardado en algún lugar dentro de mí! Por meses he tratado de ordenar todo para contárselo a Mario o a alguien, pero no encontré el valor hasta hoy. Ya no doy más, me siento tan confundida... Todos mis recuerdos se refieren al período en que conocí a Mario y a nuestra historia en... otra... época. ¡Mis recuerdos ocurrieron en los años cuarenta! Mario se llamaba Tomás, nos conocimos en unas charlas de literatura... ¡todo era increíble! Tenía amigos, una familia, habían memorias que compartimos juntos: regalos, libros, películas, ¡todo...! Y no solo lo recuerdo sino que también lo siento. No es posible que yo tenga imágenes tan claras de esa época, ¡sobre todo cuando yo ni siquiera existía! Yo viví en esa época y Mario estaba ahí, es por eso que desde que desperté después del accidente siento esa conexión tan grande con él. Hasta puedo sentir su aroma... ¡Su aroma a café y a tabaco me persiguen! ¿¡No lo entiendes!? —dije cansada de tener que justificar mi verdad—. No, Jime, tú no lo entiendes... —afirmé, bajando mi mirada. Comencé a llorar con desesperación; no podía ya más, estaba agotada de defender lo injustificable, incluso para mí misma.

—Teresa, mírame, ¿cuántos meses llevas así?

—No sé, Jime... Mmm... Casi un año, creo.

—¿Y con el dolor de cabeza?

—Unos seis meses, pero últimamente es mucho más fuerte. Por favor, ponte en mi lugar, con todos esos recuerdos, el trabajo y el estrés de parecer normal ante todos, es entendible que mi dolor de cabeza se deba a eso. Alterada, trataba como fuese posible de hacer que ella entendiera lo que yo sentía y así pudiera creerme, pero Jimena mantenía la calma aunque demostraba que, al igual que yo, estaba asustada.

—Tere, no creo que sea esa la causa.

—¡Jime, entiende! Mis recuerdos son de 1940, hay hechos históricos que repentinamente sé porque yo estuve ahí. Yo tenía una familia, habían también otros aparte de Tomás... ellos eran mi vida.

Sin dejar de tomar fuerte mis manos, pero ahora llevándolas a su pecho con calma y teniendo en su voz un tono tan dulce que llegaba a ser estremecedor, continuó diciéndome:

—Teresa, escúchame. Soy tu amiga por años, vas a tener que creerme y razonar lo que te diré. Tú puedes saber perfectamente detalles sobre los años cuarenta, debido a que eras una fanática historiadora amateur, siempre alardeabas del excelente puntaje que habías tenido en la prueba nacional de historia para ingresar a la universidad. ¿Nunca te llamó la atención la cantidad de libros sobre el tema que tenías? ¡Perdóname, amiga, se me olvidó contarte eso sobre ti! Era un detalle que omití mencionar antes; de hecho, en este minuto me estoy acordando cómo te gustaba imaginar lo que habría sido vivir en las épocas que más te gustaban y 1940, no sé bien por qué, era especial para ti... Mario y tú se conocen desde hace años y se aman desde que se vieron la primera vez, en unas clases de literatura que locamente tomaste en el colegio, ¡eso me consta porque yo las tomé contigo! Lo hicimos para distraernos de la presión que sentíamos por tener buenas notas, en el caso de que quisiéramos estudiar medicina... Después de tu accidente, Mario convenció a los pocos que sabíamos todo sobre ustedes que no te lo dijéramos, porque no quería que lo amaras forzosamente, ni que él tuviera que decirte lo que tú previamente sentías. No quería amarrarte con sentimientos que quizás para ti ya no existían. Ustedes tienen una historia de amor preciosa, pero no siempre fue fácil, pero eso era deber de él contártela... Aunque ahora creo que fue un terrible error de mi parte no habértelo dicho... Teresa, estás enferma, esto no es normal.

Mi corazón latía más rápido, la sensación de que vomitaría en cualquier

momento me invadía, no podía creer lo que ella me había dicho. ¿Conocí a Mario en clases de literatura? ¡No, eso era imposible! ¡todo era imposible!

Yo, ¿apasionada por la historia? ¿De qué me hablaba Jimena?

No, mi amor por Mario era más de lo que ella podía ver...

Yo lo conocía de otra época y estaba segura de que cada uno de mis recuerdos era real. Yo no podía estar enferma, yo no quería estar enferma.

Sin preguntar nada más, totalmente conmocionada, tomó rápidamente el teléfono y llamó a la enfermera del piso de medicina, a quien le dijo que ella se haría cargo, ya que yo estaba indispuesta. Cortó y marcó el número del servicio de rayos X, diciendo que necesitaba urgente una resonancia magnética del cerebro para la doctora Teresa. Volvió a colgar e hizo una última llamada más.

—Necesito un electroencefalograma ahora y por favor, llame al jefe de neurología para que suba en un rato a Intermedio Médico.

A los pocos minutos, llegó la auxiliar, que trabajaba a mi cargo, con una silla de ruedas, en la cual me senté completamente ensimismada y repasando cada detalle con Tomás, por si encontraba algo irrefutable en nuestra historia que hiciera entender a Jimena mi verdad. Esa sería la única forma en que todos me creerían. La auxiliar me llevó a la resonancia; luego al electroencefalograma, demostrando una calma y un cariño invaluable en esta situación. Tras hacerme los exámenes, regresamos a la residencia médica donde Jimena me esperaba; ya estando ambas más tranquilas, le pedí que, por favor, me dijera la verdad como fuera, desde el primer momento. Las dos sabíamos que esto no se veía nada de bien, aunque yo no quisiera aceptarlo.

Mientras estaban listos los resultados, Jimena debía volver a trabajar y me dejó descansando ahí, dando la orden de que nadie más entrara, así que me quedé acostada en el sofá, tratando de encontrar calma. Pasaron algunas horas en las que el intenso dolor de cabeza continuaba invadiéndome por completo. Trataba de tener mis ojos cerrados, mientras me acurrucaba como si fuera una niña sobre la áspera textura del viejo sofá, no quería asumir que esto era por alguna enfermedad, pero pensar en la muerte fue inevitable, posiblemente porque el hecho de morir no era lo que me asustaba. Creo en Dios y sabía que no estaría sola, pero lo que sí me atemorizaba era perder a quienes amaba, dejar de verlos, dejar de sentirlos y esa lista la encabezaba Mario; el dolor que él podría sentir era lo que me paralizaba: la sensación de separarme de él, de no volverlo a ver, me sacudía el alma.

Yo quería cuidarlo si se enfermaba, darle cada noche un beso antes de

dormir, viajar... ¡conocer el mundo! Aún teníamos tantas cosas por hacer juntos, yo quería envejecer junto a él; ver su pelo volverse blanco, memorizar cada una de sus canas cuando fueran apareciendo y, lo más importante de todo, nos faltaba formar una familia. ¡No! Mario y yo no podíamos alejarnos nuevamente. Si algo me pasaba, tendríamos que volvernos a encontrar. ¡No es justo separarnos así para siempre!

Luchando contra esos sentimientos, el aferrarme más a mis recuerdos parecía ser mejor consuelo que la idea de no volver a verlo. Fue ahí cuando una claridad poco usual en mí durante estos últimos meses, invadió mis pensamientos. ¿Y si yo realmente estaba enferma? ¿Cómo se lo diría a Mario? Si es que algo de verdad andaba mal, ¿cómo le contaría? Él era todo para mí, mi equilibrio, mi motor diario y yo también lo era para él. Ya todo lo que había pasado había sido tan difícil y parecía que ahora se le sumaba otra cosa más.

No sentí los pasos acercarse. Inesperadamente, tocaron la puerta con timidez, ese leve golpe fue un disturbio doloroso hacia mis sentidos. Era Jimena, acompañada del jefe de neurología. Al hacerlos pasar, supe de inmediato que todo andaba mal, los ojos de Jimena estaban húmedos y rojos; decían por sí solos que había llorado mucho. El otro doctor se veía serio y preocupado, dejó que Jimena ingresara primero y él se quedó apoyado en la puerta para después cerrarla.

—Teresa tengo que decirte algo —habló Jimena con voz temblorosa—. Vimos tus exámenes... Estás enferma, muy enferma, amiga. —mirándome, se dejó caer a mi lado en el sofá, sus ojos reflejaban dolor. —La resonancia mostró un extenso tumor cerebral con algunas zonas de compromiso difuso, es de esos feroces, que crecen rápido y no te avisan... —hizo una pausa y me abrazó fuerte mientras la sentía temblar en mis brazos; luego, mirándome fijo, me secó con su mano una lágrima que rodó por mi mejilla y en voz bajita, como contándome un secreto, prosiguió—: Por el aspecto, parece un glioblastoma multiforme. No sé... tal vez no lo sea, ¡eres tan joven! —hizo otra una pausa. —Mide ocho centímetros. Tienes compromiso ventricular... en este momento no te podemos decir a qué terapia eres candidata, hay que discutirlo con los demás especialistas...

Terminó de hablar con una voz entrecortada y a los pocos segundos no aguanto más y su llanto se hizo evidente.

Se paró y caminó hacia la ventana del cuarto, donde su mirada se volvió vaga; en voz baja muy vacilante, susurró incrédula:

—¿Por qué no me contaste lo que estabas sintiendo?

Ahora era el jefe de neurología el que se sentaba a mi lado. Con su semblante, que expresaba preocupación y frustración, observaba a contraluz las placas de la resonancia que mantenía en sus manos, tratando de encontrar una solución, pero seguramente esa no existía... era demasiado tarde.

—Tus síntomas llevan varios meses, por lo que me contó Jimena. Teresa, el tumor está muy avanzado. Tu dolor de cabeza, las alucinaciones olfatorias, los cambios conductuales, esas ideas que tienes, en las que mezclas realidad y falsos recuerdos; todo aquello es provocado por esto. No puedo entender cómo pudiste ocultarnos todo lo que te pasaba por tanto tiempo.

—¡Esperen, alto! —dije en un momento en que no pude más. —¡Todos estos meses mi vida ha sido guiada por este tumor! No sé cómo ni por qué, pero como sea, me permitió encontrar a Mario... ¡Mi vida se había borrado! Lo único que yo quería era encontrar lo que me daba fuerzas cada día, encontrar quién era mi felicidad, quién era mi hogar... y lo encontré... lo encontré en mis recuerdos. ¡Y ahora estoy asustada, devastada, incrédula! Claro que tengo miedo, pero a pesar de eso, lo que más me importa es el dolor que sentirá Mario por culpa de esta terrible enfermedad. No puedo soportar abandonarlo de nuevo. Lo dejé una vez cuando olvidé todo y borré nuestras memorias de mi mente, ¡lo dejé en mis recuerdos cuando me subí a esa bicicleta! ¿Cómo puedo hacerlo nuevamente? Esto no puede ser verdad...

Es difícil de explicar lo que sentía en aquel instante, pero me dolía el alma y ese dolor había pasado a ser el más intenso en ese minuto.

No sé cómo logré calmarme y después de unos segundos de silencio absoluto y estremecedor, los miré con tranquilidad y continué:

—Necesito ser yo quien se lo diga, fuera de estas paredes, debo hablar con Mario... Díganme, ¿qué tengo que hacer?

El jefe de neurología, levantándose con actitud decidida, guardó rápidamente en el sobre las imágenes que veía y dijo:

—Hay que evaluar si eres candidata para hacerte una biopsia o no. Luego de eso, ver si te podemos ofrecer quimioterapias o radioterapias. No lo tengo claro en este momento. Tal vez, solo podemos ofrecerte cuidados paliativos, como tratar de quitarte ese dolor de cabeza y las alucinaciones... Tú sabes que está muy avanzado. Podrías hacer una complicación en cualquier momento y... Mientras él paraba abruptamente de hablar, Jimena dejó el vacío de su mirada y se dirigió hacia mí, me volvió a abrazar fuerte; ahora era yo la que limpiaba sus lágrimas y mantenía la calma.

—Doctor, por favor, le pido que me deje ir ahora para conversar con Mario y mañana me hospitalizo para hacer lo que tengamos que hacer. No puedo quedarme aquí hoy, ¡no puedo! —dije desesperadamente, mirando profundo a los ojos de mi amiga—. Jime, nada mejorará si sigo a estas horas en el hospital y yo las necesito, necesito cada minuto que tengo.

—Teresa, tú sabes los riesgos —respondió el doctor, aclarando con una suave carraspera su voz—. Pero está bien, mientras vas y vuelves hoy discutiremos tus exámenes con el resto de los especialistas, citaré a todos enseguida — dijo moviendo la cabeza afirmativamente—. Pero te dejaré anticonvulsivantes para disminuir esas alucinaciones, ya que posiblemente se deben a convulsiones focales causadas por el compromiso del tumor. ¿Tú entiendes eso, verdad? —su mirada era de extrema desconfianza; claramente, él sabía que no era fácil que yo me sacara las ideas que había tenido presentes por meses. —También te dejaré otro medicamento, que te ayudará con el dolor de cabeza.

—Gracias, doctor, en verdad, gracias... Es mi decisión irme ahora, entiendo claramente todo el riesgo; les prometo que mañana a primera hora estaré aquí. Jime, te tocará algo muy difícil, tendrás que contarles a mis padres, yo no soy capaz de hacerlo.

Una tristeza horrible me invadió y un dolor extremadamente punzante atravesó mi alma; para mis padres, asumir esto será como un terremoto dentro de su ser.

Pedí un Uber para que me trasladara a mi casa, estaba aún estupefacta, tratando de entender la situación; el dolor de cabeza continuaba, pero se había hecho más soportable. Sentada en el asiento del copiloto de alguien a quien no conocía, mirando las casas pasar rápidamente, mis pensamientos volvían a la Teresa de antes. De repente, un escalofrío me recorrió por completo. Comprendí que lo que me había pasado en mis recuerdos ese día al salir en bicicleta ¡era porque había fallecido! y de algo muy parecido a lo que ahora tenía. ¡Por eso todo había terminado tan abruptamente y ya no recordé nada más...! En esa época también estaba enferma y con síntomas similares a los que tengo ahora; reviví el terrible dolor de cabeza, la sensación de no sentir el cuerpo y de ya dejar de ser... No podía parar de temblar y mis lágrimas recorrían mis mejillas sin cesar. ¿Será posible que una parte de mí haya sabido siempre que tenía los síntomas de este terrible tumor y haya tratado de avisarme, mezclando mis alucinaciones con la realidad? Yo misma he tratado de darme señales de que todo iba mal en este tiempo ¿y he sido incapaz de

darme cuenta...? No, no quiero pensar eso, no quiero creer que todo eso nunca pasó. Yo sentí a Tomás y a Teresa en mí, ¡eso está claro! En 1949 me había muerto súbitamente de un tumor cerebral; seguramente, había tenido una hemorragia en ese tumor el día que andaba en bicicleta.

Cuando estaba en mi felicidad plena, ¡me morí! ¿Qué habría pasado con Tomás? ¿Qué habría sido de su vida? Una angustia espantosa invadió mi corazón. Tuve la idea de que si tal vez revisaba alguna biblioteca o buscaba en Google los datos de esa época, encontraría algo... Tomás quería hacer cosas importantes y quizá podría haber alguna publicación de lo que había pasado después con él... pero enseguida descarté la idea, yo ya no tenía tiempo para esas cosas. Ahora debía preocuparme de Mario, tenía que contarle todo.

Mis pensamientos se movían entre lo que realmente me estaba sucediendo y los recuerdos vívidos creados por el tumor... No era sencillo distinguir la realidad, todo parecía ser el reflejo de la Teresa que soy, pero a la vez, distorsionado con las alucinaciones. Me parecía estar en un laberinto con paredes de espejos del cual no podía salir y, al mirarme en esos muros, encontrara mi reflejo múltiples veces... Pero no solo veía mi imagen real, sino que también un destello distorsionado de mí misma. En este momento, habíamos dos Teresas en mi interior: yo, del 2017 y mi imagen tergiversada, de 1940.

Fue inevitable no llorar desconsoladamente.

Te encontré

—Sabes, no sé si son alucinaciones, como médicamente me dicen. Yo siento que fue real... tan real. —Tomé su mano y la apreté fuerte mientras Mario, visiblemente afectado, me miraba con los ojos brillosos y una palidez no habitual en su rostro—. ¿Te puedo contar algo que recordé? O, por lo menos, eso quiero creer...

Además de nuestra historia, tenía que hablarle sobre la seriedad de mi enfermedad, lo que no sabía cómo hacer. La pena inundaba mi corazón, por lo que me enfoqué en nosotros, lo otro aún podría esperar.

Lo llevé de la mano para sentarnos en el sofá de cuero café que adornaba la sala de mi apartamento; en medio de coloreados y esponjosos cojines, la luz tenue del sol entraba por el ventanal semi abierto, reflejando un color anaranjado en las murallas, y las cortinas de tul blanco se movían suavemente por la brisa existente a esa hora. Hacía algo de frío, así que nos tapamos con una manta, acurrucándonos como queriendo protegernos de todo. Preparé café como a él le gustaba, así el olor se mezclaría con el que mis alucinaciones provocaban, al igual que en mis recuerdos, y haría más fácil sentirme en ambas épocas para poder empezar a contar todo.

Abrazada a él, le fui relatando en orden todo lo que recordé, como quien lee una novela. Lo escuchó todo sin interrumpir, solo me abrazaba cada vez más y más fuerte. Estaba tan enamorada de él y sentía que él también de mí... Mientras le narraba todo, el intenso dolor de cabeza volvió, sin dejarme respirar a ratos; pero trataba de disimularlo, no quería preocuparlo ni mucho menos estropear este instante. En el fondo, sabía que tal vez mis recuerdos empezarían a no ser tan claros los próximos días; los fármacos que me recetaron podrían borrarlos de mi mente y el vacío regresaría, el tumor podría quitarme la posibilidad de otro momento como este ¡y no quería que eso pasara! Tenía miedo... miedo de dejar a Mario, miedo de olvidarlo a él y a nuestra historia otra vez. Necesitaba aferrarme a ella y contársela por completo, antes que algo así llegara a suceder.

Cuando terminé de decirle todo, nos abrazamos fuerte, ninguno de los dos quería soltarse más. De repente, se levantó del sillón con los ojos llenos de lágrimas y desconsolado, como un niño cuando tiene temor, me dijo:

—Quiero mostrarte algo. Jimena me llamó por teléfono apenas dejaste el

hospital hoy y me explicó algunas de las cosas que acabas de decirme, por lo que pensé esto ayudaría. —Con su mochila en la mano, volvió a sentarse a mi lado en el sofá—. Teresa, mira...

Abriéndola, sacó un gran libro forrado en tela azul. Su título: El principito, escrito en letras doradas sobre el azul de la tela; sin duda, era una edición especial. Mientras me miraba atento, abrió la primera página, mostrándome la dedicatoria donde claramente podía leerse:

—«Doméstícame» —dije casi susurrando. Junto a eso estaba escrito «Teresa, diciembre del 2010». Las lágrimas de ambos salían sin detenerse y las secábamos con cualquier cosa que estuviera a nuestro alcance.

—En esa fecha éramos tan jóvenes —le dije con emoción; pero a la vez, ver la dedicatoria me provocó tanto miedo... miedo de no saber qué era real y qué no, cuál era mi vida y cuál no.

—¡Sí, unos adolescentes! Tere, no todos tus recuerdos son solo imaginación; creo que de cierta forma disfrazaste parte de nuestra historia con tus lúdicos juegos, como siempre lo has hecho. Tú eres así, Teresa, y eso me encanta de ti, tu esencia no se perdió en tu amnesia; encontraste la forma de descubrirte y de reencontrarnos...

Nos conocíamos desde tan jóvenes que era inevitable sentir que lo conocía de siempre. Aunque la memoria se borre, la complicidad y la lealtad de años son imposibles de olvidar. Tenía tanto temor... no quería perderlo nuevamente, lo amaba tanto que no quería dejarlo ni aquí ni allá, ni en mis recuerdos ni en la realidad.

Tomé el libro y lo apreté fuerte contra mi pecho.

Mario acariciaba tiernamente mi cabello; las palabras sobraban, ambos sabíamos qué significaba esa dedicatoria.

Volvimos a recostarnos en el sofá, devastados. Solo queríamos abrazarnos sin volvernos a soltar. Apoyada sobre su pecho sentía su corazón latir más rápido cada vez; él me miraba profundamente y como era usual, me fue muy fácil entrar y perderme en su mirada. Era como si yo tuviera la llave para entrar a todos sus rincones secretos, como si un lugar dentro de él me perteneciera para siempre y, a su vez, un lugar dentro de mí también fuera suyo. Sin dejar de contemplarme, con su mano tomó mi mentón, lo acercó a su cara y me besó tiernamente.

—¡Te encontré, Teresa, te encontré! Eso es lo que importa. Dentro del horroroso vacío que había dentro de ti, te encontré, aunque tuve que sentir que te perdía para hacerlo. Y tú también me reencontraste, cómo llegaste a hacerlo

no importa, solo vale que por ti misma sentiste lo que somos. Tú y yo, juntos, pudimos superar esta terrible adversidad, porque a pesar de que antes del accidente las cosas no eran como debían ser, ya que ambos cometimos errores, nuestro amor era real. —dijo con un tono dulce y desesperado.

Sentí que todo encajaba, por fin.

En cosas de segundos el dolor de cabeza, que había tratado de dejar de lado, invadió mi cuerpo y todo comenzó a girar.

Todo quedó negro.

Tu propiedad

29 de diciembre, 2017

Desperté nuevamente en la pieza del hospital, al igual que la vez después del accidente, ya casi un año y ocho meses atrás. Mario estaba a mi lado, recostado sobre mi cama, con su mano entrelazada a la mía y sus labios cálidos apoyados sobre mi brazo. Ahora yo sabía quién era él: recordaba su olor, su sabor, recordaba que él me amaba. No fue necesario explicarle nada, solo con tenerlo así, junto a mí, tenía la certeza de que Jimena ya le había dicho todo lo que no alcancé a explicarle.

Tampoco necesité que alguien me diga que estoy grave, lo sé con solo sentirlo a él... Sé que estoy muriendo.

Estaba extremadamente débil y podía advertir como algo dentro de mi cabeza se iba desgarrando lentamente, pero no sentía dolor. Los sonidos se escuchaban lejanos y los matices de la luz molestaban mis ojos, los cuales me costaba mantener abiertos, así que con voz bajita y temblorosa, le dije:

—Te amo...

Él apretó fuerte mi mano y con su mirada fija en mí, parecía buscar un lugar dentro mío, un lugar que ahora le pertenecía, que le había correspondido antes y que seguiría siendo suyo siempre.

—Teresa, sé que anoche te lo dije y sé que tal vez ahora las palabras sobran, pero para que te lo grabes, quiero que sepas que pudimos encontrarnos, a pesar de todo el vacío en tu memoria. Y lo volveremos a hacer en nuestro próximo destino, te lo prometo.

—Te estaré esperando, mi amor —respondí con susurros—. Tengo que dar este paso sin ti y no quiero dejarte. ¿Quién te cuidará si no estoy? —dije con una tristeza demoledora—. Quiero creer que te volveré a ver, a abrazar y a amar. Puede que haya podido inventar mis recuerdos, mezclándolos con la realidad y puede ser que el olor a café y a tabaco hayan sido causados por este tumor... Pero lo que jamás cambiará es que sé que te conozco desde siempre y a donde quiera que esté el cielo después de la vida, espero ir junto a ti. Sé que allí tu mano y la mía se volverán a entrelazar... Ahora tengo la certeza de que te amé como la Teresa que fui antes de olvidar todo, como la que soy ahora y como la que seré después de que me vaya.

Observando sus ojos y entrando por su mirada que me daba paz,

tranquilamente cerré los míos. Un último nuevo recuerdo llenó mi ser y una felicidad absoluta colmó mi corazón. No tuve miedo, no había dolor. Solo felicidad.

1949

Nuestra cabaña, entre el valle y el mar, llenaba mi mente. Amanecía y los colores de los rayos de sol se fundían con la madera de las paredes, la luz entraba a cada rincón. El aroma profundo a tabaco y a café envolvía todo. Tomás aún dormía. Era el amanecer del último día de mis recuerdos.

Me senté en una mesita blanca que habíamos decorado como mi mesa de trabajo, la cual estaba apoyada en un ventanal que miraba desde lo alto de los cerros al mar, el cual se veía tan infinito que parecía no llegar nunca al horizonte.

Esa mañana, su color era azul profundo y su calma era contagiosa. Era un día hermoso, no había ninguna nube y los tonos del cielo y del mar se fundían en uno solo.

Sentada, tomé mi pluma, una hoja suelta y comencé a escribir sobre lo que me había dicho Tomás unos días antes: que me amaría incluso después de esta vida. Eso me hizo sentir que lo amaba desde antes, desde siempre y para siempre. Escribí algunos versos y al finalizar, los puse en un sobre, dibujé un corazón en el remitente y en el destinatario escribí: «Para ti, mi amor».

Cuando Tomás se levantó, ordené la cama y puse la carta debajo de la almohada para que él la encontrara esa noche cuando se fuera a dormir.

29 de diciembre, 2017

Después de ese recuerdo, sentí que una lágrima rodaba por mi mejilla. Era una lágrima que venía del rostro de mi amor. Y así, suave como la sentí, calmó mi alma. Una sensación de felicidad me invadía: todo comenzó a parecer más y más lejano cada vez, ya no habían sonidos a mi alrededor y la luz pasó a convertirse solo en penumbras. Todo se apagaba, como antes de dormir profundamente.

Sabía que mis ojos ya no se volverían a abrir. Por lo menos, no en los años cuarenta ni tampoco en esta época.

CARTA DE TERESA A TOMÁS

29 de diciembre, 1949.

Para ti, amor mío:

TU PROPIEDAD

Cómo explicar el sentido de propiedad, si esa propiedad no se puede ver, no se puede tocar. Pero en mí, algo tan profundo como mi alma, es tuyo.

Cómo explicar que mi alma te conocía, si no sé qué caminos antes recorrí. Cómo explicar este nexo que de tan profundo, duele, cómo explicar, lo que no sé contar...

Podría comenzar con decir que miro tus ojos, y en su profundidad me pierdo, y al mismo tiempo, su familiaridad me llena porque no es un sitio extraño, siento que siempre he estado ahí.

Podría decir, que te siento, sin tenerte cerca, que te escucho, sin que me hables, que el tiempo vuela... y nada llena tu espacio. que me sostienes en mi pena, que me calmas en mi tempestad, que me cobijas en mi noche, que me iluminas en mi día.

Podría decir que mis ojos hablan de ti... sin preguntarme a mí.

No puedo explicar lo que ni yo misma entiendo. No puedo detener lo que es tan veloz que me desarma. No puedo dejar de necesitar lo que cada día más, forma parte del aire que respiro...

Sé que forma parte, aunque al igual que el aire, no lo veo, pero si no tengo aire me duele la vida porque no respiro; y al no tenerte, me duele la vida, porque no respiro. No respiro, entonces muero Y si muero, sabes que tu propiedad no morirá conmigo, seguirá a mi alma a su próximo destino.

Para mi primer lector, para mi único lector, para mi inspiración. Para ti, mi amor.

Con toda mi alma,

TERESA

Índice

La pecera	09	Tu libro,
mi película	16	Dulces diecisiete
.....	29	El mejor ángel guardián
.....	40	Tus
.....	54	Sin nombre
.....	60	La caja «salva momentos
difíciles»	66	Cangrejo de mar
.....	71	El
.....	79	La huida
.....	85	Azul, el color entre tú
y yo	94	Domésticame
.....	103	Cuenta conmigo
.....	108	La llegada
.....	124	El velero
.....	129	La petición
.....	134	La llamada
.....	138	La decisión
.....	141	Perdóname
.....	148	Llegaremos al ocaso
.....	151	Luz y oscuridad
.....	159	Orden y desorden
.....	165	Mi hogar
.....	170	La distorsión de mi
reflejo	177	Te encontré
.....	191	Tu propiedad
.....	195	

Carolina Muñoz Fuentes es una emergente escritora que nació en Santiago de Chile. Es madre de cuatro hijos y médico (Universidad de los Andes, Chile) especialista en Medicina Interna (Universidad de Valparaíso, Chile). En el 2012 se mudó a Florida, Estados Unidos, donde comenzó a desarrollarse como autora, retomando la pasión por la escritura que sentía desde que era una adolescente. En nuestro próximo destino es su primera novela.